

Nuestra Madre

Vionette G. Negretti

Nuestra Madre

©2014 Vionette G. Negretti

Está prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro, así como la descarga parcial o total del mismo por cualquier persona, entidad o empresa a través de cualesquier medio técnico, mecánico, electrónico o cibernético sin el permiso de Vionette G. Negretti.

Contacto: Si desea contactar a la autora de este libro o hacerle llegar información relacionada a los sucesos descritos en el mismo, favor de escribir a: buenaventurapr@yahoo.com

ISBN: 978-1-61887-413-9

Contraportada: Dibujo creado por y cortesía de Wilfred Vázquez, Barrio Cruces, Aguada, Puerto Rico. Foto del frasco con la sangre, tomada por y cortesía de Gerardo González Ortiz.)

Diseño y montaje: Leonardo Rivera, Counterparts Media / counterpartsmedia.com

Impreso por: Tropic Ads, San Juan, Puerto Rico / 787.348.6303 / tropicads@gmail.com

Hecho en Puerto Rico por manos puertorriqueñas
2014

*Una vez más: al Arcángel Barakiel,
quien ha resultado ser un gran compañero de aventuras*

Vaya mi agradecimiento al corozaleño por excelencia, Josean A. Santos, ya que sin su ayuda, optimismo, entusiasmo y respaldo, (amén de su ingenio y su sonrisa amansaguapos que logra lo irrealizable,) la publicación de este libro no habría sido posible.

Se agradece además la ayuda provista por Annette Colón, Reinaldo Meléndez Velázquez, María Lucía Sánchez, Daniel *Willie* Colón y el bibliotecario de la Colección Puertorriqueña de la Universidad de Puerto Rico, Miguel Vega, quienes desinteresadamente ‘movieron cielo y Tierra’ para conseguir información, la cortesía del padre Jaime Reyes al permitir el uso del contenido del libro de su autoría, *La Santa Montaña de Puerto Rico*, *El Misterio de Elenita de Jesús 1899-1909* y la consideración de Marina Ruiz Haeussler de *Tropic Ads*, que ha permitido que este libro pueda ser publicado en suelo borincano.

Vionette

Nuestra Madre

En torno al contenido de este libro

Los hechos descritos en este libro tratan de una serie de eventos extraordinarios relacionados a la figura que se hizo presente en *La Santa Montaña de Puerto Rico* entre 1899 y 1909 y que inicialmente se identificó ante los campesinos puertorriqueños como *Vuestra Madre*.

En lo que al nombre de esta figura se refiere, ésta utilizó el pronombre posesivo *vuestra* al identificarse de forma inicial debido a la costumbre de la época. Los discípulos de Vuestra Madre y aquellos que la conocieron se referían a ella por este apelativo y por muchos otros: *Mamita*, *Elenita de Jesús*, *La Madre Elena*, *Mamita Elena*, *La Madre Elenita*, *Nuestra Madre*, *La Santa*, *La Virgen María* y *Mamita Redentora*.

Desde hace muchas décadas el pronombre *vosotros* no es de uso común en Puerto Rico en ninguna de sus formas. Tampoco ha sido de uso común en la isla el tratamiento de *vos*. Acá decimos *ustedes* y *tú* y asociamos las formas del pronombre *vosotros* (entre ellos el uso del apócope *vos*,) a la lectura de los clásicos de la literatura española, a las obras de algunos escritores hispanoamericanos (en especial los poemas de Mario Benedetti,) a los largometrajes producidos en España y en la Argentina y sobre todo, a los españoles y a las personas oriundas del Cono Sur que viven entre nosotros o que nos visitan.

Al aprobar en 1954 el proyecto de ley que le cambió el nombre al otrora Cerro Las Peñas del municipio de San Lorenzo – al que los puertorriqueños llaman *La Santa Montaña* – la legislatura puertorriqueña utilizó el modo informal, singular, en primera persona y femenino del pronombre *vosotros*, que ya era el comúnmente utilizado en Puerto Rico para establecer la nueva nomenclatura del lugar: Cerro *Nuestra Madre*. (Coordenadas geográficas: 18°06'10.66" Norte y 66°01'19.11 Oeste.)

Asimismo, el contenido de las tarjas que señalan los lugares prominentes del Santuario Diocesano Nuestra Señora del Carmen (La Santa Montaña) identifica a la figura que se hizo presente en el lugar como *Nuestra Madre*.

En vista a lo anterior, se decidió referirse en esta obra a la antedicha figura mediante el uso del apelativo *Nuestra Madre*.

Esto, bajo concepto alguno, significa o infiere que los lectores o sus devotos deban referirse a ella como Nuestra Madre, ya que ella seguirá derramando sus bendiciones y sus favores sobre sus hijitos que la invoquen bajo cualesquiera de los apelativos a los que está acostumbrada a escuchar: Mamita, Mamita Elena, Madre Elenita, La Madre Elena, Elenita de Jesús, Madre Redentora, La Virgen, Vuestra Madre, etcétera.

El relato que aparece en esta publicación en torno a la misión, la obra y los prodigios llevados a cabo por Nuestra Madre es un compendio de las memorias de uno de los llamados *discípulos* (seguidores más allegados) de esta figura, Adolfo Ruiz Medina y de las declaraciones hechas al sacerdote benedictino Jaime Reyes – adscrito a la Abadía San Antonio de Humacao – por un sinnúmero de discípulos y testigos oculares de la presencia de Nuestra Madre en Puerto Rico, así como por los descendientes de estos testigos.

El padre Reyes comenzó a estudiar este misterio en 1978 por orden del obispo de la Diócesis de Caguas, Puerto Rico, monseñor Félix Grovas (tenencia episcopal desde 1965 hasta 1981.) Su investigación se prolongó hasta 1992, ya que el siguiente obispo de dicha sede episcopal, monseñor Enrique Hernández Rivera (tenencia episcopal desde 1981 hasta 1998,) le solicitó que estudiara a fondo la misión y la obra de Nuestra Madre. El padre Reyes recopiló cientos de testimonios de la presencia de Nuestra Madre en Puerto Rico y en 1992 publicó su investigación a manera de libro bajo el título: *La Santa Montaña de Puerto Rico, El Misterio de Elenita de Jesús, 1899-1909*.

En cuanto a las memorias de Ruiz Medina, a la llegada de Nuestra Madre a Puerto Rico, este residente del barrio San Salvador del municipio de Caguas, (aledaño a La Santa Montaña,) se desempeñaba como jefe de una cuadrilla de leñadores y no sólo fue una de las primeras personas en tener contacto directo con ella, sino que permaneció a su lado durante todo el tiempo que estuvo presente en la isla.

Las memorias de Ruiz Medina permanecieron bajo la custodia de una de sus hijas, quien reside en el sector Guavate del municipio de Cayey y fue ella quien hizo entrega de las mismas para ser incluidas en el libro de mi autoría, *La buenaventura* (primera edición, Santa Fe de Bogotá, 2006.)

Antes de partir, Nuestra Madre se identificó como Nuestra Señora del Monte Carmelo (del Carmen,) y anunció que daría un tránsito o ‘cambio’ durante el cual derramaría su sangre en Puerto Rico. Así lo hizo y siguiendo sus instrucciones, su sangre fue recogida con unos paños blancos, colocada en envases de cristal y enterrada en La Santa Montaña.

En 1985, *El obispo amado por su pueblo* (como se conoce a monseñor Hernández Rivera debido a su sencillez, su humildad, la transparencia en la administración de la sede, su defensa de los derechos del pueblo puertorriqueño y su política de puertas abiertas,) dedicó un santuario a Nuestra Señora del Carmen en La Santa Montaña y se dio a la tarea de buscar en los predios del santuario la sangre derramada por Nuestra Madre. Pese a sus esfuerzos, no la encontró.

En 1998 monseñor Hernández Rivera renunció a su cargo y se cerró la investigación en torno a los hechos extraordinarios relacionados a Nuestra Madre.

Para gran sorpresa de todos, en 2013, Gerardo González Rosario, un descendiente directo de un discípulo de Nuestra Madre, le notificó al obispo de la Diócesis de Caguas, monseñor Rubén González e hizo públicos mediante declaración jurada los pormenores del hallazgo en La Santa Montaña (1985) de los frascos en que se había colocado la sangre derramada por Nuestra Madre en 1909 y de la sustracción de una muestra de dicha sangre, de la que ha sido su custodio desde entonces. Poco después, en compañía de nueve testigos, el señor González Rosario permitió que un especialista en genética con licencia del estado extrajera un espécimen de la muestra de sangre bajo su custodia y la analizara. Los resultados de dicho examen fueron sorprendentes. La información correspondiente a los hechos anteriores fue extraída del libro de mi autoría, *¿Lobos o Ungidos?* (primera edición, San Juan de Puerto Rico, 2013) e incluida en esta obra.

Tras guardar silencio en torno a la identidad de Nuestra Madre por espacio de 16 años (desde su renuncia en 1998 hasta 2014,) monseñor Hernández Rivera ha provisto su testimonio en torno a esta figura y dicha declaración también ha sido incluida en estas páginas.

Este libro contiene además algunas de las profecías hechas por Nuestra Madre, (tomadas del libro de la autoría del padre Reyes,) instrucciones para allegarse al Santuario Diocesano Nuestra Señora del Carmen en San Lorenzo (La Santa Montaña,) así como varios testimonios en torno a los

milagros y a los prodigios atribuidos a Nuestra Madre, según relatados por los beneficiarios y los testigos de estos portentos.

En vista a que un sinnúmero de personas que no son puertorriqueñas leerán este libro y que estos lectores utilizan sistemas de medición de terrenos, de líquidos, de sólidos, de temperaturas, de dimensiones, de peso y de velocidad que no se utilizan en Puerto Rico, se han colocado entre paréntesis – junto a cada mención de los anteriores – sus equivalentes en el sistema métrico, en temperaturas en grados Celsius y en todos otros tipos de medición para facilitarles la lectura.

Por último, a manera de ayudar al lector a alcanzar una mejor comprensión del contenido de este libro, se incluye a priori una síntesis de la situación social, económica y política de Puerto Rico al momento de la llegada de Nuestra Madre a suelo puertorriqueño.

¡Feliz lectura!

Vionette G. Negretti

Puerto Rico a la llegada de Nuestra Madre

A finales del Siglo 19, Puerto Rico era un país esencialmente agrícola. Muchos ciudadanos dependían de sus pequeñas fincas y parcelas para el sustento básico, pero las actividades agrícolas más importantes eran el cultivo del café, del azúcar y del tabaco, ya que los primeros dos productos se exportaban y con el último producto se elaboraban los cigarrillos para el comercio exterior, mayormente con Europa y Estados Unidos.

No obstante, existía una creciente economía urbana dedicada al comercio, a la navegación y a la administración pública. Ciudades como San Juan, Ponce y Mayagüez ya jugaban un papel preponderante en el desarrollo de la economía isleña debido en gran medida a sus puertos marítimos. Fue así como los comerciantes de las zonas urbanas se convirtieron en la facción económica más poderosa del país.

El establecimiento de pequeñas fábricas y talleres de producción en los grandes centros urbanos de la isla amplió la oferta de los bienes de consumo, especialmente a los residentes de las zonas urbanas, pero eran pocos los que podían sufragarlos en las zonas rurales, ya que los últimos tenían acceso a productos importados y a la producción artesanal y fabril de las zonas urbanas a través de las tiendas establecidas en las haciendas de café, de tabaco y de azúcar. A los obreros agrícolas les era sumamente difícil adquirir estos bienes debido a los sueldos extremadamente bajos que percibían y aquellos que adquirían productos a crédito en las tiendas de las haciendas donde laboraban veían sus pequeños sueldos disminuidos aún más debido a que el importe de los mismos era sustraído de sus pagas semanales, por lo que terminaban endeudados a perpetuidad con los hacendados.

Por otra parte, el comercio que florecía en un gran número de ciudades y pueblos logró estabilizar el peso plata puertorriqueño, que se había establecido como moneda oficial. Esta abundancia de comercio generó además el desarrollo de la infraestructura: se construyó la carretera en

la Cordillera Central así como muchos caminos reales pavimentados, se mejoró la comunicación por la vía terrestre entre los pueblos, se establecieron los primeros kilómetros del ferrocarril, se implantó el sistema métrico decimal y las nuevas normas para encausar las obras públicas, se extendió a toda la isla el uso del telégrafo, se estableció el sistema telefónico, se implantó el cuerpo policial conocido como La Guardia Civil para mantener el orden público y frente a la plaza de recreo de cada pueblo se construyó La Casa del Rey, que albergaba la Casa Consistorial (el ayuntamiento,) el Cuartel de las Milicias y la cárcel pública.

La industria bancaria también avanzaba a paso constante y en 1898 eran cuatro los bancos nativos que operaban en Puerto Rico: El Banco Español de Puerto Rico, El Banco Territorial y Agrícola, El Banco Crédito y Ahorro Ponceño y el recién fundado Banco Popular de Puerto Rico.

Pese a que el comercio a gran escala y los servicios médicos se concentraban en las zonas urbanas y que no existía servicio de electricidad y agua potable en la mayoría de los hogares en el campo, uno de los más marcados cambios sociales de la época fue el amplio crecimiento poblacional, ya que en las postrimerías del Siglo 19 Puerto Rico contaba con casi un millón de habitantes.

En cuanto al ámbito político, debido al desarrollo de un sentimiento nacionalista de inspiración liberal y democrática y el descontento con las condiciones económicas, sociales y políticas que se registraron en la isla durante la primera mitad del Siglo 19, en 1868 tuvo lugar la primera manifestación revolucionaria, *El Grito de Lares*, donde unos 600 rebeldes proclamaron la independencia de Puerto Rico. Ese mismo año, la reina Isabel II fue destronada y se convocaron las Cortes Constituyentes (nombre conferido a la legislatura española,) lo que le permitió a Puerto Rico enviar diputados a las mismas.

Las Cortes promulgaron una constitución que les otorgó a los puertorriqueños la libertad de asociación y de organización, así como la libertad de prensa. Se abolió la esclavitud, se mejoró la administración municipal y se crearon la Diputación Provincial (institución a la que le correspondía el gobierno y la administración autónoma de una provincia) y el Ministerio de Ultramar. Este último organismo permitió que el gobierno español, en coordinación con las autoridades isleñas, negociaran los presupuestos públicos anuales.

En 1897 le fue concedida a Puerto Rico una Carta Autonómica, lo que

además de declarar a la isla como provincia ultramarina de España, le permitía a los puertorriqueños, entre otros asuntos: escoger su propio gobierno (un primer ministro y un gabinete gubernamental, lo que ipso facto le otorgó a la isla el estatus de nación;) el envío de delegados a las Cortes y; suscribir acuerdos comerciales con otros países sin previa autorización de la corona española.

El mundo de los puertorriqueños se trastocó el 25 de abril de 1898, cuando apenas dos meses después del hundimiento del acorazado norteamericano *Maine* en la Bahía de La Habana (el 15 de febrero) y mientras dos comisiones (una norteamericana y una española,) intentaban determinar las razones para dicho cataclismo, el Congreso de Estados Unidos aprobó una declaración de guerra contra España.

Al mes siguiente (el 12 de mayo,) la escuadra norteamericana del Atlántico, compuesta por 10 navíos de guerra y comandada por el almirante William Sampson, intentó capturar San Juan. No obstante, la pericia de los comandantes de los fuertes San Felipe de El Morro y San Cristóbal de los Caballeros (ambos puertorriqueños,) así como la valentía de las tropas de voluntarios boricuas y de las tropas peninsulares regulares, no lo permitieron. El 25 de julio de 1898, a raíz de la labor de espionaje llevada a cabo por el teniente del Ejército de Estados Unidos, Henry Whitney, tropas norteamericanas comandadas por el general Nelson Miles invadieron a Puerto Rico por el puerto sureño de Guánica.

Las tropas invasoras alcanzaron las afueras de la capital a principios de octubre y cumpliendo con las estipulaciones del armisticio suscrito en París por los representantes de España y de Estados Unidos, a mediodía del 18 de octubre el gobernador interino de la isla, general Ricardo Ortega, entregó la ciudad.

La llamada *ceremonia de cambio de mando* se efectuó en La Real Fortaleza y Palacio de Santa Catalina, la residencia-oficina del gobernador de Puerto Rico. Unos instantes después, el primer gobernador norteamericano de Puerto Rico, el general John Brooke, entró al Salón del Trono y dirigió unas breves palabras a los presentes. Desde ese momento y por espacio de unos 40 años, todos los asuntos concernientes a la administración de Puerto Rico serían atendidos y resueltos por el Departamento de Guerra de Estados Unidos.

Actuando bajo las provisiones de la *Ley de Apropriación Militar de Puerto Rico* (aprobada por el Congreso de Estados Unidos) el general Brooke

expidió su primera orden ejecutiva como gobernador militar el mismo día en que tomó posesión del cargo: la isla de Puerto Rico cambiaría de nombre y se conocería por el término anglosajón *Porto Rico*. El razonamiento que propició el nuevo dictamen, cuya efectividad era inmediata, consistía en que a los norteamericanos se les hacía difícil pronunciar el diptongo en la palabra ‘Puerto.’

Tanto el presidente de Estados Unidos como el congreso norteamericano se hicieron de la vista larga con respecto a la cuestionada legalidad de la autoridad norteamericana en la isla, ya que Puerto Rico, habiendo obtenido el estatus de nación mediante la Carta Autonómica de 1897, había sido invadido y estaba siendo administrado desde Wáshington. No fue hasta que la legislatura norteamericana, bajo una inmensa presión por parte de la delegación del Partido Demócrata, tomó una decisión respecto a la isla.

Los demócratas argüían que había que liberar de inmediato a Puerto Rico, “ya que bajo el sistema americano no hay espacio para la administración colonial o la imposición de un gobierno en otro país, especialmente uno tomado a la fuerza.” Su principal contención era que bajo la Constitución de la República de Estados Unidos de Norteamérica el gobierno federal carecía de poder para la adquisición de territorios para ser poseídos y gobernados permanentemente como colonias.

La crisis fue resuelta por el presidente William McKinley, quien para dar por terminados los reclamos de los demócratas y evitar críticas futuras que pusieran en peligro el nuevo estatus imperialista norteamericano, cabildeó intensamente en la legislatura hasta lograr que el congreso anexara a Hawái y a Samoa y declarara territorios norteamericanos a Puerto Rico, Guam, Filipinas y Cuba.

Mucho antes de asumir el control de Puerto Rico, los norteamericanos se habían dado cuenta que los puertorriqueños no tenían nada en común con los ciudadanos de la nación norteña, ya que los primeros tenían altamente desarrollados y arraigados los tres pilares que conforman la nacionalidad de un pueblo: el idioma, la religión (en este caso, la católica romana) y las costumbres. Los boricuas además contaban con una historia que se extendía a lo largo de 400 años y un sistema judicial hispano en el que sus habitantes habían depositado toda su confianza. Por otro lado, los norteamericanos hablaban inglés, su nación había sido fundada hacía apenas 122 años por protestantes y su sistema judicial estaba basado en el sistema británico de ley común.

El recién estrenado gobernador militar y sus dos sucesores inmediatos comenzaron una campaña para americanizar la isla, que incluyó la implantación de cambios en el gobierno hasta convertirlo en un híbrido, el despido masivo de maestros puertorriqueños, la importación de maestros norteamericanos y el establecimiento del idioma inglés como el único instrumento de enseñanza en las escuelas; la imposición de un tribunal de distrito estadounidense (corte federal); la auto-adjudicación del control del servicio postal, la aduana, las comunicaciones, la transportación y la salud; el establecimiento del dólar como la moneda del país (devaluando el peso plata puertorriqueño un 40 por ciento al momento del cambio de divisa); la prohibición del empleo de puertorriqueños en el servicio postal, en aduanas y en las obras públicas, así como en las juntas de salud, de educación y de transportación marítima; el endoso de la invasión del mercado local por parte de bancos y de productos norteamericanos; el nombramiento de vías públicas, plazas, escuelas y edificios públicos en honor a los héroes norteamericanos y; la degradación de todo lo puertorriqueño y el enaltecimiento de todo lo relacionado a Estados Unidos bajo la consigna: *Todo lo americano es mejor*.

Lo anterior constituyó para los miembros del Gabinete Autonómico de Puerto Rico (compuesto por el primer ministro Luis Muñoz Rivera, el ministro de Gracia y Justicia, Juan Hernández López, el ministro de Hacienda, Julián E. Blanco y el ministro de Fomento, Salvador Carbonell) – *la gota que derramó la copa*, por lo que dichos funcionarios, bajo presión desde octubre de 1898 para que dimitieran, presentaron sus renuncias.

Como si lo anterior fuese poco, con la llegada de los norteamericanos, Puerto Rico, al igual que los estados del sur de Estados Unidos después de la Guerra Civil, sufrió los efectos de una invasión de oportunistas comerciales (conocidos como *carpetbaggers*; traducción literal: ‘cargadores de valijas hechas de alfombra’) que llegaron a probar fortuna incentivados por libros como *El manual colonial americano* y *Nuestro imperio isleño: Puerto Rico, Hawái y las Filipinas*, que adquirieron gran popularidad en Estados Unidos.

Para colmo de males, el proceso de americanización también incluyó la separación de iglesia y estado, lo que significó que la religión católica romana, que durante los 400 años previos a la invasión había sido la religión oficial del estado, dejó de ser subvencionada por el gobierno y perdió su inherencia sobre la educación pública, los hospitales y los

cementerios. Esta situación generó un éxodo de sacerdotes hacia España, Venezuela y la República Dominicana, por lo que seis meses después de la llegada de los norteamericanos, 34 de las 76 parroquias de Puerto Rico carecían de un párroco.

La separación entre iglesia y estado, además de generar la aprobación de leyes que permitían el matrimonio civil y el divorcio, también afectó el manejo de los asuntos eclesiásticos en la isla, ya que por primera vez en cuatro siglos El Vaticano pudo asumir la dirección de la Iglesia Católica en Puerto Rico, que desde los tiempos de la conquista (época de los Reyes Católicos,) había sido ejercida por España.

El gobierno colonial concentró gran parte de sus esfuerzos en la eliminación de la religión católica, considerada como elemento de unidad nacional, ya que el puertorriqueño, además de tener profundas raíces católicas, basaba sus fiestas populares en la observación de las grandes festividades religiosas, que con la excepción de la Navidad y la Pascua Florida, no tenían nada en común con la mentalidad y las prácticas religiosas de los invasores anglosajones protestantes.

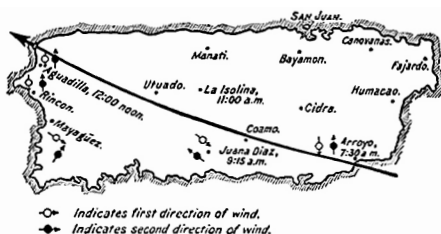
En aras de eliminar el obstáculo unificador de la religión católica, el gobierno colonial importó maestros protestantes, nombró candidatos protestantes a todos los cargos públicos de importancia y propulsó la creación de misiones protestantes en Puerto Rico. Los ministros de estas iglesias aceptaron la invitación con tal premura, que varios de ellos asistieron a la ceremonia de cambio de mando en La Fortaleza.

Poco después, como ladrones distribuyéndose un botín, los protestantes establecieron un cartel mediante la división de la isla en áreas por denominación y disponiendo que cada zona no podía ser invadida por misioneros de otras iglesias. Las ciudades de San Juan, Ponce y Mayagüez fueron declaradas ‘tierra común,’ significando que cualquier denominación protestante podía establecer una misión en esos lugares.

A manera de colofón a esta serie de abusos, a pesar de habersele extendido al pueblo puertorriqueño el derecho de la libertad de prensa, el gobernador militar, general George Davis, se dio a la tarea de cerrar periódicos y encarcelar a cinco periodistas puertorriqueños por denunciar sus métodos arbitrarios del gobierno. Davis también amenazó con “acabar las quejas de los periodistas que respaldan la independencia de Puerto Rico colocándolos frente a un pelotón de fusilamiento.”

Pese a los datos anteriormente señalados, la peor crisis que enfrentaron los puertorriqueños entre 1898 y 1899 no fueron los cambios a su modo de vida sin su consentimiento, sino una a manera de fenómeno natural: el huracán *San Ciriaco*.

Este fenómeno atmosférico con un diámetro de 60 millas (96.5 kilómetros) tocó tierra a medianoche del 7 de agosto de 1899 por el sureste de la isla, cerca del pueblo de Arroyo, y continuó su trayectoria sobre el territorio boricua en dirección noroeste, atravesándolo en forma diagonal por la zona montañosa, pasando muy cerca del casco urbano de Utuado. A las tres de la tarde del día siguiente salió por la costa noroeste, en un área cercana al pueblo de Aguadilla tras causar la muerte de 3,369 personas, dejar a miles sin hogar y producir daños considerables a los cultivos, el ganado y las estructuras que fueron estimados por el gobierno en \$35.8 millones.



La trayectoria del huracán San Ciriaco.

Mapa: Ecoexploratorio.org. Propiedad de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

El único instrumento de medición de los vientos huracanados (ubicado en San Juan,) fue echado abajo por la furia del fenómeno atmosférico, pero debido a la destrucción causada por el ciclón, incluyendo el levantamiento de techos de plomo, a que miles de hogares con las familias aún adentro fueron levantados en peso por el viento y transportados largos trechos y a que los pocos hogares en cemento ubicados en las zonas urbanas fueron destruidos o severamente dañados por los escombros que cargaba el viento, décadas más tarde el servicio meteorológico estadounidense catalogó a San Ciriaco como un huracán Categoría 5 en la escala *Saffir-Simpson*, lo que significa que sus vientos sostenidos alcanzaron al menos 155 millas (249 kilómetros) por hora de celeridad y que las ráfagas fácilmente pudieron superar por mucho esa velocidad.

En la zona de la montaña cayeron 23 pulgadas (58.4 centímetros) de lluvia en las 24 horas comprendidas entre el 7 y el 8 de agosto y en

toda la isla se sintieron fuertes vientos por espacio de ocho días. Debido al tamaño del fenómeno atmosférico, la lluvia no dejó de caer durante los 28 días subsiguientes al paso del huracán, por lo que una gran cantidad de ríos desbordados inundaron pueblos y ciudades y cientos de viviendas fueron arrastradas como balsas por las corrientías. Muchas familias murieron mientras pedían socorro, ya que la Guardia Civil se vio imposibilitada de rescatarlas.

Los cadáveres de hombres, mujeres y niños fueron arrastrados por las corrientías y se apilaron flotando en el mar, cerca de los puntos de las desembocaduras de los ríos. De igual forma se amontonaron en el mar los cuerpos de cientos de habitantes de pueblos costeros que perecieron a causa de una marejada ciclónica de 21 pies (6.4 metros) de altura.

Al huracán le siguió una hambruna. Además de quedar la isla sin servicio de electricidad, de teléfono y de telégrafo, debido a la destrucción de los almacenes, la maquinaria y las cosechas, miles de personas de escasos ingresos quedaron desempleadas. Otras tantas permanecieron sin hogar y comida por un largo espacio de tiempo. El luto, el llanto y la desolación imperaban en todas partes y en vista a que a la semana de haber pasado el huracán la lluvia y los vientos no cesaban, cientos de hombres, mujeres y niños salieron a la calle portando velas y rezando. Sus cuerpos escuálidos a causa de falta de alimentación daban la impresión de que se trataba de cientos de cadáveres que deambulaban por las zonas urbanas y los campos.

El gobierno de Estados Unidos no envió ayuda monetaria a la isla aduciendo que no existía la designación de fondos públicos mediante aprobación del Congreso para ninguna de las colonias norteamericanas.

El dinero enviado a la isla provino de donaciones particulares y los alcaldes de Puerto Rico, confiados en que los vastos recursos monetarios estadounidenses pondrían fin a la crisis en la isla, cifraron sus esperanzas de recuperación en la repartición de este dinero por el nuevo gobierno. Sin embargo, las medidas implementadas para la distribución de la ayuda humanitaria minaron la popularidad de los norteamericanos, ya que el plan ideado por los norteamericanos estaba influenciado por los prejuicios y la desconfianza hacia los boricuas. El plan se basó en exigir que toda persona que solicitara ayuda monetaria estuviera empleada y los afectados por el huracán, en su mayoría trabajadores agrícolas, carecían de un empleo debido a la destrucción de los sembradíos, los almacenes y la maquinaria agrícola.

Según se desprende del informe rendido por el gobernador militar Davis ante el Departamento de Guerra de Estados Unidos en torno a los asuntos civiles de Puerto Rico correspondiente al año 1899, la indolencia y la falta de preparación de los puertorriqueños fueron las razones primordiales de la catástrofe pre y post ciclónica.



La presencia de Nuestra Madre en Puerto Rico

La llegada

A eso de media tarde del 8 de agosto de 1899, mientras el huracán San Ciriaco salía por la costa noroeste de la isla para entrar a las aguas del Océano Atlántico, dos campesinos que arribaron, machetes en mano al barrio Calzada de Maunabo, a duras penas lograban hacerse paso a través del agua para salvar varias reses en vías de ahogarse en la pequeña llanura contigua al río Maunabo.

La presencia de estos campesinos en este pequeño valle cercano al Mar Caribe respondía a que en cuanto se recibía la noticia del paso inminente de un huracán, era práctica común soltar los animales para permitirles utilizar su instinto en la búsqueda de un lugar propicio donde guarecerse. Una vez se alejaba la tormenta, los campesinos salían de inmediato a buscarlos y muchas veces tenían que adentrarse en el territorio de un municipio aledaño para emprender la tarea de rescatar al ganado que se encontraba impedido de movimiento a causa de las inundaciones, los aludes, el fango y los árboles caídos.

El llano donde se habían quedado varadas las reses se encontraba bajo dos pies (0.6 metros) de agua debido al desbordamiento del río, cuyas aguas habían sido empujadas tierra adentro desde su desembocadura por la enorme marejada ciclónica que afectó la zona sureste de Puerto Rico. Con cada minuto que pasaba, la marea aumentaba.

Apenas arribaron al flamboyán bajo el que se encontraba la primera de las vacas que intentaban salvar, uno de los campesinos miró instintivamente hacia el mar y de inmediato dejó escapar un grito de asombro. Su compañero, asustado por el alarido, giró su cabeza en la misma dirección y al detectar la figura en medio de las aguas quedó paralizado junto al árbol.

Una mujer se mantenía erguida sobre las olas y pese a las continuas ráfagas

de viento, su vestimenta permanecía inmóvil. El cabello, que colgaba hasta su diminuta cintura, tampoco sufría los efectos alborotadores de la ferocidad de los elementos.

Durante la próxima media hora, los dos campesinos mantuvieron la vista fija en el progreso de la ‘tabla’ sobre la que ambos dedujeron que iba parada la joven, que seguía flotando sobre las aguas en dirección occidental impulsada por la corriente. Los campesinos la perdieron de vista cuando rebasó las aguas del Cabo de Mala Pascua y se acercó al litoral del sector Bajo del municipio de Patillas, caracterizado por playas rocosas formadas por la erosión marina.

Dos días más tarde, varios residentes del barrio Jacaboa del municipio de Patillas vieron a una joven desconocida caminando por el área en dirección noreste, en ruta hacia el Bosque Carite. La joven hizo una parada en la residencia de la familia Poche para reprender a un miembro del clan por maltratar una vaca, explicando en una voz dulce y suave que: “Todas las criaturas de Dios merecen respeto.” El joven a quien reprendió regresó a su casa temblando y le informó a su madre que “después de decir eso, la muchacha se esfumó en el aire.”

A la semana siguiente la hermosa joven fue vista por vecinos que residían cerca del camino La Macarena, que conectaba los municipios de Yabucoa y San Lorenzo.



Adolfo Ruiz Medina.
Foto: Cortesía Estebina Ruiz.

Encuentro inicial

Todas las mañanas, excepto los domingos, Adolfo Ruiz Medina salía de su casa antes del amanecer a recoger a su compadre Ignacio Montañez para luego converger con los cuatro miembros restantes de la cuadrilla

de leñadores en el batey de la casa de Gumersindo *Sindo* González, localizada en la porción del barrio San Salvador del municipio de Caguas que colinda con el sector Morena del barrio Espino de San Lorenzo.

Desde allí la cuadrilla emprendía una caminata de hora y media por pasos de montaña hasta llegar a los montes cercanos a la garganta del Cerro Gregorio. Luego continuaban la marcha cuesta arriba por la ladera norte del Cerro Las Peñas, cuya altura rebasa los dos mil pies (609.6 metros) y ubicado en la sección occidental del Bosque Carite, un área abundante en árboles de tabonuco, jagüilla, cupey, ausubo, caoba y roble blanco.

Desde el paso de San Ciriaco por la isla, Adolfo, que ya ostentaba el cargo de jefe de la cuadrilla, había optado por llevar a cabo las labores de corte en las laderas de esa montaña, cuya irregularidad y profundidad habían salvado a miles de árboles de la furia de los vientos. Durante los meses subsiguientes al paso del huracán, los habitantes de Espino habían hecho uso de los árboles caídos en la cima cortándolos para leña y carbón, pero las barrancas seguían repletas de árboles madereros y por doquier se veía el resurgir de plantas, en especial los helechos y las bromelias.

A la hora del almuerzo, la cuadrilla reposó en los alrededores de una peña de granodiorita de unos 15 pies (4.5 metros) de altura y un diámetro aproximado de 25 pies (7.6 metros,) cada cual abriendo los envases en los que habían traído el almuerzo. Adolfo colocó a su lado el frasco de cristal que contenía el café que había colado esa mañana para repartirlo entre todos una vez hubiesen comido y en ese instante Ignacio se percató de la presencia de otra persona en el lugar, por lo que tocó a su compadre con el codo a la vez que hacía un movimiento rápido con la cabeza en dirección a una enorme cavidad formada por la inclinación de la enorme piedra sobre el terreno.

Al percatarse de las señas de Ignacio, los aserradores se levantaron y tras acercarse silenciosamente a la cueva, para su sorpresa descubrieron adentro a una joven que en lugar de gritar les sostuvo la mirada y permaneció en silencio. Fue Adolfo quien primero habló.

“¿Quién eres, niña?”

“Soy tu buena ventura.”

“¿De dónde vienes?”

La joven no respondió.

“¿Andas perdida? Nosotros te llevamos a tu casa. ¡Vamos, ven acá, no temas!”

La joven, inmutable y tranquila, continuaba mirando a los leñadores sin proferir palabra alguna.

Pablo Morales, que nunca se destacó por tener paciencia y que ya se había acercado a la entrada de la cueva, no tardó en actuar. Con cada segundo que transcurría aumentaba su preocupación de que una sabandija de las que generalmente se refugian en las cuevas picara a la joven, por lo que entró a la gruta para sacarla de allí. Para asombro de todos, cuando Pablo extendió su mano para agarrarla por un brazo, la joven se esfumó, dejando tras sí un profundo olor a rosas y a todos boquiabiertos.

“Alguien mire por el otro lado de la peña a ver si se escondió por allá,” dijo Ignacio.

“Aquí no está,” contestó Eugenio *Geño* Martínez, después de llegar, de cuatro zancadas, al otro lado de la piedra.

“¡Busquen por los árboles!,” ordenó Adolfo y todos comenzaron a escudriñar el área cercana al peñasco.

“¡Buenaventuraa!, ¿dónde estás?,” “¡Buenaventuraa, ¡ven, que no queremos hacerte nada!,” repetían todos en alto y por turnos mientras buscaban la joven entre los árboles cercanos a la peña.

Unos 10 minutos más tarde, los leñadores convergieron en la roca sin haber encontrado rastro de ‘Buenaventura.’

“Nadie desaparece en el aire. ¡Tiene que haber sido un espíritu!,” dijo Sindo, provocando que todos se persignaran.

“Los espíritus no dejan olor a rosas cuando se van,” observó Adolfo.

“Espíritu o no, yo tengo hambre y me voy a sentar a comer,” ripostó *Geño*.

El grupo almorzó en silencio y no fueron pocas las ocasiones en que cada uno miraba de reojo hacia el bosque por si ‘el espíritu’ decidía reaparecer.

La quebrada

Al día siguiente la cuadrilla llevó consigo los implementos para el corte de la caoba encargada por los maestros ebanistas y los carpinteros de Caguas para la confección de muebles, puertas, ventanas y viviendas y en vista a que la ladera nororiental de la montaña contenía la mayor cantidad de caobos, los hombres comenzaron el corte de árboles en esa zona. Cerca de la hora del almuerzo, los árboles requeridos para cumplir con el encargo habían sido cortados, desenganchados y descascarados, por lo que Adolfo agarró la higüera de Ignacio, declaró un receso en las labores y salió rumbo a una quebrada ubicada a un cuarto de milla (0.4 kilómetros) del lugar.

Al escuchar el sonido de agua corriendo supo que apenas faltaban unos 100 pies (30.4 metros) para llegar a la correntía y aceleró el paso, pero un dulce canto que resonaba en todo el bosque detuvo su caminar. Adolfo miró en todas direcciones, pero no vio a nadie. De pronto recordó que iba descalzo y que el suelo estaba lleno de hojas secas, por lo que caminó despacito para evitar que el más mínimo ruido asustara la fuente de aquel canto que le llegaba al alma. Paso a paso se acercó al lugar de donde provenía aquella voz tan sonora y cuando se encontraba a menos de 50 pies (15.2 metros) de la quebrada, la vio. Era la misma mujercita. Estaba sentada sobre una piedra, sus pies jugando con el agua. Adolfo volvió a detenerse. Ya no solamente oía la voz de la jovencita, sino las de cientos de niños cantando en el bosque.

“¡Es un coro!,” balbuceó.

Adolfo volteó su cabeza hacia ambos los lados con el propósito de localizar a los cantores, pero a su alrededor solamente había árboles. Paralizado de asombro, miró nuevamente hacia la quebrada y fue en ese momento que ella levantó la vista y lo vio parado en medio de la arboleda, higüera en mano. Las voces abruptamente cesaron de cantar y la joven, tras incorporarse, dio unos pasos en dirección de lo profundo del bosque, provocando que Adolfo tomara la decisión de hablarle para evitar que nuevamente desapareciera.

“¡No te vayas, no te voy a hacer nada! Vengo a coger agua para beber.”

La joven dio la vuelta y fijó su mirada en Adolfo.

Esa es la mirada más dulce que he visto en toda mi vida, pensó el leñador.

“Bien, hijo,” contestó la joven.

“Niña, nadie te va hacer daño mientras yo dirija este grupo de hombres.”

Por contestación, la joven sonrió.

“¿Quieres venir conmigo?”, preguntó Adolfo.

La joven movió su cabeza de un lado a otro, dejando ver bajo un manto crema una cabellera que caía más abajo de sus hombros. Su vestimenta, que consistía de un traje de cuello alto, mangas largas y ruedo sobre los pies, era marrón. A la cintura llevaba atado un cordoncillo que dejaba ver una cintura muy frágil.

Adolfo se mantuvo inmóvil, temeroso de que un solo movimiento suyo la alejara del lugar, pero sucedió lo que más temía: la joven giró y comenzó a apartarse de su lado. Para sorpresa del leñador, las hojas no sonaban bajo los pies de la muchacha, por lo que bajó la vista, buscando una explicación a un suceso tan inusual.

¡No camina! ¡Flota! ¡Es como si alguien a cada lado la estuviera cargando!

Una luminosidad que aumentaba por segundos comenzó a cubrir la joven hasta que adquirió tal magnitud que cegó a Alfredo, quien instintivamente dejó caer la higuera y levantó el brazo derecho para cubrir sus ojos con el dorso de la mano. En las dos ocasiones en que retiró la extremidad de la cara y reabrió los ojos para ver a la joven, se vio obligado a cerrar los párpados y a cubrirlos nuevamente con su mano.

Cuando finalmente desapareció el resplandor y pudo abrir los ojos, fue para descubrir que se encontraba solo junto a la quebrada. El aturdimiento se apoderó del leñador y su cuerpo, que temblaba de pies a cabeza perdió toda fuerza, causando que cayera sentado en el suelo.

¡María Santísima!, ¿Qué es esto?

Al pronunciar el nombre de María, el leñador recobró la fuerza y sintió una voz masculina susurrándole al oído: “¡Coge el agua y vuelve con tus compañeros!”

Adolfo miró hacia todos lados tratando de encontrar a la persona que había proferido la orden, pero no había nadie en los alrededores. Obedeciendo,

el leñador se puso de pie, recogió la higuera, caminó hasta la orilla de la quebrada y tras llenarla hasta el borde, se dirigió hacia el lugar donde se encontraba descansando la cuadrilla.

El primer manantial

Habían pasado más de dos semanas desde el encuentro de Adolfo con la jovencita en la quebrada de la vertiente sur del Cerro Las Peñas y para sorpresa de todos, al encontrarse trabajando cerca de la cima del desenganchando un ausubo para fabricar los estantes de una casa, de repente escucharon una voz muy dulce que les dijo:

“Hijitos míos, ¡buenos días! Que la paz esté con ustedes.”

Al instante, los hombres cayeron al suelo de bruces sin atreverse a alzar la vista.

¡Bendito Dios que nos la trajiste! ¡Gracias!, pensó Adolfo sin levantar la mirada del suelo.

“¡Mírenme!; no teman; soy yo.”

“Madre, ¿dónde estabas?” “¿Qué has hecho?” “¡Perdón, madre, perdón!,” se turnaron en decir los leñadores sin levantar la vista del suelo.

“Estaba en mi casa con mi Hijo amado.”

Poco a poco, los seis hombres levantaron la mirada y al descubrir que la joven se encontraba a gran altura, flotando entre los ramales de un árbol cercano, la preocupación se apoderó de ellos.

“Mamita, ¡cuidado, que te caes!,” dijeron al unísono.

“Quiero que me hagan aquí una choza,” les dijo la joven sonriendo.

Los hombres se miraron entre sí asombrados, ya que la encomienda requería una correntía en los alrededores que les supliera suficiente agua para los trabajos que conlleva la construcción de una vivienda. Finalmente, uno de ellos se atrevió a preguntar:

“¿Hacer aquí mismo una choza, Madrecita? ¡En todo esto no hay agua!”

“Quiero aquí mi choza. No se preocupen por lo demás.”

Dicho esto, de la misma forma extraordinaria en que se había presentado, la joven se esfumó ante la vista de la atónita cuadrilla.

Una vez se repusieron de la emoción causada por la visita, los trabajadores acordaron llevar a la montaña al día siguiente las herramientas necesarias para cumplir el mandato de la joven, tras lo cual continuaron con sus tareas. Todos regresaron a sus hogares muy emocionados, pero nadie comentó lo sucedido ese día con familiares, vecinos o allegados.

A la mañana siguiente, cuando comenzaron a colarse los primeros rayos de sol entre los árboles de la cima del Cerro Las Peñas, ya la cuadrilla se encontraba desyerbando el predio de terreno seleccionado el día anterior por la misteriosa visitante para construir allí su humilde morada. Poco antes de mediodía, uno de los trabajadores se disponía bajar hasta la quebrada a buscar agua para el almuerzo cuando la joven reapareció ante el grupo.

“Aquí se va a hacer mi casa, que es para todos mis hijos, los primeros ustedes.”

“¡Es Mamita!,” dijo Adolfo y todos suspendieron sus labores.

“Sí, Mamita, lo sabemos; aquí se va hacer tu choza pero, el agua queda muy retirada de todo esto,” contestó Ignacio.

“Adolfo: ¡anden ahí y traigan agua! Se lavan y cogen agua para beber,” ordenó la joven.

“Mamita, ese es un sitio seco; ¡no tiene agua!; ¡son piedras secas!,” indicó Adolfo.

“¡Anden, anden a coger el agua!,” replicó ‘Buenaventura.’

“¡Apúrense, apúrense, que Mamita manda!,” ordenó Adolfo.

El grupo, convencido de la futilidad de la caminata por conocer cada palmo de la montaña y por ende, la localización de cada corriente en el área, no obstante salió de inmediato hacia el lugar indicado por la joven, emprendiendo la marcha hacia un área en la zona norte de la cima de la montaña, donde entre piedras de menor tamaño sobresalía un peñasco de granodiorita. Para sorpresa de todos, poco antes de llegar a su destino, los hombres escucharon el ruido producido por agua, por lo que apresuraron el paso. Su asombro aumentó al llegar a la formación rocosa, ya que

donde antes solamente había piedras amontonadas brotaba a borbotones agua fresca y cristalina.

Tanto fue el entusiasmo de los leñadores con la nueva fuente de agua, que después de beber hasta saciarse y lavarse las caras y las manos, utilizaron por turnos la higuera para echarse agua por la cabeza y jugar como niños salpicándose entre ellos.

“¡Con lo cansados y sudados que estábamos, este chorro de agua es como un bálsamo!,” comentó Adolfo.

Además de otorgarles una inusitada fortaleza física, el efecto del agua sobre los miembros de la cuadrilla fue la pérdida del apetito y los deseos de continuar trabajando.

Estaban conversando entre sí en torno a reanudar las tareas cuando se dieron cuenta de que no habían expresado su agradecimiento a la joven por aquel regalo maravilloso, por lo que emprendieron el camino de regreso al área donde se les apareció. La visitante ya no estaba, pero continuaron gozosos con la preparación del terreno. Esa tarde, antes de retirarse de la montaña, ya habían logrado limpiar toda el área, así como cortar y colocar los soportes de la casa.

La casita

Durante los siguientes cuatro días la cuadrilla trabajó incesantemente en la construcción de la vivienda y el producto final consistió en una pequeña casa rectangular de unos 12 pies (3.6 metros) de ancho por 16 pies (4.8 metros) de largo y una altura aproximada de 10 pies (tres metros) con balcón al frente y techo de dos aguas en yaguas (hojas de palma) que se extendía para cubrir el balcón. Al estar montada en socos (pilares) de ausubo, la vivienda se elevaba unos tres pies (0.9 metros) del suelo, por lo que los aserradores fabricaron una escalinata de tres peldaños que permitían acceso al balcón.

Al sexto día, al arribar los leñadores a la montaña con sus instrumentos habituales de trabajo para continuar las labores de aserrado suspendidas por la construcción de la choza, la joven los estaba esperando. En esta ocasión vestía un traje blanco atado a la cintura con un cordoncillo azul y sobre su cabeza descansaba un manto azul. De ella emanaba un gran resplandor que por unos instantes dejó mudos de asombro a los leñadores.

La alegría de éstos al verla fue tanta, que todos a la vez exclamaron:

“¡Mamita, Mamita, buenos días!”

“La paz esté con ustedes, hijitos míos.”

“Mamita, ¿pasaste la noche aquí sola?”, le inquirió Adolfo.

“¡Yo nunca estoy sola!”

“Mamita, ya terminamos tu choza y nos vamos al trabajo.”

“Vamos a dar gracias antes de empezar las tareas. ¿O ya lo hicieron?”

“No, no lo hemos hecho, pero lo haremos cuando empecemos las tareas,” contestó Adolfo. La joven permaneció en silencio, inmóvil ante ellos, por lo que los trabajadores, uno a uno, se fueron arrodillando en el suelo.

“Repitan tras de mí, mis hijitos:

¡O Dios!, te doy gracias por haberme cuidado durante la noche.

¡O Dios!, te doy las gracias porque cuidas mi mente para no pensar cosa mala alguna durante el día.

¡O Dios!, te doy las gracias porque mis ojos no miran ni desean nada prohibido.

¡O Dios!, te doy gracias por mi boca; no salga de ella palabra fea.

¡O Dios!, te doy las gracias; que mi corazón no encierre nada malo para mi prójimo, que es mi hermano.”

Al concluir la oración, los hombres, aún con las cabezas inclinadas, hicieron la señal de la cruz.

“¡Anden al trabajo, mis hijitos!”

Ese día los hombres lo dedicaron al corte de madera, bejucos de yaguas y palmas. Al llegar la tarde regresaron a la choza a reunirse con quien ya todos llamaban ‘Mamita’ para dar gracias por las tareas terminadas. Luego partieron rumbo a sus hogares. En ruta a San Salvador se detuvieron en las casas a lo largo del camino para dar aviso a todos que “Mamita está en su choza para impartir la doctrina cristiana a todos.”

De esa forma comenzaron a subir peregrinos al Cerro Las Peñas, algunos junto a sus familiares, a ver a Mamita y a escuchar sus prédicas.

Así dio comienzo lo que Adolfo describió como: “Hacer reuniones en un sitio santo, porque desde el primer día en que ella apareció como una niña, fue toda esa montaña bendita.”

Comienza la obra

En vista a que llamaba a todos los que se acercaban a ella ‘mis hijitos’ y que al preguntársele quién era, la figura que se hizo presente en La Santa Montaña invariablemente respondía: “Soy Vuestra Madre,” los que se personaban en el cerro (y más tarde la población en general,) utilizaban la nomenclatura *Nuestra Madre*, al igual que la de *Mamita* para referirse a ella.

La noticia de la llegada de Nuestra Madre a tierra sanlorenceña corrió como la pólvora por toda la zona cafetalera del sureste y poco después de erigida su vivienda, decenas de campesinos de lugares aledaños y otros que atravesaban grandes distancias llegaban a la cima del monte a escucharla predicar.

Antes de dar comienzo a las prédicas, que generalmente sucedían los miércoles y los viernes a eso de las seis de la tarde, Nuestra Madre utilizaba una campanilla para que se acercaran a su casita los presentes y a veces ordenaba sonar un fotuto o cuerno de buey para anunciar que había llegado el momento de comenzar sus enseñanzas. Justo antes de dirigirse a los presentes, cuyo número muchas veces rebasaba el centenar, por orden de Nuestra Madre se colocaba en el balcón de la casita un cuadro de Nuestra Señora del Monte Carmelo y a manera de bandera, un paño azul con estrellas doradas flameantes, en extremo similar al color y a los adornos de la túnica de Nuestra Señora de Guadalupe.

La prédica comenzaba con un sencillo ritual: Nuestra Madre se arrodillaba y besaba el suelo borincano. Luego subía al balcón de su choza y desde allí, la joven, que hablaba como los puertorriqueños y trataba a cada persona como su igual, se dirigía a los oyentes con voz sumamente suave, dulce y melodiosa y cuya inexplicable proyección permitía que los presentes, por más distantes que se encontraran del balconcito, pudieran escucharla.

La prédica de Nuestra Madre, hecha en tono sumamente respetuoso hacia los presentes y en lenguaje sencillo y lleno de expresiones puertorriqueñas, giraba en torno a los evangelios, a cuyo contenido no solamente hacía referencia con gran exactitud, sino que detallaba la forma en que se aplicaban a la vida diaria. Luego enfatizaba la importancia de dedicar los hijos a Dios, de orar – inclusive en cualquier posición, primero a Dios, luego a la Virgen María y a los santos – del rezo constante del rosario, de no pecar, de ayudarse los unos a los otros, de dar al necesitado, de tratarse como hermanos y de la importancia de que la familia se reúna para comer porque así se mantiene unida. Muchas veces repasaba ante la muchedumbre los principios del catecismo para preparar a los que aún no habían recibido el Bautismo, la Confesión, la Comunión o el Matrimonio.

Sus prédicas también incluían la advertencia de cuidarse contra los falsos profetas que saldrían para conquistar a los católicos. A esos efectos, ordenó a sus discípulos colocar una cruz frente a sus casas y una lámina del Sagrado Corazón de Jesús en la puerta de entrada de cada vivienda, exhortándolos a que cuando llegaran los engañadores de la religión a sus casas, dijeran: “Jesús, María y José” o “Ave María Purísima” para que éstos se marcharan de inmediato. También insistió en que no cambiaran de religión por más cariño y comprensión que les mostraran los protestantes norteamericanos.

A medianoche del 13 de mayo de 1901, al finalizar su prédica ante una muchedumbre arengada en el Cerro Las Peñas, Nuestra Madre encabezó una romería de 53 parejas hasta la iglesia de San Lorenzo con el propósito de que recibieran el sacramento del Matrimonio. Cuando el grupo llegó al templo, el sacristán inmediatamente fue a la habitación del párroco, el padre Joaquín Saras (de 63 años de edad y natural de Jaca, provincia española de Huesca,) a avisarle del gentío que había llegado, pero éste, tras informar que no iba a atenderlos a esa hora de la noche, volvió a acostarse.

Una vez el sacristán hubo informado a Nuestra Madre el mensaje del cura, ésta se colocó frente a la iglesia, puso sus manos sobre las puertas – que habían sido cerradas con llave – y para asombro de todos, las mismas se abrieron de par en par, las luces interiores se encendieron solas y las campanas comenzaron a tañer.

Saras, avisado por el sacristán de que ya la gente se encontraba dentro

de la iglesia, fue presuroso al templo y tras reponerse de su asombro por lo sucedido, preguntó cómo había sido aquello posible. Por respuesta, Nuestra Madre le pidió que casara a los presentes. Los 53 casamientos efectuados esa madrugada están registrados en el Libro VII de Matrimonios de la parroquia.

La romería matrimonial de mayo de 1901 no fue la única que encabezó Nuestra Madre, ya que este tipo de peregrinación se repitió con frecuencia, en especial cuando salía de la montaña a predicar en barrios y pueblos aledaños a San Lorenzo.

La granja

Además de la catequización, Nuestra Madre estableció un consorcio caritativo autosustentable en la cima del Cerro Las Peñas, al que ya todos los habitantes de San Lorenzo y de los pueblos aledaños se referían como *La Santa Montaña*. Allí no solamente predicaba, sino que llevaba a cabo portentos, se encargaba de la alfabetización de los niños, ofrecía ayuda a los necesitados y enseñaba a sus discípulos a desafiar el sistema económico colonial al que estaban sujetos mediante la unión de esfuerzos y la venta de artesanías, en su mayoría hamacas y cestas. También se destacó en la organización de las siembras, dando instrucciones a los discípulos sobre cuándo, qué y dónde debían sembrar y luego utilizaba los productos que generaban los sembradíos para alimentar a los centenares de personas que asistían a sus predicaciones y para repartir comida entre los campesinos hambrientos.

El consorcio se sostenía mediante la colecta de limosna durante las prédicas y por mensajeros que recorrían los barrios cercanos a la montaña solicitando donaciones en efectivo, comida y telas. Las dádivas eran utilizadas para pagar los estipendios de los sacramentos y para ayudar a los necesitados. Se regalaba ropa, dinero y comida y era característico de Nuestra Madre suplir las muchas y variadas necesidades materiales y espirituales de las personas que habitaban en la granja y que conformaban su círculo íntimo – conocidos como *discípulos* – así como las de personas que vivían en los pueblos circundantes a la granja sanlorenceña.

Las tareas de costura, de cocina y de limpieza, del cuido y de la alimentación de animales, de la siembra de alimentos, de la confección de cestas y de hamacas, del lavado de ropa, del talado de árboles, de

la construcción y del mantenimiento de las estructuras, así como de la vigilancia en la granja sanlorenceña eran realizadas por los discípulos.

La comunidad incluía una casa para acomodar las niñas que recibían instrucción, otra para las mujeres, una más grande para los hombres, un ranchito donde se cocinaba y se almacenaba agua potable con un cuarto aparte para almacenar alimentos, dos áreas techadas con yaguas, una para los músicos que interpretaban composiciones criollas durante las festividades especiales y otra donde se confeccionaban y almacenaban cestas y otras artesanías, un área para tender la ropa que había sido lavada en la quebrada, una pequeña hortaliza y un corral con chivos, pavos, gallos, gallinas ponedoras y vacas lecheras. El complejo contaba con la correspondiente mano de obra, que incluía cocineras, tejedoras, costureras, ebanistas, carpinteros, leñadores, músicos, agricultores y hortelanos.

A unos 10 pies (3 metros) de la choza de Nuestra Madre se edificó una capilla y en una casita aledaña a esta última se recibían las visitas importantes, generalmente sacerdotes y hacendados, por lo que allí se colocaron sillones para la comodidad de estas personas. También se construyó una choza para las labores de costura, en la que se colocó un baúl enorme para guardar la ropa terminada.

La granja contaba además con mensajeros que hacían sus mandados a cualquier hora del día o de la noche, lloviera o hiciera sol y con guardianes que se encargaban de custodiar los portones cuando venían las romerías de los distintos pueblos o llegaba algún visitante fuera de hora. Durante la noche, dos celadores mantenían fogatas encendidas alrededor de la casita de Nuestra Madre.

El centro de actividad de la granja era la choza de Nuestra Madre, a la que solamente les era permitido entrar a las 22 niñas y jovencitas (cuyas edades fluctuaban entre los seis y los 20 años de edad,) que pertenecían al círculo íntimo de discípulos. Las llamadas *Niñas de Nuestra Madre* procedían de San Lorenzo, Yabucoa, Patillas, Maunabo, Caguas, Guayama, Las Piedras y Arroyo y se quedaban en la montaña por espacio de dos, tres o cuatro semanas a la vez.

Mientras permanecieron a su lado, Nuestra Madre les enseñó catecismo, oraciones, costura y otras labores del hogar, modales, buenos hábitos, a ser buenas hijas y esposas, a no dejarse abusar, el trato hacia las demás personas, a leer y escribir y los conceptos básicos de la aritmética.

Una vez concluidas las sesiones de alfabetización, Nuestra Madre alentaba a las niñas más pequeñas a jugar y siempre permanecía velándolas mientras se divertían. En muchas ocasiones participó con ellas de sus juegos infantiles y cuando iban a la quebrada a divertirse o al *Charco Azul* de Patillas a bañarse, regresaban a la granja entonando hermosos cánticos.

Nuestra Madre era amante de la música y cantaba himnos religiosos cuando estaba en el interior de su choza, mientras era cargada en hamaca al salir de la montaña y al encontrarse en compañía de sus niñas.

Mamita exaltó la cultura boricua con su predilección por los villancicos navideños puertorriqueños y tocando instrumentos campesinos autóctonos (el güiro, el cuatro y el tiple) en la Navidad y durante otras festividades religiosas mientras exclamaba en alto: “¡Viva Puerto Rico!” Reclutó un pequeño grupo de músicos que tocaban la flauta, el acordeón e instrumentos de percusión y de cuerdas para acompañar a los que cantaban durante los rosarios y para proveer música típica puertorriqueña durante las celebraciones especiales. El amor de Nuestra Madre por la música propició que estando de visita en la residencia de Carmen Rivas en el barrio Piedra Blanca de Yabucoa, revelara que: “En el cielo se canta.”

Adolfo, que permanecía constantemente al lado de Nuestra Madre, además de ejercer labores como aserrador y guardián del complejo, trabajaba como artesano creando cestas con bejucos y hojas de palma, un arte que aprendió con las mujeres que residían en la granja, así como de obrero en la construcción de las nuevas edificaciones. En una ocasión en que ejercía estas últimas funciones, fue testigo de uno de los milagros más portentosos de Nuestra Madre, cuando ésta, al ser notificada de que los trabajadores no terminarían a tiempo la casita para visitantes, reportadamente hizo que el sol se detuviera en el mismo lugar en el cielo por espacio de dos horas hasta que se terminó la construcción según previsto.

Lo que nunca dejó de asombrar a los discípulos fue el poder de Nuestra Madre sobre los elementos y la materia, ya que ésta nunca mostró ni la más pequeña señal de que el frío y el calor la afectaran y en momento alguno la vieron descansar.

Las misiones

Nuestra Madre ocasionalmente salía del complejo sanlorencense en lo que los discípulos llamaban *una misión* (predicar en otras localidades) o para acompañar a grupos a recibir los sacramentos. Los discípulos tomaban turnos en cargar a Nuestra Madre cuando iba sentada en una hamaca y en las pocas ocasiones que salió de la granja a caballo se encargaban de conducir al animal hasta que llegaban a su destino.

Entre los lugares visitados por Nuestra Madre figuran el barrio Borinquen de Caguas, donde, según varios testigos presenciales ésta dijo: “Papito Dios me ha enviado para platicar la salvación a todos” y “De este tiempo en adelante tienen la advertencia.”

Mamita predicó además en los barrios cagüenses denominados Lajitas, Anón, Tomás de Castro II, Beatriz y San Salvador; en los barrios Guavate, Farallón y Las Vegas del municipio de Cayey; en el barrio Guamaní del municipio de Guayama, donde habló a una multitud en la peña conocida como *Los Indios*; en el Pueblito del Carmen del municipio de Salinas; en el sector Morena Arriba del barrio Espino y en otras zonas del territorio sanlorencense, entre las que figuran los barrios Quebrada Honda, Quemados y Jagual; en el barrio Quebrada Arriba del municipio de Patillas y en *El Charco Azul*, localizado en el barrio Real (al presente Muñoz Rivera) de dicho municipio y a poca distancia de la ladera sur de La Santa Montaña; en el barrio Montones del municipio de Las Piedras y; en los barrios Jácanas, Piedras Blancas y Guayabota del municipio de Yabucoa.

Nuestra Madre predicaba por cuatro horas o más en los lugares que visitaba por primera vez y su presencia siempre infundía respeto y temor a Dios. Aprovechaba estas ocasiones para aleccionar, con mansedumbre y deferencia hacia sus oyentes, en contra del pecado, en especial el incesto, advirtiéndole que: “Un padre no debe dormir con su hija, ni un hermano con su hermana en la misma cama.”

Al terminar cada prédica, Nuestra Madre daba a besar a todos los presentes el crucifijo que llevaba colgado al cuello, primero a los niños y a las mujeres y luego a los hombres. Sus discípulos no cesaban de maravillarse de la cantidad, cada vez mayor, de personas que acudían a recibir instrucción sobre la palabra de Dios, a ser preparados para recibir los sacramentos y ser curados de sus males. Bastaba con que alguna persona dijera que estaba enfermo o que sentía dolor en alguna parte del

cuerpo para que Nuestra Madre le impusiera las manos sobre la parte afectada y fuese sanado de inmediato.

Represalias

La labor de Nuestra Madre en pro del campesinado fue enorme. Amparó a los pobres, les enseñó el catecismo y a leer y escribir, los curó de sus enfermedades y los instruyó a defenderse cristianamente y a trabajar honestamente.

No obstante, su labor no fue apreciada y agradecida por todos, en especial por aquellos que se vieron afectados económicamente por su obra y los que la consideraban un peligro para sus intereses políticos, doctrinales y personales.

En aras de mantener inalterable el sistema político, económico y social impuesto en la isla, los norteamericanos, los políticos locales, los protestantes, los terratenientes y los masones no podían permitir que nada o nadie alterara la estructura colonial impuesta. Por ende, se dieron a la tarea de destruir a cualquier individuo o grupo que mediante el realce del valor del puertorriqueño como raza y nación, sacara la masa trabajadora de la depresión colectiva en que estaba sumida, ya que de esta forma evitaban que el pueblo confiara en su capacidad de salir de la esclavitud laboral.

Sobre todo, los grandes intereses económicos tenían que suprimir a toda costa que alguien sentara un ejemplo de independencia económica con el establecimiento de una comunidad autosustentable como la que existía en la cima de La Santa Montaña, con capacidad de generar ganancias con productos artesanales.

Los protestantes, inmersos en una campaña de desprestigio de la iglesia católica y los individuos raqueteros cuya subsistencia dependía de la práctica del espiritismo, muy arraigada a principios de Siglo 20 en las zonas rurales de la isla debido a la carencia de sacerdotes, no veían con buenos ojos la presencia de una evangelizadora con el poder de convocatoria de Nuestra Madre.

De igual forma, los pastores protestantes norteamericanos que llegaron a Puerto Rico tras el cambio de soberanía estaban asociados a logias masónicas, por lo que va más allá de una conjetura señalar que los

protestantes y los masones miembros de la Gran Logia Soberana de Puerto Rico (que poco después del cambio de soberanía reconoció la jurisdicción masónica de Estados Unidos sobre la isla – entiéndase el Rito Escocés) coincidieron en que la americanización era el instrumento idóneo para convertir a los puertorriqueños en una civilización moderna.

Igualmente, a los ojos de los terratenientes, ya fuesen boricuas o norteamericanos, la presencia de Nuestra Madre alteró su control sobre los trabajadores, que abandonaban sus faenas antes de la caída del sol para escuchar sus prédicas y rehusaban trabajar durante las grandes festividades litúrgicas. Con sólo correr el aviso de que Nuestra Madre se encontraba en camino hacia una comunidad, los obreros abandonaban los sembradíos para allegarse a sus casas y junto a sus familiares, caminar por carreteras o a campo traviesa para escucharla predicar.

En medio de toda esta polémica se encontraba el pueblo puertorriqueño, cuya americanización dependía en gran medida de la eliminación de la fe católica.

De acuerdo con los testimonios de los testigos oculares de la presencia de Nuestra Madre en la isla, en al menos ocho ocasiones se personaron individuos en La Santa Montaña y en los lugares donde Nuestra Madre predicaba con la intención de asesinarla.

Durante una prédica en la granja sanlorenceña, un espiritista disparó su revólver contra Nuestra Madre y según declaraciones de testigos presenciales, levantando un poco su escapulario, ésta recogió las balas en su falda.

Frente a cientos de personas que la escuchaban predicar en el rancho del sanlorenceño Valentín Rodríguez, se personó un hombre, que revólver en mano, estaba decidido a ponerle fin a la vida de Mamita. Una vez Nuestra Madre levantó las manos y bendijo al hombre, ésta reportadamente se tornó en una paloma que sobrevoló el área para luego desaparecer de la vista de la concurrencia. Ante estos hechos, el atacante comenzó a actuar como una persona que había perdido el uso de la razón y tuvo que ser auxiliado por los presentes.

Mientras predicaba en la vega de El Charco Azul, un estanque natural de agua cristalina de un tamaño aproximado de 50 pies (15.2 metros) de largo por 25 pies (7.6 metros) de ancho que forma parte del río Grande de Patillas cuando éste atraviesa el otrora barrio Real de dicho

municipio, un grupo de hombres provenientes de los pueblos de Arroyo y de Guayama se personaron en el lugar a matarla. Para sorpresa de todos, al acercarse a ella el cabecilla del grupo, Joaquín Rosa, con la intención de embestirla con su caballo, tanto el animal como el jinete cayeron de rodillas. Impresionado por lo sucedido, Rosa se arrepintió de sus propósitos y le fue impuesta la penitencia de caminar descalzo durante un año.

Mientras los feligreses escuchaban una prédica en el sector Jácana del barrio Piedra Blanca de Yabucoa fueron prevenidos por Nuestra Madre sobre las intenciones de tres hacendados de ese municipio, quienes también se disponían tirarle los caballos encima. Al arribar los jinetes, los caballos se alzaron en sus patas traseras y no pudieron acercarse a Nuestra Madre.

Un Sábado Santo, a eso de las tres de la tarde, Nuestra Madre ordenó a sus discípulos reunirse en oración. Al poco tiempo de comenzar los rezos, Adolfo y sus compañeros la vieron salir al balcón de su choza sosteniendo un rosario cuya hermosura los dejó estupefactos debido a que las cuentas estaban hechas de rosas vivientes. En el momento que Nuestra Madre pisó el balcón, un coro de niños, invisible a todos, comenzó a cantar. Los discípulos continuaron rezando y poco antes de la caída del sol se escuchó el galopar de caballos.

“Vienen a matarme. Pero, ¡no se mueva nadie! ¡Quédense quietos todos!,” ordenó Nuestra Madre.

Los individuos en cuestión eran tres empleados de unos terratenientes de San Lorenzo, que con la excusa de que la persona que dirigía la misión en La Santa Montaña era una hechicera, habían despachado a los jinetes a matarla. Para sorpresa de todos, el coro invisible comenzó a cantar con más fuerza a la vez que Nuestra Madre levantaba sus manos para bendecir a los atacantes. Tanto los caballos como los jinetes fueron a parar al suelo, cayendo de rodillas los hombres y los animales sin poder moverse. Después de hacerles saber a los jinetes que conocía sus intenciones, Nuestra Madre dijo: “¡Hagan lo que van a hacer y retírense!”

“¡Señora, perdón! Nos dijeron que había en la montaña una bruja y vinimos a matarla.”

“¡Levanten los rifles y disparen!”

“No señora.”

“¡Disparen hacia allá! ¡Disparen!”

Asustados, los hombres dispararon al aire en la dirección ordenada y para sorpresa de todos, las balas cayeron en el suelo aplastadas y los rifles quedaron desgonzados. Nuestra Madre, con sus manos palmas arriba, hizo un movimiento con las manos de abajo hacia arriba y los caballos se pusieron de pie. Los jinetes no desaprovecharon la oportunidad; subieron rápidamente a sus montas y salieron de la granja a galope.

Otro atentado tuvo lugar cuando un masón armado con un revólver se introdujo en una multitud congregada para una prédica en la finca del sanlorenceño José *Tito* Rodríguez. Antes de que el hombre pudiera actuar, Nuestra Madre interrumpió su homilía, llamó al masón por su primer nombre, delató ante todos sus intenciones y mencionó la cantidad exacta de balas con que había cargado el cilindro del revólver, así como las que llevaba en el bolsillo del pantalón. Poco a poco, el masón fue perdiendo la fuerza y cayó al suelo. Nuestra Madre ordenó que lo auxiliaran y continuó con su prédica.

El sanlorenceño Joaquín Crespo había matado a un familiar y al enterarse que Nuestra Madre había comentado que ese pecado “no tiene perdón de Dios,” fijó rumbo a La Santa Montaña armado de un sable para matarla. A mitad de su prédica, Nuestra Madre delató las intenciones de Crespo, que se encontraba entre los que la escuchaban. Mientras anunciaba esto, Crespo se quedó dormido y se le cayó el sable. Cuando Nuestra Madre llegó hasta el lugar donde se encontraba el atacante, le ordenó recogerlo, pero en vez de obedecerla, el hombre cayó de rodillas frente a ella y le besó los pies. Nuestra Madre lo amonestó para que de ese día en adelante dedicara su vida a obtener el perdón de Dios y le impuso como penitencia confesarse y dejar un peso en cada iglesia que visitara.

En aras de poner fin a las prédicas de Nuestra Madre, los terratenientes patillanos José Rivera Pagán, Maximino Lebrón y Pedro Latayada salieron a caballo del barrio Jacabo de ese municipio rumbo a la granja en San Lorenzo. Al llegar a la ladera sudoccidental de La Santa Montaña, sus montas se pararon en las patas traseras y rehusaron continuar hasta la cima, por lo que tuvieron que proseguir a pie para llegar hasta el portón del complejo. Al comenzar Nuestra Madre su prédica se arrodillaron junto a los presentes, pero en el momento en que se disponían levantarse y matarla, se dieron cuenta que no podían moverse de la posición en que

se encontraban. Ese día la prédica duró más de tres horas y no fue hasta que finalizó la misma y Nuestra Madre los llamó por sus nombres, que lograron ponerse de pie. Los tres se arrepintieron de sus propósitos, por lo que Mamita los envió de regreso a sus hogares.

Rasgos físicos, voz y entonación, carácter

Los que escuchaban predicar a Nuestra Madre también quedaban prendados de sus atributos físicos. Mamita era de estatura baja, cuerpo delgado y menudo y tez blanca. De acuerdo con todos los que la vieron, su rostro era hermosísimo y su cabello, que describieron como castaño y que le llegaba a la cintura, tenía destellos rubios.

Los testigos presenciales concuerdan en que Nuestra Madre medía unos cinco pies (152.40 centímetros) de altura, que era delgada, muy bella y como de unas 100 libras (45.4 kilos) de peso. La mayoría dijo que sus ojos eran claros, tirando a verdosos, pero algunos describieron los ojos como negros.

La gran mayoría de los testigos concuerda en que Nuestra Madre nunca les mencionó la edad que tenía.

Los discípulos de Nuestra Madre la describieron como una persona muy cariñosa, de muy buen humor y hasta jocosa, siempre contenta y con una sonrisa muy agradecida por cada favor que se le hacía. A todos les daba las gracias con una voz muy suave. A la misma vez era muy respetuosa y recta y lo que Nuestra Madre decía se hacía. Infundía con su presencia un gran respeto a Dios. Corregía con mansedumbre e inspiraba gran respeto y santidad.

Vestimenta

La vestimenta usual de Nuestra Madre constaba de una túnica de algodón color marrón de manga larga y cuello alto, con largo hasta los pies y amarrada a la cintura la mayor parte de las veces con un cordón del mismo color y otras con una correa negra o con un rosario de grandes proporciones. Su calzado consistía de sandalias color marrón. Generalmente cubría su cabeza con un manto de algodón que caía sobre sus hombros y llevaba un crucifijo colgado al cuello con caída a mitad del pecho.

Las llamadas Niñas de Nuestra Madre se encargaban del arreglo de su vestimenta, que variaba de color según la ocasión y para la que sus discípulos establecieron nomenclaturas:

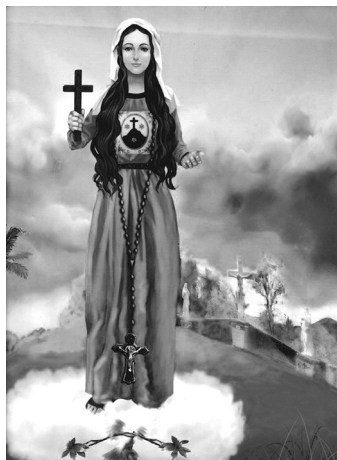
El Manto del Martirio, que utilizaba durante la Cuaresma, era una túnica negra que tenía siete espadas que atravesaban un corazón y que acompañaba con un manto negro.

La Túnica del Carmen, un vestido carmelita a la usanza de la Virgen del Carmen, atado a la cintura con un cordón marrón, correa negra o rosario grande, era el que preferentemente vestía en la mayoría de las ocasiones.

La Sotana consistía en una túnica negra que vestía durante las prédicas y que acompañaba con sandalias de correa, una toquilla blanca y un pañuelo blanco en la cabeza sobre el que descansaba un manto negro.

Cada vez que visitaba el Pueblito del Carmen del Municipio de Salinas, vestía *La Batita Blanca* con correa blanca y un velo sobre la cabeza.

En ocasiones se la vio vistiendo de rojo cardenal y cinturón verde, sandalias de trapo y la cabeza descubierta.



Dibujo de Nuestra Madre
por el artista aguadeño Wilfred Vázquez.

Nombres

La figura que se hizo presente en La Santa Montaña entre 1899 y 1909 respondía: ‘Soy Vuestra Madre’ a todo el que le preguntaba quién era y llamaba indistintamente *hijitos* a todos los que se acercaban a ella, sin importar la condición social, la edad y la raza. Esto incluía a sus discípulos, a las personas que iban a escuchar sus prédicas, a los que se acercaban a La Santa Montaña buscando la sanación propia o la de un familiar y a los sacerdotes con los que se entrevistó. Por tanto, muchos la llamaban *Mamita*. Los testigos oculares de su presencia en Puerto Rico indicaron que al comienzo de su labor evangelizadora, muchos se referían a ella como *La Virgen María*.

En lo relativo al cognomento *Elenita de Jesús*, el 2 de febrero de 1985,



Bernardo del Valle.

Foto: Cortesía del padre Jaime Reyes.

mediante una declaración jurada hecha ante la licenciada Felícita Pérez de la Torre, (una abogada y notario público puertorriqueña certificada por el estado,) el sanlorenceño Bernardo del Valle, uno de los discípulos de Nuestra Madre, aseguró que durante una prédica en Caguas dicha figura solicitó que la llamaran Elenita de Jesús.

También hubo personas que se refirieron a Nuestra Madre como *La Santa*, *Santa Elenita*, *La Madre Elena* y *la Madre Elenita*. El único nombre que Nuestra Madre no se dio a sí misma fue el de *misionera*.

Podéres

Durante su estadía en suelo borincano, Nuestra Madre dio muestras de su poder sobre el movimiento, el tiempo, los elementos, la naturaleza, la enfermedad, el sonido, la materia, la gravedad y la malignidad en presencia de sus discípulos y de las muchedumbres que asistían a sus prédicas.

Según las memorias de Ruiz Medina, una de las ocasiones en que

demostró su poder sobre la materia fue poco después de la celebración de una Semana Santa, cuando la sanlorenceña Santos Rodríguez, una de las cocineras de la granja, se presentó ante ella para indicarle que a causa de la falta de abastecimientos no podía cumplir sus órdenes: la preparación de una comida con carne para los discípulos, que habían estado en abstinencia de dicho alimento durante toda la Cuaresma.

“Mamita, ya cocimos las gallinas para el arroz con pollo, pero cuando fui al ranchito por el arroz, me di cuenta de que hay menos de una taza y *Valeto* [apodo del mensajero de la granja, el sanlorenceño Valentín Galarza del Valle,] ya salió para el pueblo con la lista de encargos,” informó Santos.

“Echa el poquito del arroz que queda en un envase y llévalo al fogón,” fue la respuesta que recibió Santos.

“Mamita, ¡lo que hay de arroz no da ni para una persona!”

“Haz lo que te ordené, hija.”

La cocinera regresó al lugar donde se guardaban los alimentos, colocó la pequeña cantidad de arroz que encontró en una lata vacía y caminó hasta el ranchito que servía de cocina. Una vez allí, Nuestra Madre lavó los granos en la lata y los echó dentro del caldero enorme donde Santos había preparado un guiso con las gallinas. Una vez hizo esto, le agregó agua al caldero y lo bendijo. Media hora más tarde, al Santos regresar a la cocina y verificar el progreso de la comida, comenzó a dar gritos.

“¡Milagro! ¡Bendito sea Dios! ¡Milagro! ¡Vengan; vengan todos!”

Los discípulos, alarmados, corrieron hasta el ranchito, desde donde Santos continuaba gritando.

“¡Lo que había era menos de una taza de arroz y Mamita lo multiplicó! ¡Miren; el caldero está lleno! ”

Tal fue el asombro de los discípulos, que por unos instantes permanecieron mudos. Cuando se recobraron de la sorpresa, comenzaron a dar alabanzas:

“¡Bendita es Mamita!”

“¡Es una santa!”

“¡Nadie puede hacer eso; solamente un ser santo!”

Fue tal la cantidad de arroz con pollo que se cocinó, que todos comieron hasta saciarse y sobró suficiente para servir a los discípulos como almuerzo al día siguiente.

El padre Reyes indica en su libro que Nuestra Madre multiplicó los alimentos en al menos dos ocasiones adicionales:

Juanita Martínez González fue testigo ocular el día en que más de 200 personas comieron de sólo dos piñas de manos de Elenita.

Estando en casa de Vicente Rosario, Elenita mandó a buscar a Ángela del Valle Crespo para que cocinase para unos trabajadores y le dio una libra de arroz. Ángela se quedó lela mirando la libra de arroz y Elenita le pidió que se la devolviese, por la duda que se le había suscitado. Fue ella misma y la echó al federico o caldero grande, le hizo la señal de la Cruz y lo tapó. Al rato se salía al arroz del federico” y sobró hasta para los animales.

Una vez había un gran gentío en la Montaña y José Leolio González, Hermógenes Gómez y Vicente Rosario le comunicaron a Elenita que más de la mitad se había quedado sin comida. Ella los mandó a tapar los calderos y a regresar. Luego los envió a la cocina para que sirviesen a los que se habían quedado sin comida; ellos vieron los calderos llenos de comida.

A pesar de haber provisto comida en abundancia para sus discípulos y para muchos hambrientos, a Nuestra Madre rara vez se le vio comer. Los que la vieron ingerir algo fue cuando comió un limón o una naranja agria con el propósito de convertir estas frutas en dulces manjares para que los presentes aumentaran su fe en ella.

Un hombre que asistió a una prédica en La Santa Montaña quiso ‘desenmascarar’ a Nuestra Madre y le llevó de regalo unas naranjas agrias dentro de una bolsa de papel alegando que eran chinas [nombre con que se conoce en Puerto Rico a las naranjas dulces.] Era costumbre servir comida a los presentes después de cada prédica y en esa ocasión, después de que la multitud cenó, Nuestra Madre les solicitó a todos que permanecieran en el lugar. Luego, mencionando el nombre del que trajo las naranjas agrias, le dijo:

“Quiero que comas conmigo las chinas que trajiste.”

Nuestra Madre partió las naranjas agrias y las repartió entre todos. Cada uno cogió su pedazo y los presentes se miraron entre sí, a sabiendas de que no eran chinas.

“¡Coman, mis hijitos!, que yo también voy a comer!”

Mamita manda y hay que obedecer, concluyó Adolfo y mordió su pedazo de fruta.

“¡Pero, esto no es naranja agria! ¡Es dulce como la miel!, exclamaron los presentes.”

“Juan lo hizo para tentarme y ya ven que no fue así,” dijo Nuestra Madre y de inmediato, el hombre se arrodilló frente a ella y le suplicó su perdón.

Lo mismo sucedió con Senei Rosa, quien llevaba un limón como ‘regalo’ para Nuestra Madre y al llegar al portón de la granja sanlorencéña inesperadamente le temblaron las piernas y no entró. Nuestra Madre ordenó que lo llevaran ante su presencia y una vez lo tuvo frente a ella le pidió que pelara el limón. De acuerdo con los testigos oculares, los que probaron la fruta aseguraron que “Sabía como una pelota de azúcar.”

Nuestra Madre demostró además tener un conocimiento avanzado y un control inusitado sobre las leyes que rigen la mecánica cuántica, ya que fueron muchos los testigos oculares que alegaron haberla visto aparecer y desaparecer entre las personas como un rayito de luz.

Entre los testimonios recopilados por el padre Reyes figuran que:

- la sanlorencéña Gervasia Tirado del Valle fue testigo ocular de este tipo de manifestación durante una prédica en que refulgió la luz de un relámpago frente a los oyentes y se escuchó un trueno, tras lo que Nuestra Madre desapareció. Más tarde se volvió a ver un relámpago seguido por otro trueno y Nuestra Madre reapareció ante el grupo.
- el sanlorencéño Gumersindo Vega Cintrón relató que estaba sentado en el suelo escuchando una prédica de Nuestra Madre en la porción del barrio Borinquen de Caguas que colinda con Cayey, cuando delante de ella se formó una lucecita y ésta desapareció. Luego regresó y levantaba a los que se habían desmayado debido a la impresión, imponiéndoles un crucifijo.

▪ la sanlorenceña Manuela Velázquez Cruz fue testigo de la ocasión en que Nuestra Madre les dijo a las personas que la estaban oyendo predicar que desaparecería al momento con tal de que creyeran en ella y así lo hizo. Hubo personas que al parecer sufrieron ataques de nervios y aunque nadie pudo determinar el momento en que Nuestra Madre reapareció, vieron cuando volvía en sí a los desmayados imponiéndoles el crucifijo que siempre llevaba consigo.

En su escrito, el padre Reyes indicó que los testigos le relataron que en cada una de estas ocasiones Nuestra Madre les solicitó a los presentes que no contaran mal lo que habían visto para evitar comentarios falsos sobre ella.

En repetidas ocasiones Nuestra Madre se transmutó, convirtiéndose ante sus boquiabiertos espectadores en una paloma, como la ocasión en que se encontraba predicando desde una tribuna en torno al Credo cuando uno de los presentes gritó:

“Si eres una santa, haz un milagro para que los presentes crean.”

De inmediato, Nuestra Madre salió de la tarima volando, convertida en una paloma, por lo que varias personas sufrieron ataques de histeria y temblaron incontinentemente. Nuestra Madre regresó a pie por el camino que conducía al área donde se celebraba la prédica y tras levantar a los que habían sufrido desvanecimientos regresó a la tarima y criticó la falta de fe de sus oyentes por éstos intentar conocer su naturaleza a través de los milagros.

“¡Dios me ha otorgado el poder de hacer tales prodigios que ustedes no resistirán!,” advirtió Mamita.

Fiel a su aviso, Nuestra Madre volvió a transmutarse cuando el cuñado de la discípula Trina Fonseca Flores, quien rehusaba llevar a su esposa a las prédicas, finalmente accedió acompañarla a una de estas alocuciones. Al presentarse la pareja, el hombre expresó que solamente un milagro lo haría creer en Nuestra Madre. Durante la alocución, ésta manifestó que entre los presentes se encontraban personas que para creer solicitaban milagros, por lo que le pediría a Papito Dios que le permitiera llevar a cabo uno. A renglón seguido, Nuestra Madre se convirtió en una paloma y se posó en el tirante del rancho frente al que predicaba, retornando a los pocos minutos a la pequeña tribuna convertida nuevamente en predicadora.

Sus discípulos indicaron que fueron dos las ocasiones en que Nuestra Madre transformó ante ellos su cuerpo mortal en uno resucitado, pero claramente visible, como el de Jesús el día de la Pascua.

Nuestra Madre realizó además ocultación selectiva en tres ocasiones, la primera en la parroquia San Antonio de Guayama.

El párroco de Guayama, padre Urbano Llamas, había mostrado interés en conversar con Nuestra Madre y ésta, en compañía de un gentío cuyo propósito primordial era escuchar la opinión que tenía de ella un hombre de Dios, fue a visitarlo. Una vez entró a la sacristía, Nuestra Madre tomó asiento en una silla y se dispuso a esperar el arribo del sacerdote, pero al llegar el padre Llamas al saloncito, no la vio, por lo que entró a la iglesia a ver si la encontraba allí. Al salir del templo e inquirir entre los presentes por la visitante, éstos le indicaron que Nuestra Madre se encontraba en la sacristía. No fue hasta que entró por segunda vez a la habitación que el padre Llamas por fin pudo verla y conversar con ella. Una vez concluido el encuentro, el párroco, en un estado sumamente emocionado, le dijo a la multitud que creyera en Nuestra Madre ya que ella no era de este mundo.

El discípulo Felipe Ríos era uno de los acompañantes de Nuestra Madre durante un viaje a Caguas vía el barrio Borinquen. A mitad de camino, la última anticipó que varios protestantes estaban apostados a la vera de la senda con no muy buenas intenciones, esperando que la comitiva pasara, pero que todos mantuvieran la calma. Al pasar frente a los sectarios, los discípulos quedaron estupefactos al notar que Nuestra Madre se había hecho invisible sobre la monta del caballo. Una vez dejaron atrás a los protestantes, la joven reapareció sobre la monta.

Una de las Niñas de Nuestra Madre, la yabucoña Eulogia Félix Sánchez, se encontraba una noche a solas con ella cuando la última inesperadamente desapareció. Eulogia se echó a llorar y cuando Nuestra Madre reapareció a su lado y le inquirió el motivo de su llanto, la pequeña replicó:

“Lloro porque me dejaste sola.”

“No llores, Eulogia. Me ausenté para asistir a una fiesta con Papito Dios,” dijo Nuestra Madre a manera de consolación.

La levitación fue otra de las acciones que caracterizó a Nuestra Madre. El primero en percatarse de su poder sobre la gravedad fue Adolfo Ruiz

Medina durante el segundo encuentro con su ‘Buenaventura’ junto a la quebrada en una ladera del Cerro Las Peñas. Muchos otros testigos afirmaron verla “caminando por el aire” o “caminando sin que sus pies tocaran el suelo.”

También fueron muchos los que presenciaron sus poderes de sanación, como la ocasión en que curó de un ataque de apendicitis al hijo de Juan Díaz Belloni, un residente de Guayama. En el momento en que Belloni prometió que si su hijo sanaba, iría La Santa Montaña a besar los pies de Nuestra Madre, el niño, que había permanecido inapetente por varios días, se levantó de la cama y pidió leche. Para regocijo de su familia, al ingerir el líquido, desaparecieron de inmediato el dolor y la enfermedad que lo aquejaban. En aras de cumplir la promesa, la esposa de Belloni, Justina, se encaminó hacia el barrio Guamaní de Guayama, donde Nuestra Madre se encontraba predicando, pero al llegar al portón de la casa donde se alojaba la predicadora los discípulos no la dejaron pasar.

El motivo para vedarle la entrada a la mujer era que Nuestra Madre periódicamente se excusaba con sus discípulos más allegados señalando que “Tengo que ir al cielo” con motivo de la celebración de una festividad religiosa y se enclaustraba en su choza o en el lugar donde estuviese, a veces por varios días. Los discípulos se referían a estos retiros como *encierros*.

Justina se puso tan violenta que optaron por permitirle la entrada y mientras se dirigía al lugar donde se encontraba Nuestra Madre, ésta se le apareció a mitad de camino y le pidió que besara, no sus pies, sino los pies del Cristo crucificado que llevaba en las manos. Una vez Justina hubo hecho esto, Nuestra Madre le dijo que cuando necesitara de ella se lo pidiera con confianza.

La naturaleza también obedecía las órdenes de Nuestra Madre.

La mayoría de las prédicas daban comienzo al atardecer, que es el momento en que los coquíes (unas ranitas del tamaño de la yema de un dedo pulgar y que son autóctonas de Puerto Rico,) comienzan su canto. En aras de lograr el mayor silencio posible, Nuestra Madre ordenaba a estas minúsculas ranitas a callar y éstas de inmediato la obedecían. Los pájaros también cesaban de trinar a su mandato para que su voz se proyectara aún más por toda la montaña.

Igualmente asombrosas fueron sus manifestaciones de poder

sobrehumano en torno al conocimiento de los nombres de las personas que acudían a escucharla, ya que Nuestra Madre se dirigía a cada persona por su nombre aunque no hubieran estado con anterioridad en sus prédicas. También tenía conocimiento sobre los pensamientos y las acciones de sus oyentes.

Los relatos en torno a este poder incluyen que Nuestra Madre detuvo una prédica para informarle a la concurrencia que un hombre que había perdido un libro hacía esfuerzos indecibles para encontrarlo y que la persona que lo tenía, a sabiendas que el dueño lo procuraba, no lo había devuelto. De inmediato miró fijamente al culpable y le ordenó devolver el libro. De igual forma, reprendía a los discípulos por haber hecho una mala confesión ante el sacerdote o por comulgar sacrílegamente.

Nada ni nadie escapaba al conocimiento de Nuestra Madre, ya que en 1905 envió a Pablo Cruz González, residente del sector Morena Arriba del barrio Espino de San Lorenzo, a comprar la tela con la que se forraría el altar de la capilla en La Santa Montaña. El día era lluvioso, por lo que durante la travesía hacia San Juan, Pablo se detuvo en una barra donde ingirió tres centavos de ron. Al regresar a la misión sanlorenceña, Nuestra Madre le inquirió sobre sus acciones durante el viaje, pero el discípulo no sabía a qué asunto se refería, ya que había olvidado lo del trago de ron.

“Te envié a comprar tela, Pablo, no a beber ron,” fue la respuesta de Nuestra Madre.

Pablo murió en 1955 y en los 50 años que se sucedieron entre su viaje a San Juan y su muerte, no volvió a probar gota de alcohol.

En los colmados (pequeños comercios de alimentos) de las áreas rurales era común el trueque y al cagüño Narciso Rodríguez, uno de los mensajeros de la granja que recogía limosnas, alimentos y artículos, le habían sido entregados como donativo dos huevos por una campesina que los necesitaba para intercambiarlos por sal. Al recibir las limosnas recolectadas durante el día, Nuestra Madre ordenó a Narciso devolver los huevos a la donante, revelándole el pensamiento que cruzó por la mente de la mujer al hacerle entrega de los huevos.

En los momentos en que Juana Claudio abandonaba su residencia en el barrio Real de Patillas para asistir a una de las prédicas de Nuestra Madre, su hijo Leandro Claudio le gritó que le pidiera a Mamita dos

centavos, cantidad con la que en aquella época se podía adquirir, por ejemplo, media libra (un cuarto de kilo) de pan. A Juana se le olvidó la encomienda, pero al terminar su prédica, Nuestra Madre le solicitó a la mujer que la esperara en lo que buscaba los dos centavos que su hijo había solicitado.

Al finalizar otra de sus predicaciones, Nuestra Madre ordenó entregar uno de los pavos de la granja a una mujer en estado avanzado de gestación que apetecía el ave con el pensamiento.

En una gran muestra del don de la profecía, Nuestra Madre alegadamente le llamó la atención al discípulo yabucoño Francisco Rodríguez Torres, a quien apodó *Sícole*, para que pusiera atención a sus enseñanzas, ya que como de costumbre, se había distraído mirando a una muchacha. También le advirtió que la joven en la que se había fijado no sería su esposa, pero que pronto conocería a la mujer con la que se casaría. En una prédica subsiguiente, le señaló a la joven Guadalupe Morales como su futura media naranja. Cuando la pareja decidió casarse, Nuestra Madre le regaló a la novia su ajuar de bodas.

La primera vez que los discípulos reportadamente presenciaron el poder de Nuestra Madre sobre el movimiento del sol fue cuando éste se detuvo por espacio de varias horas para permitir a sus discípulos construir a tiempo la casita para los visitantes. La segunda ocasión fue cuando ordenó al discípulo sanloreño Marcelo Rodríguez Galarza escoltar a Elvira [se desconoce su apellido paterno; apellido materno: Lebrón,] una de sus niñas, hasta su residencia, localizada en el barrio Matrullas de Maunabo. Marcelo y Elvira salieron de la montaña a las cuatro de la tarde y pese a que el viaje a pie hasta Maunabo era de más de seis horas de duración, el sol se detuvo y llegaron a la residencia de la niña cuando aún era de día.

Otro de los elementos sobre el que Nuestra Madre ejerció un dominio total fue el agua.

El discípulo cagüeño José Rivas, así como las parejas que Nuestra Madre llevó a la iglesia de Yabucoa a contraer matrimonio, presenciaron un hecho asombroso cuando iban de camino al templo y comenzó a llover copiosamente. Pese a que todos iban a campo traviesa y estaban empapados y enfangados, Nuestra Madre no se mojaba y su vestimenta permanecía limpia y libre de lodo.

Muchas personas también relataron que durante una prédica en La Santa Montaña, cuando comenzó a caer un aguacero y algunos comenzaron a levantarse para guarecerse, tras ordenar que nadie se moviera, Nuestra Madre continuó predicando. Al cesar la lluvia, el gozo de los presentes fue inmenso al descubrir que estaban limpios y secos.

Mientras se encaminaba hacia a la iglesia de San Lorenzo en compañía de varios discípulos después de predicar en la residencia de la familia Flores Contreras, Nuestra Madre y sus seguidores se vieron precisados a cruzar un río para llegar a su destino. Nuestra Madre pidió su cuatro puertorriqueño, comenzó a tocarlo mientras cantaba el Padrenuestro y de inmediato quedó seco el lugar por donde tenían que cruzar.

Un día de lluvia torrencial, Nuestra Madre y el discípulo Gumersindo Meso González Galarza caminaban por el barrio Borinquen de Caguas cerca de la residencia de la familia Polo y al llegar al río descubrieron que debido a una crecida, no había paso hacia la ribera opuesta. Ante las miradas atentas de tres protestantes que se encontraban varados por la crecida del río, Nuestra Madre comenzó a cantar alabanzas a Dios y el fluir del agua se detuvo por la parte donde la cuenca tenía más altura, permitiendo que ella y Meso cruzaran. Una vez en la otra orilla, el agua volvió a fluir por el lugar donde acababan de pasar. Los protestantes que presenciaron lo sucedido cayeron al suelo de rodillas.

Con el pasar de los años, el manantial que Nuestra Madre hizo brotar de unas piedras secas para que Adolfo Ruiz Medina y su cuadrilla pudieran construir su choza se agotó, forzando a los discípulos que residían en La Santa Montaña a caminar hasta una quebrada distante a recoger el agua que consumían. Tras implorarle a Nuestra Madre que intercediera para tener un manantial cerca de la granja, ésta hizo brotar un segundo manantial en la montaña. Mamita llamó a esta agua “Un bálsamo para todos mis hijitos” y los instó a utilizarla con fe. También prometió que dicho manantial nunca se secaría.

El fuego aparentemente tampoco escapó de los poderes de Nuestra Madre. En sus memorias, Ruiz Medina relató que en un día lluvioso en que él y varios discípulos se encontraban en el bosque cortando madera, fueron sorprendidos por la voz de Nuestra Madre solicitando que despejaran un área de terreno de gran magnitud para el cosecho de viandas y vegetales.

Los hombres afilaron sus machetes y comenzaron a talar una porción

de terreno en una planicie cercana a la choza de Nuestra Madre, pero después de completar un cuadro comenzó a llover y abandonaron la labor. Al día siguiente continuó lloviendo copiosamente y pese a que intentaron talar la maleza y las palmeras que cubrían el área seleccionada para la hortaliza, el terreno seguía sumamente resbaladizo y no lograban cumplir su cometido. Al tercer día, la predicadora se presentó en la tala para expedir una orden.

“Hijitos, ¡traigan fósforos, y peguen fuego a la maleza!”

“Mamita, ese trabajo que solicitas, nada más haciendo sol de corrido por dos semanas, tal vez se pueda lograr,” ripostó Adolfo.

“¡Anden y peguen fuego! Me queda muy poco tiempo con ustedes y tengo que apresurarme. Quiero ver el sembradío.”

Sin dilación, tres de los hombres consiguieron fósforos y trataron de prender fuego a las esquinas de la recién construida *balsera* (el término utilizado por los campesinos puertorriqueños para describir la colocación de leños en forma de pirámide sobre un cúmulo de maleza para hacer una fogata,) pero cada vez que lanzaban una cerilla y caía sobre la hierba, se apagaba la llama.

Nuestra Madre, que observaba a los hombres de pie desde la puerta de su choza, bajó los tres escalones que conectaban el balcón con el bately (patio delantero de una vivienda rural) y se encaminó hacia el cuadro.

“¿Dónde está la fe de ustedes? Quise probar si alguno la tenía. ¡Ya veo que mis discípulos me fallan!,” dijo Nuestra Madre al llegar junto a la cuadrilla.

A renglón seguido, cogió una penca de palma en sus manos, la colocó a pocas pulgadas de distancia de sus ojos por unos segundos y luego ordenó: “¡Prendan el fuego!”

Los hombres volvieron a prender cerillas y las acercaron a la penca, que inmediatamente se cubrió en llamas. Al lanzarla contra la balsera, ésta prendió en fuego de inmediato y minutos más tarde, toda la maleza amontonada se había convertido en ceniza.

A los discípulos se les hizo común la bilocación de Nuestra Madre. No fueron pocas las ocasiones en que una o varias personas reportaron haber hablado con ella en lugares distantes al barrio Espino de San Lorenzo

mientras sus discípulos la tenían a la vista o hablaban con ella en La Santa Montaña.

Durante una conversación que sostuvo la discípula sanlorenceña Ana Rodríguez López con una amiga yabucoeña en la que intercambiaron relatos sobre sus experiencias con Nuestra Madre, ambas quedaron atónitas al descubrir que en la misma fecha y hora en que la primera escuchaba una prédica de Nuestra Madre en *La Santa Peña* (el nombre dado por los discípulos a la enorme roca en una ladera del Cerro Las Peñas en cuya cavidad fue encontrada por Adolfo y sus compañeros,) la segunda mujer, que se encontraba a millas de distancia del lugar, también escuchaba una prédica de Nuestra Madre en el barrio donde residía.

En ocasiones, Nuestra Madre abandonaba la cima de La Santa Montaña para hacer penitencia bajo rocas enormes, donde permanecía varios días sin tener contacto alguno con sus discípulos allegados. Contrario a los santos, que se desviven por ir a misa y comulgar los domingos y cuando se celebran las grandes fiestas litúrgicas, Nuestra Madre se excusaba con sus discípulos en estas ocasiones explicándoles que tenía que ir al cielo para dicha ocasión y luego se recluía en su choza por espacio de tres días. En las noches en que esto ocurría, un enorme resplandor salía de la choza de Nuestra Madre y dicha luz podía observarse a gran distancia.

Profecías

Nuestra Madre hizo las profecías a continuación entre 1902 y 1909.

Su misión en Puerto Rico: Vendrán unos hombres que continuarían mi labor misionera cuando me retire de la montaña • Vendrán tiempos de abandono espiritual, pero mi misión triunfará • Mi obra se olvidará, pero los pequeños la comenzarán otra vez y los grandes la terminarán con mucho esplendor.

La partida: El día en que me vaya, aparecerá una paloma blanca en La Santa Montaña, así como en las casas de cada uno de mis discípulos • Haré un viaje y a los tres días me enterrarán • Me llevaré a los míos • Si no me entierran en La Santa Montaña, tardarán tres días en sacarme de allí • Si me voy como he venido, todos ustedes [los discípulos] pararán en la cárcel.

La Santa Montaña: La Santa Montaña tendrá una caída pero se levantará con más fuerza • La gente subirá como hormigas a La Santa Montaña •

Siempre estaré presente en La Santa Montaña; algunos me verán, otros me sentirán; a veces apareceré en forma de paloma (algunos discípulos dijeron que también en forma de su ave favorita, el zumbadorcito puertorriqueño) • La Santa Montaña volverá a resplandecer con un santo en La Santa Peña • Una carretera pasará por La Santa Montaña • Los que se encuentren turbados y suban a La Santa Montaña encontrarán la salvación y éstos serán muchos • El agua escaseará, pero el manantial de La Santa Montaña no cesará de proveer su bálsamo • Cuando el agua falte en otros lugares, en La Santa Montaña no faltará • La Santa Montaña se convertirá en una aldea y la gente vendrá de todas partes • Se formará el *Pueblito de la Aurora*. Esta comunidad durará 80 años • Muchos peregrinos subirán a La Santa Montaña dentro de 70 a 80 años • Las personas intentarán llegar a La Santa Montaña pero no podrán • La montaña estará vestida de azul • Los cuervos volverán a La Santa Montaña • Volveré a La Santa Montaña • La Virgen de la Aurora vendrá a La Santa Montaña • Vendrá un retrato mío a La Santa Montaña • El obispo y los sacerdotes subirán a La Santa Montaña • Los sacerdotes no creerán en mí, pero yo los esperaré en La Santa Montaña • Los sacerdotes dormirán en La Santa Montaña • El Papa vendrá a La Santa Montaña.

La sociedad: Vendrán tiempos en que deberán conseguirse [estampas, imágenes, cuadros de] las Tres Divinas Personas y colocarlos a las entradas de las casas • Las mujeres votarán • Las mujeres quitarán los puestos a los hombres • Los hombres huirán de las mujeres • Mientras más luz haya, más oscuridad se tendrá.

La Iglesia Católica: Los sacerdotes serán pocos • Las iglesias cerrarán. Cuando esto suceda, habrá que hacer oración desde las puertas de las mismas • Vendrán falsos profetas que querrán conquistar la religión católica.

El mundo: El Siglo 20 será el siglo de la luz • No habrá mucho respeto entre los seres humanos • No habrá padres para hijos ni hijos para padres • Habrá una guerra que alzará a los niños y los esperarán con bayonetas • Los padres matarán a sus hijos • La familia no se conocerá • Las mujeres andarán detrás de los hombres • Las mujeres utilizarán la moda de vestir de los hombres • Las mujeres andarán desnudas • Los hombres morirán como si fueran animales • Dichosos los que tendrán capacidad para los años de la década de 1960 (algunos testigos dijeron que para la década de 1980) porque estarán sin mente los que vivirán después • Los gobiernos no se entenderán • Habrá una guerra universal.

Puerto Rico: Vendrá un gobierno muy bueno para Puerto Rico, pero los demás no serán así. • Se levantará un partido político que corromperá a Puerto Rico • Se levantará un partido político en Puerto Rico que dará trabajo tumbarlo • El campo será pueblo y el pueblo, campo • Lo que era abrojo será [área] descubierta y lo que era [área] descubierta será abrojo • Se verán fincas frondosas sin frutos • Nadie querrá poner las manos en la tierra • Habrá comida de más • El dinero vendrá a las casas; bendíganlo y utilícenlo • Vendrá un tiempo en que no habrá en qué emplear el dinero • Habrá negocios unos encima de los otros • Puerto Rico se convertirá en ramas de carreteras • Las aguas del mar inundarán Yabucoa • Los valles de Puerto Rico serán pasto de los peces • Los hombres caminarán por el aire • Los hombres andarán en carretas sin bueyes o en caballos sin cabezas • La ropa sobraré • Habrá casas de hierro.

Identidad

Según transcurría el tiempo, Nuestra Madre fue revelando su identidad a sus hijos puertorriqueños.

En las ocasiones en que se le preguntaba quién era, afirmaba que ‘Fui testigo de la muerte de Jesús,’ que ‘Soy la madre de todos los hombres,’ ‘Soy la señora de todos los pueblos,’ ‘Soy que sufrió mucho cuando Jesús murió en la cruz’ y ‘Soy la reina del cielo y de la Tierra.’

Nuestra Madre aseguró además que siempre permanecería en La Santa Montaña aunque algunos la vieran y otros solamente la sintieran, que aparecería ante muchos de sus discípulos en forma de paloma o de zumbadorcito puertorriqueño y que la reconocerían al lado de Jesucristo en el juicio final.

La primera vez que Nuestra Madre se manifestó como Nuestra Señora del Carmen fue cuando suspendió una de sus prédicas en La Santa Montaña para decirle a un primo de su discípulo yabucoño Juan Avelino Martínez el comentario que el primero le hizo a su esposa en su residencia previo a su salida hacia la montaña: “Elenita parece una holandesa cuando predica.” Nuestra Madre pidió al hombre que la mirara fijamente a la cara para determinar su verdadera identidad. Al hacerlo, el hombre cayó de rodillas y la identificó delante de todos como la Virgen del Carmen, insistiendo que había visto su corona y el resplandor que salía de ella.

Durante una prédica en el sector Alto Sotero Lebrón del barrio Montones del municipio de Las Piedras, Nuestra Madre se identificó en público

como La Virgen del Carmen. Con el correr del tiempo, los peregrinos que llegaban de lugares fuera de San Lorenzo la llamaban *Virgen del Carmen*, apelativo al que respondía con toda naturalidad. En momento alguno corrigió a los que así la llamaban.

Unos dos o tres años antes de partir de suelo borincano, Nuestra Madre comenzó a suplicarle a sus discípulos cercanos que rogaran a Papito Dios (el nombre con el que se refería a Jesús,) para que permitiera que ella derramara su sangre en La Santa Montaña, ya que esto sería una bendición especial para Puerto Rico.

Una vez comenzó a identificarse como *Nuestra Madre Redentora*, utilizaba una gorrita con las iniciales *M R* - separadas por una cruz (M+R) - en el área de la frente. En vista a lo anterior, algunos de sus discípulos se referían a ella como *Madre Redentora*.

Unos meses antes de su partida de suelo boricua, Nuestra Madre envió de regreso a sus casas a las niñas que permanecían con ella en la granja sanlorenceña. Una de ellas, la cagüeña Juana Rodríguez Flores, rehusaba salir de su lado y mientras caminaba llorando y a regañadientes por una ladera de la montaña, Nuestra Madre la llamó. Presurosa, Juana regresó, pero en lugar de anunciarle que podía quedarse, le fue entregado el cuadro de Nuestra Señora del Carmen que se instalaba en la tribunita desde donde Mamita predicaba. La niña colocó el cuadro contra su pecho y lo apretó como si se tratara de un obsequio de inmenso valor. Mientras Juana se alejaba nuevamente de la granja, Nuestra Madre la llamó para preguntarle si sabía lo que llevaba consigo.

“Un cuadro,” contestó Juana.

“¿Sabes de qué es el cuadro?”

“De la Virgen del Carmen.”

“Ésa soy yo; no se lo digas a nadie.”

La despedida

Durante el año y medio previo a su partida, Nuestra Madre comenzó a preparar a sus discípulos para que pudieran vencer con serenidad el momento de la despedida final.

Este preparativo dio comienzo mediante la utilización frecuente de

expresiones sobre la necesidad de ‘visitar otros lugares’ y de que no se iría de la misma forma en que llegó a tierra borincana, “Ya que de hacerlo así, todos ustedes pararán en la cárcel.” Al acercarse la fecha de su tránsito, Nuestra Madre se refirió a su partida como *un cambio*.”

Una tarde de agosto de 1909, Nuestra Madre convocó a los discípulos frente a su choza y les informó que no la verían por un largo período de tiempo, por lo que cuando entró nuevamente en la vivienda todos concluyeron que estaría en otro de sus ‘encierros.’

Durante esta reclusión, Nuestra Madre redactó tres cartas que fueron entregadas a la mano a los destinatarios por los mensajeros de la granja. Las misivas eran para el nuevo párroco de San Lorenzo, el agustino español Pedro Puras Rábanos, monseñor William Jones, obispo de la Diócesis de Puerto Rico (hasta 1924, año en que fue fundada la Diócesis de Ponce, solamente había una sede episcopal y esta cubría toda la isla,) y una de las llamadas “señoritas Sellés,” cinco hermanas (María, Candelaria, Petrona, Ángela y Rafaela,) hijas de acaudalado comerciante sanlorenceño Ramón Sellés y cuyas edades fluctuaban entre los 40 y los 45 años. La carta remitida por Nuestra Madre a una de las señoritas Sellés tuvo como propósito solicitarle que se permitiera el uso del panteón de la familia en el cementerio del pueblo para enterrar su cuerpo y para que asumiera los costos de elaboración en un taller de España, así como el transporte hasta Puerto Rico de una imagen de Nuestra Señora del Carmen.

El encierro final de Nuestra Madre, que duró 40 días, comenzó el sábado, 21 de agosto. Durante ese período de tiempo, solamente habló con Francisca Gómez Montes, residente del barrio Quebrada Arenas de San Lorenzo y una de las niñas del grupo que siempre la acompañó. Alrededor del 22 de septiembre, Nuestra Madre le indicó a Francisca lo que debía hacer con la sangre que derramaría, donde colocar su cuerpo y la ubicación de los candelabros para el velorio, que debía durar tres días.

Mientras tanto, el jefe del cuartel de la Policía de San Lorenzo, consciente de la cantidad de atentados contra la vida de Nuestra Madre, respondió a informes de los vecinos del lugar en torno a la desaparición de ésta con el envío de dos agentes policiacos a la cima de La Santa Montaña para verificar que no había sufrido un percance.

En 1909, San Lorenzo contaba con un cuartel de la Policía al que estaban adscritos agentes regulares y una unidad montada. El pueblo se refería

a los nuevos agentes del orden como *guardias* debido a que Puerto Rico contó con los servicios de la Guardia Civil española hasta 1899.

Los guardias se personaron en la granja y tras verificar que Nuestra Madre no se encontraba en los alrededores, amenazaron a los discípulos que de ésta no aparecer dentro de los siguientes tres días, todos serían encarcelados. A los tres días, en el momento en que los dos guardias volvieron a personarse en la granja, Nuestra Madre reapareció entre unos asustados discípulos y tras saludar a los agentes y asegurarles que estaba ilesa, los envió de regreso al pueblo. Al retirarse los policías, Nuestra Madre aprovechó el suceso para recalcar sus motivos para no partir de la misma forma en que había llegado a Puerto Rico.

“Ya les había dicho que si lo hago de esa forma, todos mis hijitos amados pararían en la cárcel.”

A renglón seguido, les informó que deseaba estar sola durante los próximos tres días para prepararse y que al cabo de ese tiempo fuesen a su choza y miraran debajo de su cuarto. Allí verían caer su sangre por las rendijas entre las tablas del suelo. “Esa sangre será la mía, que la voy a derramar para morir. Entonces vayan a abrir mi cuarto. Ya no estaré aquí, pero no digan que he muerto, sino que di mi *cambio*.” También instruyó a sus discípulos a colocar su cuerpo tal y como lo encontraran dentro del ataúd que le había solicitado construir al discípulo Juan Rodríguez del Valle. “Yo estaré preparada. Luego me llevan a enterrar al cementerio de San Lorenzo.”

El cambio

Ante las miradas de unos campesinos compungidos, Nuestra Madre entró en su choza para permanecer allí los últimos tres días de su encierro. A ratos, los discípulos la escuchaban tocar su güiro mientras entonaba una copla que en parte decía: *Los niños de pecho lloran, los pecadores se afligen, porque nuestra gente dice: adiós Madre Redentora.*

El 28 de septiembre los discípulos oyeron a Nuestra Madre cantar una copla con el estribillo: *Cuando yo me vaya, Puerto Rico entero dirá: ¡adiós, madre redentora!*

Al amanecer del miércoles, 29 de septiembre, día en que se celebra la festividad de San Miguel Arcángel, (cuyo nombre fue la nomenclatura original del pueblo de San Lorenzo: el Hato Grande de San Miguel y

quien fue el santo patrón de la población hasta 1812, en que el mártir San Lorenzo alegadamente se apareció en una roca sobre el río Cayrabón que bordea el pueblo,) el discípulo sanlorenceño José González encendió un anafre para preparar café para los que habían permanecido en vigilia en la montaña. De pronto, González escuchó la voz de Nuestra Madre, por lo que de inmediato cayó rostro al suelo.

“Ya he dado el cambio, hijito, pero estaré con ustedes hasta el último día y los recibiré gloriosamente en el cielo.”

Al levantar la vista, González se percató de que Nuestra Madre se había ido. De inmediato dio aviso de lo sucedido a los demás discípulos, por lo que todos, presurosos, se dirigieron a la choza de Mamita. Al ver que la sangre de Nuestra Madre caía por las rendijas del piso de madera de la choza hasta el suelo bajo la casita, los discípulos recordaron las palabras que Mamita pronunció en varias ocasiones:

¡Dichoso Puerto Rico si derramo aquí mi sangre!

Al entrar a la vivienda la encontraron tendida en el piso de su habitación. Para sorpresa de todos, ya estaba amortajada con un bálsamo que describieron ‘como lila.’

Uno de los mensajeros salió de la granja en busca de Francisca para que según había dispuesto Nuestra Madre, junto a otras niñas se ocupara de su cuerpo y de su sangre. Mientras tanto, otros discípulos abandonaban La Santa Montaña en varias direcciones para correr la voz sobre el cambio de Mamita entre los residentes de barrios cercanos y para notificar a las autoridades de San Lorenzo sobre su partida.

Al arribar a la granja, el grupo de niñas encabezado por Francisca actuó conforme a las instrucciones de Nuestra Madre, recogiendo su sangre con unos paños blancos que fueron colocados dentro de varios frascos de cristal, que a su vez fueron enterrados cerca de su choza. Luego colocaron candelabros en cada esquina de la mesa donde los discípulos habían depositado el cuerpo.

Esa tarde, el juez de San Lorenzo, Emilio Buitrago, subió al velatorio en la granja y una vez determinó de forma preliminar que el cambio de Nuestra Madre no había sido causado por mano maliciosa, sentenció que: “El cuerpo de la Madre Elenita ahora pertenece a los ángeles.”

El párroco de San Lorenzo, padre Puras, avisado del cambio de Nuestra Madre por el discípulo Juan del Valle Rosario, también subió a la montaña e inquirió a los discípulos si contaban con dinero suficiente para cubrir los gastos del entierro.

Temprano en la mañana del jueves, 30 de septiembre, una multitud de enormes proporciones ya se había congregado en la montaña. La cocinera Santos Rodríguez y otras discípulas, siguiendo la tradición de hospitalidad de Elenita, guisaron la carne de unos 20 cabros y cocieron 14 racimos de guineos (plátanos verdes pequeños) para complementar el arroz cociéndose en varios calderos gigantescos y que servirían a los cientos de visitantes congregados en la granja sanlorenceña.

El entierro

Durante la madrugada del viernes, primero de octubre, las niñas de Nuestra Madre envolvieron su cuerpo en una sábana y lo colocaron dentro del ataúd. Al llegar el momento de partir hacia el cementerio (las cuatro de la mañana) además de que llovía copiosamente, los presentes notaron que la luna estaba envuelta en un haz rojo y toda la montaña estaba cubierta por una niebla espesa. Los que más cerca se encontraban del féretro evidenciaron el destello de lo que describieron como un relámpago sobre la caja.

Pese a una lluvia pertinaz, según la comitiva fúnebre avanzaba hacia el norte por el *Camino Real* atravesando los sectores entre La Santa Montaña y el casco urbano del municipio, se iban uniendo personas al cortejo, el que las autoridades sanlorenceñas calcularon en 20 mil almas. Los maestros de la escuela elemental del barrio Cayaguas permitieron que los estudiantes abandonaran las aulas escolares y bajo la estricta vigilancia de sus maestros, se posicionaron al borde de la carretera para darle su último adiós a Nuestra Madre.

El gentío era de tal magnitud, que cuando los que cargaban el féretro entraron al pueblo a las cuatro de la tarde, la concentración de personas continuaba ininterrumpidamente hasta el barrio Quebrada Honda, localizado a 6.8 millas (10.9 kilómetros) de distancia de la plaza de recreo de San Lorenzo. El padre Puras, que ya lucía su vestimenta funeral, salió al encuentro de la comitiva, deteniéndose junto a la caja y exclamando:

“¡Si ustedes supieran a quien llevan ahí!”

De inmediato, el sacerdote cayó de rodillas, pidiendo perdón por las ofensas que había cometido.



A la fecha de la partida de Nuestra Madre, el padre Pedro Puras Rábanos, a la extrema izquierda de la fotografía sosteniendo un cigarrillo en su mano izquierda, era el párroco de la iglesia ubicada en el casco urbano de San Lorenzo. Esta foto fue tomada en 1911 por un fotógrafo itinerante e incluye al hermano del sacerdote, Antonio Puras Rábanos, a su cuñada María Rivera Calderín, a sus sobrinos Pedro, Antonio, Blanca y María Teresa, así como a la suegra de su hermano, Perpetua Calderín. Foto cortesía de Zilka Puras.

Al entrar a la iglesia, los hombres que iban cargando ataúd, todos discípulos de Nuestra Madre, le aseguraron al sacerdote que según avanzaban hacia el casco urbano de San Lorenzo y conforme al paso de las horas, el peso del féretro comenzó a disminuir y que al llegar al pueblo daba la sensación de que estaba vacío.

Para poder enterrar el cadáver conforme a las disposiciones de ley, era necesario que el médico del pueblo firmara un acta de defunción, que en el caso de Nuestra Madre se convirtió en un documento pro forma que se preparó sin mediar examen médico del cadáver y con la información suplida por uno de sus discípulos sanlorenceños, Francisco Torres, ya que la difunta carecía de certificado de nacimiento, de fe de bautismo y de identificación de cualquier otro tipo.

Se desconoce si el médico que firmó el acta (que fue registrada como la número 145 en el Folio 16 del Libro 12 de defunciones del municipio,) emitió su certificación facultativa en su oficina o en la iglesia. Entre los datos incluidos en el documento figuran el de la edad de la difunta, 35 años, que su muerte fue generada por debilidad general y que sería enterrada en el cementerio de San Lorenzo. Tampoco se sabe si este galeno contribuyó sugerencias para poder completar el documento, ya

que la occisa aparece registrada bajo el nombre *Elena Huga*.

Al concluir la misa de réquiem, la comitiva fúnebre continuó su marcha hacia su destino final, el panteón de la Familia Sellés en el camposanto municipal. Los que cargaban la caja durante esta última porción del viaje eran los discípulos varones de la granja, que se miraban unos a otros en complicidad debido a que el poco peso del ataúd evidenciaba que con toda probabilidad se encontraba vacío.

Los discípulos depositaron el féretro en el suelo frente al panteón y con caras circunspectas, ayudaron al sepulturero a enterrar la caja.

“¡Se fue! ¡Está en la choza!” susurraron entre todos.

El encuentro

El pueblo aún estaba repleto de gente y los discípulos, pese a que su ropa estaba empapada por la lluvia, que se sentían sumamente cansados y hambrientos tras 12 horas de peregrinaje y que los pocos que llevaban zapatos puestos los tenían totalmente enlodados, no se sentaron a descansar como la mayoría de las personas que arribaron al pueblo. Llenos de una energía repentina y una alegría esperanzadora, lograron abrirse paso entre la multitud para emprender el camino de regreso a La Santa Montaña. Al llegar a la granja, los ánimos decayeron por un instante tras buscar a Mamita por todas partes y no hallarla.

Adolfo Ruiz Medina, que había permanecido pensativo, aportó un nuevo rayo de esperanza con siete palabras:

“¡No hemos buscado en La Santa Peña!”

Todos salieron presurosos por la ladera de la montaña y cuando llegaron a la roca de granodiorita, sus pasos se detuvieron en seco. De pie, junto al inmenso peñasco, toda rodeada de luz, estaba esperándolos sonriente Nuestra Madre.



GOBIERNO DE PUERTO RICO
DEPARTAMENTO DE SALUD
NEGOCIADO DE REGISTRO DEMOGRAFICO Y ESTADISTICAS

P. R. - 17 -

ACTA DE DEFUNCION

Número 145 En San Lorenzo P. R. el primero de octubre
de mil novecientos veinte siendo las — de la —
ante mí Manuel Torres Vazquez Encargado del Registro Civil comparece
Francisco Torres mayor de edad, de estado casado
de profesión journalista natural de San Lorenzo y vecindado
en la casa número — de la calle de del mismo pueblo
de San Lorenzo declara:

1. Que Elena Hugu de triciola y viuda
antes de edad, de estado se ignora natural de se ignora
de la raza — de profesión religiosa
y vecindado en la casa número — de la calle de —
de San Lorenzo, falleció a las cinco de la tarde
del día antier, de mil novecientos veinte
a consecuencia de debilidad general

2. Que era hija de Emilio H. Hugu,
agonizando la madre y demás
familia sola

3. Que a su cadáver se "borda" de las
sepulturas en el cementerio de este pueblo

4. Que no se otorga disposición testamentaria

 SALUD
FICHO
N.º
M.

Se declara que se ha dar sepultura al cadáver en el de este pueblo

Fue en presencia de los testigos Manuel Gutierrez
mayor de edad, de estado casado de profesión empleado
natural de este pueblo y vecindado en la casa número — de la
calle de San Lorenzo, y
Fernando Vazquez mayor de edad, de estado casado
de profesión empleado natural de este pueblo y vecindado
en la casa número — de la calle de —
de San Lorenzo, cuyos testigos que me garantizan que el cadáver de que se trata
es de la persona indicada.

Leída esta acta, la aprueban todos los que en ella figuran y la firman, haciéndolo por los que no supieron
aquella a quienes rogamos, sellándola yo con el sello de esta oficina y firmándola con mi propia firma de todo lo
que certifico.

Manuel Torres Vazquez Encargado del Registro Civil.
Yo, Rogelio Colón Lebrón, Registrador Demográfico,
Certifico: Que el acta que antecede es una copia fiel y exacta de su original que obra en el de este Registro, en
el libro No. 12, Folia 16, Inscripción No. 145 para que así conste
a solicitud de Francisco Torres Vazquez libro la presente en San Lorenzo, P. R.,
a 7 de mayo de mil novecientos veinte y ocho, para sus fines legales.

Rogelio Colón Lebrón
Registrador Demográfico.

Certificado de
defunción por
forma emitido por
las autoridades
en 1909 bajo
el nombre de
Elena Hugu.



La Santa Peña.
Foto por Natividad Ruiz.

La Santa Montaña

Gestiones iniciales

Después de la partida de Nuestra Madre, sus discípulos se dedicaron a difundir sus enseñanzas y con la ayuda del padre Puras, establecieron un santuario en el cerro que ya todos llamaban La Santa Montaña.

La primera gestión de los discípulos fue recolectar dinero para pagar el grabado de las palabras *Madre Redentora* en la lápida de su tumba en el panteón de la familia Sellés. Luego sembraron una zarza americana alrededor del lugar donde dio su cambio para que nadie pisara el área en lo que se allegaban fondos para la construcción de un santuario. Mientras tanto, el padre Puras subía a la granja tres veces en semana a celebrar misa en la capilla que Nuestra Madre ordenó construir.

Al arribar en San Lorenzo la imagen de Nuestra Señora del Carmen que Nuestra Madre había encargado a un taller en España, los discípulos quedaron asombrados, ya que la misma guardaba un parecido extraordinario con la fisonomía de Nuestra Madre.

Los discípulos continuaron el desarrollo del santuario primitivo con la ayuda de *Los Hermanos Cheo* (una agrupación de ministros católicos



Imagen de Nuestra Señora del Carmen que Nuestra Madre encargó a un taller de España por conducto de una residente de San Lorenzo. Foto por Linda Collazo-Bencon.

itinerantes que surgió en 1902 y que desde 1927 opera bajo el nombre de Congregación Misionera San Juan Evangelista) y en una fecha indeterminada, pero antes de 1918, el Hermano Cheo Francisco *Pancho* Núñez construyó un rancho a manera de capilla en La Santa Montaña. Esta edificación fue sustituida por varios miembros de la congregación por una segunda capilla con campanario.

En 1926 se señaló el lugar del cambio de Nuestra Madre con una cruz de cedro. Dos años más tarde, los vientos del huracán *San Felipe* destruyeron la capilla en La Santa Montaña, así como las edificaciones aledañas, por lo que fueron sustituidas por un rancho construido por algunos de los discípulos originales y por los descendientes de los devotos ya fallecidos.

En 1929 comenzaron a celebrarse retiros espirituales en La Santa Montaña, especialmente durante la Cuaresma y seis años más tarde, los discípulos Félix Rodríguez Tirado (un residente de Patillas que atestiguó que Nuestra Madre había relatado que Dios la había enviado a platicar la salvación a todos) y Pedro Vega se dieron a la tarea de construir un monumento en el lugar del cambio.

Mientras escarbaba (1935) en el lugar del derramamiento de la sangre de Nuestra Madre para hacer el monumento, Rodríguez Tirado encontró los paños con sangre y unos mantos de ésta y fue tan fuerte la impresión que recibió, pues ya habían pasado 25 años de haber sido enterrados allí, que los extrajo a toda carrera, corrió a un lugar cercano y los volvió a enterrar a unos 3 ó 4 pies de profundidad.

La primera misa en La Santa Peña fue celebrada en 1935 por el sacerdote Gualterio Muñoz y entre 1939 y 1941, por encargo de la discípula sanlorenceña María Núñez, se sustituyó la cruz de madera del monumento sobre el lugar donde Nuestra Madre dio su cambio por una de cemento.

En 1942 se construyó una nueva capilla, esta vez de tabonuco y con techo de zinc de dos aguas. En el altar, que era de madera, se colocó una cruz y dos cuadros: uno del Sagrado Corazón de Jesús y otro de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

A partir de 1956 los sacerdotes de Caguas viajaban hasta La Santa Montaña una vez al mes para oficiar misa en la capilla.

A instancias de la ex alcaldesa de Guayama, Obdulia Velázquez

(tenencia de 1952 a 1956) en 1970 se construyó un segundo monumento sobre el lugar del derramamiento de la sangre. Velázquez también fue instrumental en la preservación de los terrenos que componen el santuario, ya que traspasó a la Iglesia Católica la titularidad de varias cuerdas (una cuerda equivale a 0.97 acres; 0.39 hectáreas; 3,930 metros cuadrados) en La Santa Montaña.

A principios de la década siguiente, La Santa Montaña seguía siendo utilizada como lugar de oración y de reflexión donde también se celebraba una misa de aniversario en conmemoración de la fecha de la partida de Nuestra Madre en la humilde capilla construida allí. El lugar además era el centro de peregrinaje de multitudes deseosas de recordar la pasión y la muerte de Cristo en lo que consideraban un lugar sagrado durante la Semana Santa. El resto del año se registraba un tenue, pero constante flujo de peregrinos hasta el humilde oratorio del barrio Espino.

La mayoría de los peregrinos, tras visitar la capilla construida sobre el lugar donde Nuestra Madre dio su cambio, bajaba por las laderas escarpadas de la montaña para llegar hasta La Santa Peña o para recoger agua del manantial que Nuestra Madre prometió nunca dejaría de fluir.

Para esa época, sobre el lugar donde Nuestra Madre dio su cambio se había colocado un ranchón que constaba de cuatro estantes con techo de dos aguas. Tanto el techo como las paredes de la estructura estaban cubiertos de pacholí para proteger de la lluvia a los fieles que iban a rezar ante un pequeño altar de cemento colocado sobre una plataforma del mismo material y un nicho al centro que contenía la imagen de Nuestra Señora del Carmen. Detrás del nicho y sobre el altar se erguían tres cruces pintadas de blanco en las que los peregrinos colgaban rosarios. A un lado del altar se colocó uno de los socos de ausubo que sirvieron de sostén de la choza de Nuestra Madre.

Los visitantes también se acercaban al área de *Las Tres Cruces*, (conocida anteriormente como *El Encuentro*,) donde los fieles habían colocado cruces de madera en tres troncos de pomarrosas que se erguían al borde de un precipicio. El lugar, que comprende la cima exacta de la montaña, permite una vista panorámica (de 180 grados) de las zonas centro y sur del Bosque Carite, unas 6,600 cuerdas (6,400 acres; 2,593.8 hectáreas; 5,899.9 metros cuadrados) de bosque húmedo tropical que forman parte de La Sierra de Cayey. El bosque, que abarca secciones de los municipios de Cayey, Guayama, San Lorenzo y Patillas, tiene elevaciones que varían

de unos 750 a unos 2,900 pies (de unos 228 metros a unos 902 metros) sobre el nivel del mar.

Las apariciones

En agosto de 1982, mientras decenas de peregrinos se desplazaban por La Santa Montaña, Migdaly Cintrón, una niña de nueve años edad procedente del municipio de Cidra y que acudió al lugar acompañada de un familiar, se encaminó hasta Las Tres Cruces, el área donde se erguían unas cruces de madera y que por su aislamiento, elevación, la quietud que impera en el paraje y la vista que ofrece, genera un ambiente que invita a la meditación y al recogimiento.

Las personas congregadas en lugares cercanos, incluyendo los parientes de la niña, se extrañaron al notar que el cuerpo de la pequeña mostraba temblores inusuales y que sus manos estaban extendidas, dando la impresión de que alguien las estaba asiendo. Al acercarse los presentes, Migdaly salió de lo que parecía ser un estado de trance e informó a todos los que se habían aglomerado a su alrededor que alegadamente una señora muy linda se formó delante de ella, la tomó de las manos y le dijo que no tuviese miedo, "...Porque soy la madre de Dios, La Virgen."

Desde ese momento, tanto Migdaly como los otros tres niños cidreños que se convirtieron en videntes – Aida Rivera, de ocho años de edad, Jessie Bermúdez y Marilyn Ruiz, los últimos dos de siete años de edad – eran llevados por sus familiares unas tres veces por semana a La Santa Montaña para seguir teniendo encuentros en los que la Virgen María les solicitaba que le llevaran flores, que pregonaran sus mensajes, que interesaran a muchos niños (a los que calificó como "mi preocupación principal,") a visitarla en La Santa Montaña y a que instaran al pueblo a orar y a entonar himnos porque "Dios está muy cerca de la Tierra y nos encontramos en la última etapa de lo que ha de acontecer."

El 25 de septiembre, mientras una muchedumbre que sobrepasaba las 300 personas acompañaba a Migdaly, Marilyn y Aida en el rezo del rosario en Las Tres Cruces, la Virgen María le entregó un rosario a la segunda, entrelazándolo entre sus manos. Mientras tanto, Aida y Migdaly comenzaron a alejarse del grupo, pero no caminando, sino mediante la levitación. La concurrencia, al ver que las niñas se encontraban a una altura de tres o cuatro pies (0.9 o 1.2 metros) sobre el suelo sin nada que

las sostuviera, se conmocionó. Algunos salieron corriendo, otros cayeron al suelo o continuaron rezando y unos pocos, al ver que aumentaba la distancia entre las niñas y el suelo, comenzaron a dar gritos.



Las niñas cidreñas Aida Rivera, (izquierda) y Migdaly Cintrón, dijeron haber visto y conversado con la Virgen María en La Santa Montaña en 1982.
Foto: Revista *Milenio X*.

Según relató Justina Sánchez, una residente de Cidra que se encontraba entre los feligreses orando en Las Tres Cruces esa noche, la levitación ocurrió a eso de la una y media de la madrugada y con la ayuda de los feligreses cidreños Antonio *Tonín* Rolón, Sara Sánchez y Nelly Martínez, se logró agarrar a Aida por las piernas y bajarla, pero al tratar de agarrar a Migdaly, el cuerpo de la niña se colocó en posición horizontal con los brazos extendidos. Migdaly se mantuvo flotando por espacio de unos cinco minutos a más de siete pies (2.1 metros) de altura y tras muchos esfuerzos, las mismas personas que lograron bajar a Aida alcanzaron el cuerpo de Migdaly y la depositaron en el suelo.

Durante los meses subsiguientes, tanto los niños videntes como muchos de los peregrinos que se allegaban a La Santa Montaña les aseguraron a los representantes de los medios de comunicación haber escuchado los cánticos de un coro de niños y no poder precisar el lugar exacto de la procedencia de las voces. También fueron muchos los peregrinos que insistieron haber sido curados de enfermedades físicas a través de la intervención de Nuestra Madre.

Una vez la prensa corrió la voz en torno a la segunda citada serie de apariciones marianas en La Santa Montaña, en poco tiempo aumentó la cantidad de grupos de oración que visitaban el lugar. Se organizaron peregrinajes, retiros, charlas y toda clase de actividades conducentes a llenar las necesidades espirituales de los feligreses que acudían al santuario con la esperanza de ver a Nuestra Madre, en busca de sanación espiritual o que deseaban escuchar los nuevos mensajes transmitidos a los niños. También fueron muchas las personas que viajaron hasta la otrora granja sanlorenceña en busca de la curación de males físicos

propios o de un familiar. Cualesquiera que hayan sido las motivaciones que impulsaron a estos peregrinos para allegarse a La Santa Montaña, todos salían impactados por las reportadas vivencias espirituales que experimentaron durante su estancia en el lugar.

Pese a que un mes después del episodio de la levitación de las niñas cidreñas cesaron las apariciones marianas, cientos de peregrinos seguían visitando La Santa Montaña y pronto se formaron grupos de oración y de recepción de los mensajes que decían recibir algunos visitantes.

El santuario

En aras de suplir las necesidades espirituales de los peregrinos, el obispo de la Diócesis de Caguas, monseñor Enrique Hernández Rivera, destacó al sacerdote benedictino Jaime Reyes en La Santa Montaña para que celebrara misa y confesara a los feligreses que así lo solicitaran. Luego el monseñor autorizó que se construyera un santuario diocesano en la cima de la montaña.

A la ceremonia de dedicación del Santuario Nuestra Señora del Carmen, que tuvo lugar el 29 de septiembre de 1985 y fue presidida por monseñor Hernández Rivera, asistió una multitud estimada en cinco mil feligreses. La solemnidad y la cantidad de sanaciones y de apariciones reportadas en el lugar por personas de buena reputación y la certificación de la presencia de la Virgen María en el lugar por videntes reconocidos fueron los catalíticos que generaron el constante fluir de visitantes de todas las clases sociales, razas y nacionalidades al santuario, que a partir de su inauguración y hasta el año 2012 permaneció abierto las 24 horas del día. (Al presente, los portones del lugar son abiertos todos los días a las 8:00 am y cerrados al caer el sol.)

El santuario contiene una iglesia, construida en cemento y con cabida para unas 200 personas. En un lateral del altar de dicho templo, que al igual que la mayoría de las iglesias de Puerto Rico, tienen la entrada orientada hacia el oeste, se colocó la imagen de la Nuestra Señora del Carmen que Nuestra Madre, por conducto de una de las señoritas Sellés, encargó a un taller en España.

En las áreas aledañas a la iglesia se construyeron: un edificio de dos plantas para albergar la casa parroquial, las oficinas del santuario y una

tienda de objetos religiosos; una glorieta; un estacionamiento embreado con cabida para 30 vehículos y; una casa para retiros espirituales.

Los visitantes generalmente comienzan su peregrinación en la iglesia y de ahí se dirigen por la llamada Planicie de San Francisco hasta el área conocida como *Las Tres Cruces*, donde se yergue un muro semicircular de unos dos pies (0.6 metros) de altura en su comienzo (a ambos lados) y que alcanza los tres pies (0.9 metros) de altura al centro.



El área de la Santa Montaña conocida como
Las Tres Cruces.

Sobre dicho muro hay tres cruces de cemento pintadas de blanco, las dos laterales vacías, la del centro con un Cristo en agonía. A ambos lados del Crucificado se yerguen las imágenes de Nuestra Señora de los Dolores (*La Dolorosa*) y del discípulo amado, Juan evangelista. El Cristo crucificado y un friso de *La Piedad* contiguo a la imagen del discípulo, conforman las penúltimas estaciones del *Vía Crucis*, que comienza cerca de la iglesia y cuyas estaciones restantes están compuestas de 12 estructuras rectangulares en cemento recubiertas en mosaicos y protegidas por minúsculos techos de dos aguas elaborados en tejas.

En el lugar donde estuvo ubicada la choza de Nuestra Madre se construyó una casa-santuario. La estructura, hecha en cemento y de forma octagonal, contiene un área utilizable de aproximadamente 90 pies cuadrados (8.36 metros cuadrados) con ocho secciones de techo anguladas en forma ascendente y cubiertas con tejas. En el punto donde convergen todos los techos se levanta una linterna (estructura circular) con ventanas de cristal que miden aproximadamente dos pies (0.6 metros) de ancho por dos pies de alto. Encima de la linterna se yergue una corona en madera de la que sobresalen, de forma alternada, flores de lis y puntas de lanza.



La Casa de Nuestra Madre.

A pocos pasos de la casa se yergue un pedestal que contiene una tarja identificando una palma de coco que sembró Nuestra Madre con sus propias manos. En ese punto comienza el llamado *Camino del Ángel*, una vereda en cemento de inclinación progresiva con barandas en metal que brindan apoyo al peregrino hasta llegar al segundo manantial que hizo brotar Nuestra Madre y que prometió que nunca se secaría.

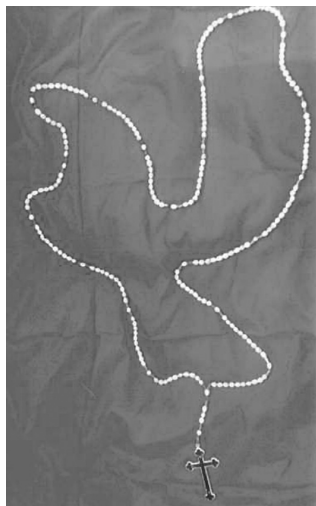


El manantial que hizo
brotar Nuestra Madre en
La Santa Montaña.

Los misterios

En 1987, el padre Reyes se encontraba orando en *La Santa Peña* cuando le fueron revelados por Nuestra Madre unos misterios que debían añadirse y rezarse junto a los 15 misterios tradicionales del rosario: los *Misterios Apostólicos*.

Los miembros de las dos comunidades religiosas establecidas en la Santa Montaña, La Asociación Pública Pía Siervos de Nuestra Madre, dirigida por el padre Reyes y Las Siervas de Nuestra Madre, dirigida por Sor Julia Hernández, comenzaron de inmediato a lucir rosarios con 20 misterios en sus vestimentas y a rezarlos de manera privada.



Rosario utilizado por las Siervas de Nuestra Madre en La Santa Montaña y que incluye los misterios apostólicos. Foto cortesía de Sor Julia Hernández, superiora de las Siervas Carmelitas de Cristo Rey.

En 1989, como parte del jubileo con motivo del 25^{to} aniversario de la fundación de dicha sede episcopal, se distribuyó una hoja en que se promulgaron los llamados Misterios Apostólicos.

No fue hasta el 16 de octubre de 2002 [15 años después de serle revelados estos misterios al padre Reyes,] que el Papa Juan Pablo II introdujo una nueva serie de misterios llamados ‘Luminosos’ y que resultaron ser *idénticos* a los Misterios Apostólicos revelados por Nuestra Madre al padre Jaime Reyes y luego divulgados por monseñor Enrique Hernández Rivera en la Diócesis de Caguas en 1989.

Las videntes

La década que dio comienzo en 1990 marcó un período caracterizado por la internacionalización de La Santa Montaña, ya que el lugar fue visitado por una serie de personalidades relacionadas a varios acontecimientos marianos acaecidos en Europa y Estados Unidos.

Una de las primeras figuras en visitar el santuario fue Marija Pavlovic, una de los seis alegados videntes de Nuestra Señora de la Paz en Medjugorje (localidad en Bosnia-Herzegovina,) que arribó en compañía del sacerdote franciscano Slavko Barbaric, quien estuvo involucrado con los videntes y las apariciones hasta su muerte, acaecida el 24 de noviembre de 2000. Al finalizar la visita efectuada en 1992 a La Santa Montaña, Pavlovic comentó a sus anfitriones:

“No entiendo por qué los puertorriqueños viajan hasta Medjugorje a ver la *Gospa* [palabra croata para *Nuestra Señora*,] ya que tienen la Virgen aquí [en San Lorenzo.]”

Otra de las personalidades que visitó La Santa Montaña fue la religiosa de la orden de las Hermanas de Santa Clara, Sor Briega McKenna, natural de Irlanda y actualmente residente de Tampa, Florida. A la edad de 24 años, McKenna fue curada de forma milagrosa e instantánea de artritis reumática durante la celebración de la Eucaristía y poco tiempo después le fue concedido el don de la sanación de enfermos, lo que la convirtió en una figura reconocida a nivel mundial. McKenna viaja por todo el mundo ayudando a los sacerdotes y sanando enfermos.

La vidente irlandesa Cristina Gallagher visitó el santuario sanlorenceño en 1994. Sus reportadas experiencias con la Virgen María comenzaron el 21 de enero de 1988, mientras visitaba a un amigo en Dublín. Allí alegadamente tuvo una aparición de Nuestra Señora y pocas semanas después informó que había empezado a recibir mensajes de María, Reina de la Paz, quien le solicitó dar a conocer ampliamente dichos mensajes. Junto a su director espiritual, el Padre Gerard McGinnity, Gallagher escribió su autobiografía, *Out of the ecstasy and onto the cross (Del éxtasis a la cruz.)* Actualmente su cuerpo está estigmatizado y tanto su misión como los mensajes que alegadamente recibe son conocidos en todo el mundo.

La norteamericana Cyndi Cain, quien alega haberse convertido en receptora de los mensajes de Jesús y la Virgen María desde 1990 y es conocida internacionalmente como *La flor escondida del immaculado corazón de María*, también visitó el santuario sanlorenceño en 1994. Cain fundó el centro MIR-A-CALL en California y promulga los mensajes que recibe a través del periódico *A call for peace (Un llamado por la paz.)* Su director espiritual desde 1990 es el sacerdote oblato Al Svobodny.

Poco después de visitar La Santa Montaña, Cain remitió una misiva a monseñor Hernández Rivera vía la entidad sin fines de lucro que auspició

su viaje a la isla, *Centro Paz de Puerto Rico*, en la que, entre otras cosas, relató que había recibido un mensaje de Nuestra Señora del Carmen de San Lorenzo para los discípulos que aún vivían. El mensaje lee en parte:

Ustedes recuerdan bien a su Elenita... Han pasado muchos años desde que estuvieron conmigo en la Tierra, pero nunca me he apartado de su lado. Mis queridos hijitos, han vivido unas vidas muy hermosas y por ello les doy las gracias. Su exilio terminará pronto. Si, mis hijitos, ustedes han dado testimonio de mi presencia en este lugar sagrado y yo nunca los abandonaré... Pronto vendré a coronarlos y llevarlos ante la presencia de mi Hijo donde disfrutarán por toda la eternidad la alegría que les espera. Les digo solemnemente que ha llegado la hora de que hablen al obispo con toda libertad sobre lo que les dije cuando estaba con ustedes en esta montaña sagrada...

...Deben decirle al obispo que ha sido la voluntad de Dios que este lugar verdaderamente sea una montaña sagrada, a la cual regresaré. Las personas me verán y su amor por mi Hijo será como retoño sobre un árbol en primavera. Digan al obispo que las aguas fluirán abundantemente y que la gracia de la conversión y la sanación del alma y del cuerpo podrán ser halladas en este santo lugar...

...Yo, la Madre de Dios, su Elenita, les promete conservarlos bajo su manto inmaculado y que mi divino Hijo los protegerá... Digan a todos que este es un lugar muy sacro y que los que vengan de visita deben estar preparados para entrar a un lugar sagrado.



La investigación

Los primeros estudios

En su libro, el padre Reyes ofrece detalles en torno a los resultados del análisis de dos cabellos de Nuestra Madre que le fueron entregados por los descendientes de dos discípulos que guardaron las madejitas de cabellos que dicha figura repartió antes de partir de suelo borincano.

Los cabellos fueron enviados al Instituto de Ciencias Forenses de Puerto Rico (conocido por sus siglas, ICF,) para análisis. A continuación se incluye parte del contenido de la carta fechada el 13 de junio de 1988 y que fue remitida a monseñor Hernández Rivera por la directora de la División de Evidencia Física del ICF, Ana M. Martínez Suárez:

*...nuestro personal técnico utilizó todos los recursos disponibles para poder obtener la mayor cantidad de información posible. Sin embargo, en nuestras conclusiones no podemos ir más allá de lo que la misma ciencia nos impone, esto es, sólo podemos decir que los pelos tienen características similares. La edad y el sexo no pueden ser corroborados. Aunque la tecnología moderna nos puede indicar el sexo y si las muestras pertenecen a una misma persona, **para ello es necesario que el pelo tenga raíz. Las muestras sometidas no cumplían con este requisito.***

El informe oficial del análisis efectuado por personal del Laboratorio de Criminalística del ICF (anexado a la carta de Martínez Suárez,) indica que:

...las dos muestras de cabello fueron sometidas a análisis microscópicos, químicos y serológicos. Ambas muestras tienen congruencia en lo siguiente: cromatismo, ondulación, textura, tipo de médula, ancho de la cutícula, patrón de la cutícula, diámetro del pelo, patrón de cambios en diámetro, tamaño de los gránulos de pigmentación, distribución de los gránulos de pigmentación, presencia y distribución del cortical fusi, ausencia de cuerpos ovoides, patrón de pirolisis, cortado en ambos extremos, tipos de traumas.

La exhumación

Juan M. Pedró, el sepulturero a quien en 1991 se le encomendó la tarea de abrir el panteón de la familia Sellés en el antiguo cementerio de San Lorenzo y remover el ataúd donde en 1909 se colocó el cuerpo de Nuestra Madre indicó lo siguiente durante una entrevista en 2005:

“A mediodía del Miércoles Santo de ese año [1991,] un señor del Instituto de Cultura [Puertorriqueña] que no es de por aquí y vino de San Juan, una señora de la Santa Montaña, de esas que se pasan metidas allá arriba [algunas personas conjeturan que se trataba de la feligrés Miriam Muñoz, una residente de Guaynabo ya fallecida que alegadamente hizo importantes aportaciones en efectivo al santuario] y un hombre blanco, alto y delgado le entregaron la orden [de exhumación] a Rafael [Román Rosario,] que para ese tiempo era el administrador del cementerio” [y quien según informó el sepulturero en 2005, ya estaba acogido al sistema de retiro por años de servicio en el gobierno.]

Guango, como cariñosamente apodan al enterrador, ha ejercido dicho oficio por espacio más de dos décadas y al momento de ser entrevistado [2005] era vecino del Residencial Lorenzana de San Lorenzo. Al preguntársele su edad, Guango respondió campechanamente: “Todavía sopló” e inmediatamente ofreció detalles adicionales sobre la exhumación.

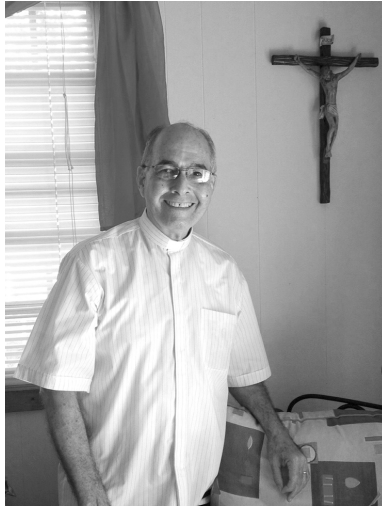
“Yo no vi la orden, pero Rafael, que la tenía en la mano, me dijo que abriera la tumba y sacara la caja. Eso hice y cuando abrí la tapa, estaba vacía. No había nada adentro, ni siquiera polvo de huesos. Eso es bien raro porque cuando uno abre una caja sellada, por más años que hayan pasado, siempre aparece algo, ya sea huesos, pedazos de hueso, la calavera o parte del cráneo; ¡hasta polvo de huesos!”

“Me quedé cerca y los oí decir [a los tres testigos de la exhumación] que esperaban al menos encontrar una mantilla, pero allí no había nada; la caja estaba llena de aire.”

El libro

En 1992, el padre Reyes publicó su libro, *La Santa Montaña de Puerto Rico, El Misterio de Elenita de Jesús, 1899-1909*. En el mismo, dicho

sacerdote incluyó los testimonios de cientos de testigos oculares de la presencia de Vuestra Madre en Puerto Rico, así como de los descendientes de estos testigos.



El padre Jaime Reyes.
Foto cortesía del padre Reyes.

En su libro, el padre Reyes indica que los testigos oculares de la presencia de Nuestra Madre en Puerto Rico informaron que:

- **ésta** se identificó a sí misma como ‘Vuestra Madre Redentora,’
- poco después de referirse a sí misma mediante estas palabras utilizó un gorrito con las iniciales *MR* (siglas de Madre Redentora,)
- sus seguidores se referían a ella con toda naturalidad como *Mamita Redentora* y
- dicha figura dijo que derramaría su sangre en La Santa Montaña porque esto sería una bendición especial para Puerto Rico.

En una carta enviada al Papa Benedicto XVI por cinco cardenales en 2008 se respaldan los testimonios de los discípulos y los seguidores de Nuestra Madre en torno al título Madre Redentora. La antedicha

comunicación fue publicada como parte de un despacho noticioso emitido por Zenit, una agencia internacional de noticias sin fines de lucro que se dedica a informar todas las incidencias de la religión católica y por las entidades *The Fifth Marian Dogma* (El Quinto Dogma Mariano) y *Messengers of the Lady of All Nations* (Mensajeros de La Señora de Todas las Naciones.) Entre los firmantes de la carta figura Luis, cardenal Aponte Martínez (San Juan de Puerto Rico, 1973 - †2012)

Si se desea leer el documento original (el parte de prensa emitido por Zenit y la versión en inglés de la carta enviada al Papa,) favor de acceder a: <http://www.zenit.org/en/articles/cardinals-letter-promoting-marian-dogma> o al portal nuestramadre.org

A continuación, la carta (versión en el idioma español) que fue enviada por los cinco cardenales al Papa Benedicto XVI el primero de enero de 2008.

Su Santidad, Benedicto XVI,

A manera de esfuerzo para realzar la misión ecuménica de la Iglesia, y para proclamar el Evangelio de Jesucristo en toda su plenitud, nosotros, los cardenales firmantes que nos hemos congregado en el santuario favorecido de Fátima (3 al 7 de mayo de 2005,) deseamos expresarle, Muy Santo Padre, nuestra esperanza en torno a una definición papal solemne de la doctrina de la Iglesia en torno a María Santísima como la Madre Espiritual de toda la humanidad, la Corredentora con Jesús Redentor, Intercesora de todas las gracias con Jesús, el único Mediador, y Abogada de la raza humana ante Jesucristo.

*En estos tiempos de confusión significativa entre los muchos diversos cuerpos eclesiásticos de la cristiandad y entre las gentes no cristianas con respecto a esta doctrina mariana, creemos que es el tiempo oportuno para que se emita una definición solemne de clarificación respecto a las enseñanzas constantes de la Iglesia respecto a la Madre del Redentor y su cooperación exclusiva (cf. *Lumen Gentium*, n.61) en la labor de la redención, así como su subsecuente desempeño en la distribución de la gracia y en la intercesión a favor de la familia humana.*

Es de gran importancia, Santo Padre, que las gentes de otras tradiciones religiosas reciban la clarificación al mayor nivel de autenticidad de

certeza doctrinal que les podamos proveer, que la Iglesia Católica haga una distinción entre el rol exclusivo de Jesucristo como redentor divino y humano del mundo y la exclusiva pero secundaria y dependiente participación humana de la Madre de Cristo en la gran obra de la Redención.

Por tanto, Su Santidad, con filial obediencia y respeto, deseamos presentarle esta ofrenda de nuestra solidaridad y de nuestra esperanza para [concretar] una definición papal de La Inmaculada Virgen Madre de Dios como la madre espiritual de todos los pueblos en sus tres roles como corredentora, intercesora de todas las gracias, y abogada a manera de máxima expresión de claridad doctrinal al servicio de nuestros hermanos y hermanas cristianos y no cristianos que no están en comunión con Roma, así como para un mejor entendimiento y apreciación de esta doctrina revelada acerca de la Madre del Redentor por el Pueblo de Dios al comienzo de este tercer milenio de la Cristiandad.

En vista a lo anterior, sometemos esta ofrenda acompañada de una posible formulación de la doctrina Mariana que nosotros, si Dios así lo quiere, rogamos sea definida por Su Santidad:

Jesucristo, Redentor del hombre, le dio a la humanidad desde la Cruz a su madre María para que fuese la Madre de todos los pueblos, la corredentora que bajo y junto a su Hijo cooperó en la Redención de todas las personas; la intercesora de todas las gracias, quien como madre nos trae los regalos de vida eterna; y la abogada que presenta nuestras oraciones a su Hijo.

La carta fue firmada por Telésforo, cardenal Toppo, arzobispo de Ranchi, India; Luis, cardenal Aponte Martínez, arzobispo emérito de San Juan de Puerto Rico; Varkey, cardenal Vithayathil, arzobispo mayor (un prelado electo por el sínodo de la Iglesia y confirmado por el Papa antes de ser entronizado y que tiene toda las prerrogativas de un patriarca,) de Ernakulam-Angamaly, India; Ricardo, cardenal Vidal, arzobispo de Cebu, Filipinas y; Ernesto, cardenal Corrioio y Ahumada, arzobispo emérito de Ciudad de México.



La sangre de Nuestra Madre

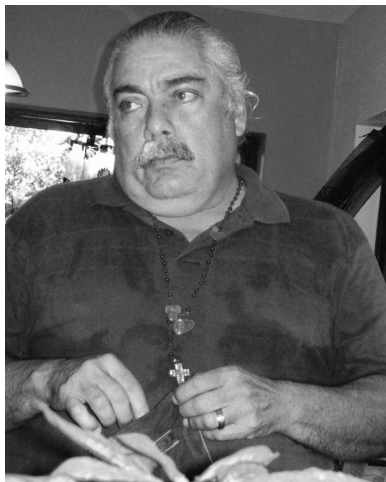
La revelación

La última semana de diciembre de 2012, Gerardo González Rosario, nieto de cagüenense Alberto *Berto* Rosario Galarza, uno de los discípulos conocidos como *Los Soldados de Nuestra Madre*, reveló que desde 1985 tenía bajo su custodia un frasco de cristal que contiene un fragmento de paño ensangrentado que fue extraído de uno de tres frascos donde, el 29 de septiembre de 1909, Francisca Gómez Montes y varias compañeras, depositaron la sangre derramada por Nuestra Madre Santa Montaña y luego enterraron cerca de su choza.

Una foto de dicho frasco aparece en la contraportada de este libro y en el portal electrónico nuestramadre.org.

Poco después de que el señor González Rosario revelara su hallazgo y mostrara el frasco con la sangre de Nuestra Madre, el actor, locutor y ex presidente de la Asociación de Productores y Artistas del Espectáculo (conocida por sus siglas, APATE,) David Ortiz Angleró, se personó en la residencia del señor González Rosario en Caguas (el 9 de enero de 2013) y examinó el frasco de cristal que contiene el pedazo de paño ensangrentado bajo la custodia del último.

El señor Ortiz Angleró tuvo frente a sí y a plena vista – desde las 9:45 de la mañana hasta las 12 del mediodía – dicho frasco de cristal transparente y mediante declaración jurada ante el licenciado Joel Ayala Martínez, asesor de la Comisión de Derechos Civiles de Puerto Rico, indicó que en todo momento la sangre contenida en dicho envase permaneció en estado líquido y de color rojo escarlata y que del frasco donde está contenida, pese a que estaba cerrado, emanaba un fuerte olor a rosas. La declaración del señor Ortiz Angleró fue sellada con la Apostilla de La Haya (timbre que hace un documento válido en los países que firmaron el Acuerdo de La Haya – 5 de octubre de 1961 – entre éstos, El Vaticano.)



Gerardo González Rosario.
Foto cortesía de Gerardo González Ortiz.

El relato

En febrero, el señor González Rosario suscribió una declaración jurada ante un abogado-notario puertorriqueño en la que indica lo siguiente:

Yo, Gerardo González Rosario, mayor de edad, casado, de profesión ebanista y artesano y residente en el sector Maracal del barrio San Salvador de Caguas, Puerto Rico, bajo juramento expongo lo siguiente.

No soy analfabeta, no vivo en la pobreza extrema, visito al médico frecuentemente y en momento alguno éste me ha dicho o diagnosticado que estoy afectado por la senilidad y no estoy atado a tradición alguna que no me permita juzgar y analizar por mí mismo los hechos que sucedieron en La Santa Montaña de San Lorenzo, Puerto Rico entre 1899 y 1909 mientras estuvo allí Nuestra Madre Elenita.

Soy hijo de Raymundo González. Mi abuelo paterno se llamaba Jenaro González y convivió en La Santa Montaña con un grupo de discípulos de Nuestra Madre Elenita mientras esta última estuvo allí. Mi abuela paterna, Julia Negrón, también fue discípula de Nuestra Madre Elenita y residió en La Santa Montaña.

A finales del Siglo 19, mi bisabuelo materno, Esteban Rosario Galarza, era el dueño de todas las fincas del barrio Morena del municipio de San Lorenzo, el cual se extendía desde San Lorenzo hasta Caguas. Su hijo, o sea, mi abuelo materno, Alberto 'Berto' Rosario Galarza, fue conocido como 'El Soldado de Nuestra Madre.'

Mi abuelo Berto vivió en La Santa Montaña en los tiempos en que Nuestra Madre Elenita estuvo en dicho lugar y por ser parte del grupo de discípulos más cercanos de Nuestra Madre, abuelo Berto la llamaba 'Mamita.' Según me relató abuelo Berto, ella a menudo lo llamaba aparte para explicarle ciertos acontecimientos que iban a suceder.

Mi abuela materna, Tomasa Rodríguez, fue parte del grupo conocido como 'Las Niñas de Nuestra Madre,' fue costurera y estuvo viviendo en La Santa Montaña junto a mi abuelo el tiempo en que estuvo allí Mamita.

Después que Mamita dio el cambio – abuelo siempre me dijo que no dijera 'muerte,' sino 'cambio' – sus discípulos se fueron retirando poco a poco de La Santa Montaña y se fueron a vivir a las fincas de donde procedían. Mis abuelos maternos regresaron al barrio Morena del municipio de San Lorenzo.

Mi abuelo Berto fue el que me contó todo lo sucedido en La Santa Montaña y todo lo que Mamita le contó cada vez que lo llamaba aparte. Entre las cosas que me contó abuelo, fue que Mamita le dijo que en los últimos tiempos iba a surgir un Papa al que le iban a llamar 'El peregrino de la paz' y que ese Papa iba a venir a Puerto Rico. Los sacerdotes a quienes él se los dijo lo tildaron le loco y le dijeron que eso no podía suceder porque ningún Papa iba a venir a Puerto Rico. Ese Papa surgió, su nombre era Juan Pablo II y vino a Puerto Rico en 1984.

Mamita también le dijo a mi abuelo que un Papa visitará la Santa Montaña. Esto sucedería cuando el Santo Padre se entere de los sucedido en La Santa Montaña porque la inquietud por aprender, por saber todo lo que sucedió allí lo hará visitar ese santo lugar; pero que él no iba a ver esas cosas suceder. Abuelo murió en 1981. [Fin de la primera página de la declaración jurada de Gerardo González Rosario]

Mi abuelo Berto me llevó a La Santa Montaña por primera vez cuando yo tenía cinco años de edad y después de eso, nuestros viajes a ese santo lugar eran frecuentes. Durante esas visitas me explicó dónde estaba ubicada la casita de Mamita, que no es donde en la actualidad se yergue la estructura de cemento a la que llamo 'El Burger King de La Santa Montaña' por la forma del techo y de las paredes, y que contiene una capillita y un letrero que la identifica como "Casa de Nuestra Madre." Mi abuelo siempre me dijo que la ubicación de la casita de Mamita era en otro lugar. Es cerca de donde está lo que ahora llaman su casa, pero no es el mismo lugar.

Todas las cosas que Mamita le dijo a mi abuelo se dieron. Claro, con la excepción de la visita del Santo Padre a La Santa Montaña. Se dio hasta la llegada de un obispo a ese santo lugar. Me refiero a monseñor Enrique Hernández Rivera, obispo de Caguas. Abuelo Berto también me habló de otra profecía de Mamita referente a un monje que iba a subir a La Santa Montaña y esa profecía también se dio con la llegada del padre Jaime Reyes a ese santo lugar.

Mamita le habló a mi abuelo sobre una serie de cosas que iban a suceder en La Santa Montaña: sacrilegios y asuntos aberrantes ante los ojos de Dios. Todas estas cosas sucedieron porque aunque se les advirtió a las autoridades de la Iglesia que esas cosas iban a suceder, no hicieron caso porque quienes lo dijeron era 'gente pequeña' y esa gente pequeña era yo. Como yo era un simple trabajador de la Autoridad de Acueductos y Alcantarillados y un ebanista, no me hicieron caso porque entendían y estaban convencidos de que solamente ellos tenían la razón.

Mi abuelo Berto me habló de los portones de entrada a La Santa Montaña y me enseñó donde estaba ubicado cada uno de ellos; me relató cómo se vivía en La Santa Montaña; que los que vivían allí decían que vivían en 'un cielo aparte' porque allí no sentían frío, calor o hambre. Inclusive, el papá de mi abuelo, don Esteban, subía a La Santa Montaña cada vez que se anunciaba que Mamita iba a predicar y cuando regresaba a su casa se encontraba la alacena llena de comida, habiéndola dejado vacía. Y es porque cuando Mamita llamaba a la gente, todo el mundo subía a La Santa Montaña y todos los que creían de verdad encontraban sus alacenas llenas de comida cuando regresaban a sus casas.

Abuelo Berto me describió a Mamita de la siguiente forma: era pequeña,

de una estatura de más o menos cinco pies con dos o tres pulgadas; con una voz suave y muy, muy dulce; una cara preciosa, preciosísima; su pelo era castaño-rubio y le llegaba a la cintura; sus ojos eran de color azul tirando a color aceituna; su piel, morenita – con eso quiso decir abuelo que la piel no era color blanco leche; y que su edad era de unos veinte años. [Cinco pies con dos o tres pulgadas equivalen a unos 1.6 metros]

La vestimenta que tenía puesta Mamita cuando se apareció en La Santa Peña era un traje tipo batolita que le llegaba a los talones y estaba hecho de una tela a la que abuelo Berto se refería como rompe-tocón. La tela era color caqui oscuro. Esa tela era la que usaban los campesinos para confeccionar su ropa. Esa batolita estaba amarrada en la cintura por una correa. Mamita llevaba un rosario en la mano cuando daba prédicas y cuando dejaba de hablar, lo enrollaba en la cintura alrededor del cinturón que llevaba puesto. Me dijo abuelo Berto que la presencia de Mamita impartía una paz, una tranquilidad enorme. [Fin de la segunda página de la declaración jurada de Gerardo González Rosario.]

En 1985, cuatro años después de la muerte de mi abuelo, cuando en La Santa Montaña estaban construyendo los edificios de lo que sería el Santuario Diocesano Nuestra Señora del Carmen; de hecho, la iglesia ya estaba hecha, pero le faltaban las ventanas, yo estaba en mi taller en casa, en el Barrio San Salvador de Caguas, haciendo unas tablillas y de repente escuché una voz linda, hermosa, preciosa; una voz que uno quiere seguir escuchando toda la vida porque te pone en una paz y una tranquilidad que es de otro mundo. La voz me dijo que subiera a La Santa Montaña. Como abuelo me enseñó que ‘Cuando Mamita manda hay que obedecer,’ al igual que su soldado siempre respondió a su llamado, así respondí yo. Enseguida salí para La Santa Montaña.

Llegué a La Santa Montaña al atardecer y vi que había gente rezando en la iglesia, a la que como dije, le faltaba por poner las ventanas. Al ver la gente rezando me persigné y seguí rumbo a la casita de Mamita, donde había un rosal sembrado. El sitio al que me refiero está cerca de donde luego construyeron la casa de las monjitas que vivían en La Santa Montaña, pero que en ese tiempo era puro monte. Me detuve en el lugar donde abuelo me había dicho que había estado la casita de Mamita y me puse a rezar. Luego volví a escuchar esa voz hermosa y dulce que me mandó a seguir caminando en dirección, no del manantial, sino hacia el lugar donde había

un nicho en cemento que marcaba el lugar del cambio de Mamita y donde había varias velas encendidas. Mamita me indicó que siguiera caminando hacia el bosque, o sea, el área después del sitio donde ahora se yergue la llamada 'Casa de Nuestra Madre.'

En cuanto Mamita me dijo que me detuviera, me detuve y luego miré hacia abajo cuando me ordenó escarbar. Como no había llevado machete, cuchillo, azada, pico o pala, no sabía qué hacer; ya que la tierra en La Santa Montaña es compacta, o sea, el terreno es duro. No tenía ni idea de cómo iba a escarbar con las manos, pero como Mamita manda, obedeciendo la orden, coloqué la rodilla derecha en el suelo y en cuanto toqué la tierra, para mi sorpresa, el terreno se soltó de tal forma que parecía arena. Seguí escarbando en la tierra hasta que de pronto aparecieron tres piedras colocadas en forma de triángulo, una al frente y dos a los lados. Al meter la mano debajo de las piedras encontré tres frascos antiguos de cristal, los tres del mismo tamaño, los tres con tapas de bronce. Lo que me impactó fue que pese que los frascos habían estado bajo la tierra, el bronce no se había corroído.

Los frascos estaban tapados herméticamente y el cristal era transparente, pero algo así como labrado. O sea, que la superficie del cristal no era lisa, pero se podía ver lo que estaba dentro de cada frasco: paños blancos manchados de sangre, pero la sangre no se veía seca, o sea, color marrón, sino que las manchas de sangre eran rojas, de sangre fresca.

*Me emocioné porque sabía que yo no era quien para siquiera tocar aquellos frascos; que yo no era merecedor de tal privilegio. Me eché a llorar pensando que debía haber algún error y preguntándome por qué a una criatura tan miserable como yo se le hubiese otorgado el privilegio de siquiera encontrar aquellos frascos. Es que tanta gente de importancia los había estado buscando; gente de Dios con educación y puestos altos que los buscaban por todos lados y no los encontraban, que no entendía cómo era posible que yo los hubiese encontrado. **[Fin de la tercera página de la declaración jurada de Gerardo González Rosario.]***

En esos momentos escuché la voz de Mamita diciéndome: 'Es que es a ti a quien le toca encontrarlos porque le prometí a tu abuelo que esa misión le correspondería a un descendiente suyo.' En ese momento, el sonido de aquella voz suave, hermosa y lo que dijo, me dio una tranquilidad enorme.

Cuando me repuse de la emoción que me embargaba, Mamita me dijo que cogiera los tres frascos y caminara hacia adelante. Cogí aquellos frascos y caminé hacia adelante como si fuese un nene cargando un juguete nuevo que le dejaron los Reyes. Estaba tan contento, que no veía por donde caminaba. Me pude haber caído porque no miraba para donde caminaba, el terreno en el lugar era bajando la cuesta, pero Mamita me iba guiando y no tropecé con nada y no me caí. Sabía que estaba en el monte, pero no veía nada, sólo seguía caminando por donde ordenaba Mamita. Todavía estaba claro, pero ya se estaba acercando la noche. Al llegar el atardecer, los grillos y los coquíes comenzaron a cantar y hacía un poco de frío. Mamita me ordenó detenerme y paré la marcha en seco. Su próxima orden fue: 'Escarba aquí.' El terreno del lugar era tan duro, tan compacto como el lugar donde había encontrado los frascos, pero cuando coloqué los frascos a un lado sobre la tierra y comencé a escarbar con la mano, una vez más se me hizo fácil la tarea porque la tierra estaba tan blandita como la arena.

En el preciso momento en que iba a colocar los frascos en el hoyo que había escarbado, le pregunté a Mamita si me permitía coger un pedacito de aquellos pañitos porque yo quería tenerla siempre conmigo, a mi lado, y ella me contestó: 'Puedes llevarte un poquito. Abre el envase que está al frente.'

Abrí el frasco que ella indicó y todo el lugar se impregnó de un olor a rosas que me dejó lelo. Me decía a mí mismo: 'Este olor va a impregnar toda La Santa Montaña y va a venir la gente hasta acá y no voy a poder cumplir con lo que Mamita quiere que haga.' ['lelo' significa atontado o pasmado.]

Con mucho respeto metí un dedo en aquel frasco y salió un pedacito de un paño. Justo cuando me preguntaba dónde iba a colocar aquel tesoro, aquel pedacito de paño ensangrentado, Mamita me dijo que en uno de mis bolsillos había un envase.

Antes de que Mamita me ordenara en el taller que subiera hasta La Santa Montaña, yo estaba bregando con unas pinturas y tenía unos frasquitos de cristal pequeños con pintura adentro. Uno de los frasquitos estaba vacío y lo había colocado dentro de uno de los bolsillos del pantalón que llevaba puesto. El pedacito de paño ensangrentado que salió de aquel frasquito antiguo lo coloqué en el frasquito de cristal que llevaba en el pantalón.

Enseguida cerré el frasco antiguo con la tapa de bronce y lo coloqué en el hoyo que había escarbado junto a los otros dos frascos antiguos, pero seguía aquel olor a rosas en todo el sitio y yo seguía preocupado mirando para todos lados por si venía alguien. Finalmente tapé el frasquito con el pedacito de paño que Mamita me regaló y en ese instante cesó el olor a rosas.

Eso me tranquilizó y fue entonces que pregunté: ‘Mamita, ¿qué propósito tienes con sacar esos pañitos del área?’ Su respuesta fue que había mucha gente incrédula y mucha gente que le quería sacar provecho monetario a lo que había acontecido en La Santa Montaña, pero que lo que allí había acontecido no era para sacar provecho monetario, sino para la sanación y la cura de muchos. [Fin de la cuarta página de la declaración jurada de Gerardo González Rosario.]

Me dijo: ‘Lleva el pañito a tu casa, sella el frasquito y guárdalo. Llegará el momento en que darás a conocer lo que llevas.’

Un mes más tarde, Mamita me dijo que habría una guerra debido a sus apariciones en la Santa Montaña y que cuando ella volviera a aparecerse en ese santo lugar, el aeropuerto de Puerto Rico no iba a dar abasto para bregar con la cantidad de personas que iban a llegar a la isla para visitar ese santo lugar; que las líneas aéreas iban a ser pocas, que no iban a dar abasto para traer gente a Puerto Rico, gente que va a venir a nuestra islita para ir a La Santa Montaña.

Cuando me dijo que antes de que ella regresara yo tendría que revelar el tesoro que ella me regaló, yo le dije que lo que yo quería era que cuando ella regresara, que cuando ella se revelara, yo estuviese en La Santa Montaña escondido detrás de una pared sin que nadie me viera, viendo yo las cosas pasar sin que nadie se diera cuenta de mi presencia allí, al igual que el padre Jaime Reyes, que no habla de Mamita ni se relaciona con las cosas de Mamita porque al pobrecito le hicieron tanto daño, pero ella me dijo: ‘No, hijo; lamentablemente, tienes que ser tú aunque no te guste. Tienes que estar al frente. Me vas a llevar contigo dondequiera que vayas y yo estaré contigo siempre.’

El 12 de febrero de 2013 me personé en la oficina de Advanced DNA Identification Center, Inc., localizadas en el séptimo piso del Edificio First Federal, Oficina 710, Avenida Luis Muñoz Rivera número 1056, Río Piedras,

Puerto Rico, para que el Dr. Gilberto Aponte Machín, presidente de dicha firma, tomara muestras de la sangre contenida en el frasco en que coloqué el pedacito de paño ensangrentado que Mamita me permitió remover de uno de tres frascos de cristal con tapa de bronce que desenterré y volví a enterrar en La Santa Montaña en 1985 cuando ella así me lo ordenó.

El doctor Aponte Machín tomó dos muestras de sangre. Una de esas muestras, colocada dentro de un envase pequeño de plástico color blanco, sería la utilizada para el examen de ADN. La segunda muestra, colocada dentro de un envase pequeño de plástico color azul, permanecerá indefinidamente en los expedientes de Advanced DNA Identification Center, Inc. La segunda muestra fue colocada en un sobre que fue sellado en la parte posterior con cinta adhesiva transparente y los diez testigos de la toma de ambas muestras escribieron sus iniciales sobre dicha cinta adhesiva.

El procedimiento entero de la toma de las dos muestras, la colocación de la primera muestra en un envase blanco, la colocación de la segunda muestra en un envase azul y el almacenaje de la última fue grabado en su totalidad en cinta video-magnetofónica y registrado con cámaras fotográficas. Guardo copia de dicho vídeo y fotos.

Juro que todo lo expuesto en este documento es la verdad.

[Fin de la declaración y firma de Gerardo González Rosario]

El estudio

A mediodía del 12 de febrero de 2013, el señor González Rosario y los nueve testigos que luego prestarían declaraciones juradas en torno al procedimiento que iban a presenciar, se personaron en el laboratorio Advanced DNA Identification Center, ubicado en la Oficina 710 del Edificio First Federal, Avenida Muñoz Rivera 1056, Río Piedras, (sector de San Juan,) Puerto Rico, para evidenciar la toma de una muestra de la sangre contenida dentro del frasco en posesión del señor González Rosario desde 1985 para análisis.

Los testigos de la toma de la muestra fueron: el actor y presentador David Ortiz Angleró; el pensionado Reinaldo Meléndez Velázquez; la propietaria del Colegio Piaget en Isla Verde, Joanne Veve; la terapeuta del habla Soraya Cheleuitte Beauchamp; la ex periodista y escritora

Vionette G. Negretti; la enfermera Rafaela Ortiz Rodríguez; el mecánico y delineante Gerardo González Ortiz y; los abogados Miguel de Puigdorfilá y Yolanda Toyos.

El doctor Gilberto Aponte Machín, presidente del laboratorio, registró la identidad de cada testigo mediante la presentación y la producción de copias fotostáticas de sus licencias expedidas por el Departamento de Transportación y Obras Públicas para conducir vehículos de motor en Puerto Rico, así como carnets de identidad expedidos por el Colegio de Abogados de Puerto Rico, la toma de la huella digital del pulgar derecho de cada testigo y la recolección de la firma oficial de cada persona.

Los testigos evidenciaron el momento en que se abrió el frasco, así como el fuerte, identificable y penetrante olor a rosas que permeó la habitación en que se extrajo la muestra en cuanto se abrió el frasco en posesión del señor González Rosario y que perduró hasta que el mismo fue cerrado. También evidenciaron la inmutabilidad de la sangre, que permaneció en estado líquido y de color rojo escarlata brillante durante los 27 minutos que duró la extracción de la muestra. Seis de los testigos fotografiaron el procedimiento con cámaras digitales y dos tomaron vídeos del mismo en el cuarto de examen.

En días subsiguientes, los testigos aseguraron mediante declaraciones juradas ante el licenciado Joel Ayala Martínez que evidenciaron el momento en que el doctor Aponte Machín, presidente de Advanced DNA Identification Center, realizó la toma de una muestra de la sangre contenida en el frasco bajo la custodia del señor González Rosario desde 1985, así como sus experiencias y observaciones durante la toma de dicha muestra.

El análisis de laboratorio consistió en determinar si la sustancia líquida en la muestra que provenía del frasco en posesión del señor González Rosario desde 1985 es en realidad sangre humana, el sexo de la persona a la que pertenecía y sus genes raciales mediante un estudio del ADN (siglas por las que se conoce al ácido desoxirribonucleico.)

El resultado oficial y certificado del análisis, con fecha del 28 de febrero, indica que sin lugar a dudas, la sangre sustraída del frasco bajo la custodia del señor González Rosario procede de una mujer y que la posibilidad de que la persona de la que procede la sangre sea puertorriqueña es 1 en 5.77

$\times 10^{17}$ o 577,000,000,000,000,000. (577 millones de billones.) Se estima que la población de la Tierra es alrededor de 7.1 billones (millardos) de personas, o sea, 7,100,000,000 seres humanos.



ADVANCED D.N.A.
Identification Center

ORIGINAL

Informe de Resultados
Perfil Genético

Nombre: Muestra Montaña Santa
Num. Caso : 13-013

Fecha: 28 de febrero del 2013
Toma de Muestras: 12 de febrero de 2013

Descripción de Muestra: Escapulario guardado en frasco de cristal con gasas blancas cubriendo el fondo. Muestras tomadas de manchas de humedad en las gasas alrededor y sobre el Escapulario.

Marcador Genético (Loc. en Cromosoma)	Alelos	Frecuencia
D3S1358 (3p)	17	0.0572
TH01 (11p15.5)	9, 3, 8	0.0552
D21S11 (21q11-21q21)	30, 29	0.1110
D18S51 (18q21.3)	14, 12	0.0216
D5S818 (5Q23.3-32)	13, 12	0.1002
D13S317 (13q22-q31)	13, 12	0.1320
D7S820 (7q11.21-22)	13, 11	0.0143
D16S539 (16q24-qter)	11, 9	0.1377
CSF1PO (5q33.3-34)	12	0.0628
PENTA D (21q)	10, 9	0.0531
VWA (12p12-pter)	18, 15	0.0432
D8S1179 (8q)	14, 13	0.1232
TPOX (2p23-2pter)	10, 8	0.0541
FGA (4q28)	26, 19	0.0092
Amelogenin (Xp22.1-22.3)	X	N/A

La probabilidad de encontrar otra persona con los resultados obtenidos dentro de la población puertorriqueña es de 1 en 5.77×10^{17} . La probabilidad del perfil genético se calculó utilizando la base de datos de la población puertorriqueña. El perfil genético obtenido es de origen femenino

Certificamos que la interpretación de los resultados informados es correcta y que los análisis se realizaron de acuerdo a las guías establecidas para análisis de ADN (DNA).

Dr. Gilberto Aponte Machin
Director de Laboratorio (Laboratory Director)

David González Mestre, MT, MS.
Líder Técnico (Technical Leader)

Resultado del análisis de la sangre de Nuestra Madre.

Miguel de Puigdorfla, que llena a cabalidad la definición de *hombre renacentista*, ya que cuenta con una maestría en estudios biológicos; es abogado, políglota, historiador y un destacado filólogo; está avalado por el estado como investigador profesional certificado; ha sido instruido por la Sociedad Americana de Seguridad Industrial (*American Society for Industrial Security*) para detectar la falsedad en la declaración oral y escrita; ha redactado y también analizado innumerables contratos y tratados internacionales privados y públicos para determinar su intención; ha tenido la oportunidad de discutir la redacción de los reglamentos federales con los funcionarios norteamericanos que redactan el Código

Federal de Reglamentos; ha analizado mociones y declaraciones en español, inglés, francés e italiano y; tiene amplio conocimiento de la redacción y la construcción forense, indicó lo siguiente en torno a los resultados del análisis de la sangre de Nuestra Madre:

“Este documento está hablando de sangre humana. El autor prescinde de las primeras personas singular o plural, ‘yo’ y nosotros’, por tratarse de un documento profesional despersonalizado. Se recurre a la forma neutral reflexiva ‘se realizó’, ‘se examinó.’”

“En esta declaración profesional la construcción y la redacción del autor delatan su sorpresa científica y personal ante el hallazgo de que la mujer de cuya sangre se obtuvo la muestra es tan improbable que es imposible que fuese puertorriqueña.”

“Lo anterior parece algo que puede despacharse de un manotazo. Sin embargo, nada más lejos de la verdad. Si consideramos que la UNESCO en su publicación oficial (edición 1980) indicó que la población de Puerto Rico estaba compuesta por un 89% de blancos procedentes de todas las etnias europeas pero especialmente de españoles, franceses, italianos e irlandeses y que sus descendientes se habían mezclado con los indios taínos y con un 11% de negros y mulatos africanos, nos vemos obligados a considerar que la población puertorriqueña de hoy descende de las sucesivas emigraciones de blancos europeos que se dieron durante los últimos 500 años, primero la más obvia, (la española,) pero no necesariamente la mayoritaria en el Siglo 19, ya que: (1) los españoles son una mezcla de los siguientes pueblos: tartesio, fenicio, cartaginés, ibero, griego, romano, visigodo, alano, suevo, astur, egipcio, vascuence, franco, árabe, asirio, palestino, beduino, negro y berebere, por mencionar unos cuantos además de los romanos; (2) los franceses son una mezcla de galos, romanos, árabes, gascones, francos, sajones, godos y corsos; (3) los italianos son una mezcla de romanos, etruscos, lombardos, griegos, sicilianos, sardos y napolitanos y; los negros son una mezcla de igbo, mandingo y bantú.”

“A todo esto habría que añadir a los rusos, celtas irlandeses, polacos, escandinavos y las mezclas de daneses y holandeses que conforman el pueblo norteamericano, que también arribó a nuestras playas.”

“Si la sangre de la mujer que fue analizada no contiene genes identificados con ninguno de los componentes mencionados, implicaría que *no proviene* de esa mezcla de razas. Y si consideramos que esa mezcla de razas es la regla identificable para los blancos europeos occidentales de

los últimos 1,500 a 1,000 años, quería decir que *viene de otra mezcla étnica anterior en tiempo*,” explicó De Puigdorfila.

Una perito puertorriqueña que solicitó no ser identificada, que labora en un laboratorio de investigaciones en San Juan y tiene a su haber una maestría en biología con concentración en filogenética, (la ciencia de la clasificación de las especies basada únicamente en las relaciones de proximidad evolutiva entre las distintas especies mediante la reconstrucción de la historia de su diversificación desde el origen de la vida en la Tierra hasta la actualidad,) tradujo el lenguaje científico (los números y las letras en las tres columnas verticales que aparecen el resultado del análisis de la sangre de Nuestra Madre llevado a cabo por Advanced DNA Identification Center, Inc.) a lenguaje entendible al ciudadano promedio.

Genetic Marker (loci in chromosome)	Alleles	Frequency	
D3S1358 (3p)	17	0.0572	Philippines
TH01 (11p15.5)	9, 3, 8	0.0552	S.Africa, Timor Leste (SouthEast Asia)
D21S11 (21q11-21q21)	30, 29	0.111	Apache, Argon (India)
D18S51 (18q21.3)	14, 12	0.0216	Native American, Egyptian
D5S818 (5Q23.3-32)	13, 12	0.1002	Hutu (Rwanda), Arab (Tunisia)
D13S317 (13q22-q31)	13, 12	0.132	African (Colombia), Guinean
D7S820 (7q11.21-22)	13, 11	0.0143	Balti (India), Hungarian Romany
D16S539 (16q2.4-qter)	11, 9	0.1377	Inupiat (Norther Alaska), Japan
CSF1PO (5q33.3-34)	12	0.0628	Lai (India)
PENTA D (21q)	10, 9	0.0531	Baniya (India), Malay (Singapore)
VWA (12p12-pter)	18, 15	0.0432	Byelorussian (Poland), Bubi (Equayorial Guinea)
D8S1179 (8q)	14, 13	0.1232	Equatorial Guinean (Spain), Athabaskan (Alaska)
TPOX (2p23-2pter)	10, 8	0.0541	Berber (Tunisia), Lithuanian
FGA (4q28)	26, 19	0.0092	Mestizo, Bniya (India)
amelogenin (Xp22.1-22.3)	X	N/A	

Tribes were located through the Earth, Human, Short Tandem Repeat Allele Frequencies Database (EHSTRAFD web site: www.ehstrafd.org). Yellow represents the higher frequencies.

Traducción del lenguaje científico en el resultado del análisis de la sangre de Nuestra Madre a lenguaje entendible al ciudadano promedio.

Al examinar el documento de la perito, De Puigdorfila indicó en un escrito lo siguiente: *Parecería que la mezcla de la muestra es consistente con el hallazgo del perito forense y por lo tanto, no es consistente con las emigraciones europeas y americanas de los últimos 1,800 años, motivo por el cual no encuadra con el genoma puertorriqueño, siquiera el español, y mucho menos el romano/latino, ya que no hay ningún gen perteneciente a las etnias de Europa Occidental, ni las arcaicas pre-romanas de la Edad de Hierro y de Bronce (celtas, galos, iberos, celtíberos, anglos, bretones, haltstat, etruscos, dálmatas, tracios, fenicios, etcétera.) ni a las post-romanas modernas (romanos, griegos, sajones, godos, nórdicos, árabes) o las igneri, preigner, taínos o arawacos.*

Si retrocedemos 2,000 años, (la fecha aproximada en que la Virgen María vivió en lo que hoy se conoce como Palestina e Israel) ubicaríamos aproximadamente 72 generaciones anteriores a la nuestras. Esto equivale a un promedio de 4,537,899,042,000,000,000,000 de ancestros. Naturalmente, nunca ha existido tanta gente. Esto evidencia que, a menos que haya humanos de otros planetas, o clonaciones, absolutamente todos estamos emparentados, todos descendemos de los mismos individuos, y todo descansa en identificar cuándo fue que determinado grupo étnico emigró de un determinado lugar hasta llegar aquí (donde estamos.)

Parecería que esta persona cuenta con genes que se concentran en Oriente Medio. Pues los proto-indoarios de Lituania pasaron por allí en la Edad de Hierro; o sea, entre India y Palestina, pues los indoarios mencionados salieron del Valle de Acharya, en la India.

‘El Mito de Abraham (a-brahm o no-brahmán,)’ según los doctores Holger Kersten de la Universidad de Friburgo, Alemania, y Fida Hassnain, de la Universidad de Jamu-Kashmir en India, con quienes correspondí y compartí en una investigación que realicé entre 1997 y 1999, se basa en que aparentemente abrahm es un grupo expulsado de la India que emigró al oeste y se asentó en Mesopotamia (Ur de Caldea) desde donde ‘Abraham’ partió hacia Canaán. Allí ese grupo se mezcló con los fenicios y los filisteos, ya que Jacob (que según La Biblia, era hijo del patriarca hebreo Abraham) y Esaú (según La Biblia, el hijo de Isaac y de Rebeca) se ‘multiplicaron.’

Pasamos al exilio de los canaanitas a Egipto, donde evidentemente el grupo anterior se mezcló con la raza local berebere o imazighen, que eran nómadas. También puede haberse mezclado los canaanitas y los berbere y con los grupos sub-saharianos.

¿Pero, dónde entra el gen de Alaska, si no es por las emigraciones a través del Estrecho de Behring (entre Rusia y el al presente estado norteamericano de Alaska) hace más de 40,000 años?

Todo es especulativo porque somos incapaces de decir todo lo anterior a ciencia cierta debido a los enormes vacíos de información que hay partir del año 1,000 antes de Cristo, donde las guerras, las masacres, las epidemias, los desastres naturales, las plagas, las deportaciones de pueblos enteros de un lugar del mundo al otro y los genocidios absolutos

tales como el de los partos y medas a manos de los mongoles y los olmeca y los tolteca a manos de los aztecas, borraron las huellas.

Estos vacíos de información incluyen la destrucción de: ● la biblioteca de Nabucodonosor, (emperador de los territorios que en la actualidad constituyen Irán, Irak, Siria, Armenia, Jordania, Israel, El Líbano, Egipto, Afganistán, la zona oriental de Grecia y la parte occidental de la India;) ● *la biblioteca de Nínive, (una ciudad de gran importancia en el año 700 antes Cristo, localizada en lo que en la actualidad se conoce como Irak;)* ● *la biblioteca del califa de la ciudad de Bagdad, (una metrópolis fundada en el Siglo 6 de la era cristiana y actual capital de Irán;)* ● *la biblioteca de la ciudad universitaria de Nalanda, (localizada en India, que alcanzó su apogeo durante el reinado de la dinastía pala y 1,000 años antes del nacimiento de Cristo contaba con 30,000 estudiantes)* y ● *la biblioteca de Alejandría (ciudad egipcia fundada en el Siglo 3 antes de Cristo, que en su época fue el repositorio más grande del mundo; fue el recinto al que se refirió el jurista, político, filósofo, escritor y orador romano Cicerón en su alocución ante el senado romano como el lugar donde había leído libros sobre los últimos 100,000 años de la historia del hombre y que fue quemada no una, sino tres veces.)*

Además, la pugna entre el científico occidental y el no-occidental no nos permite determinar a ciencia cierta las migraciones de pueblos, ya que pese a las explicaciones claras de los segundos, la academia occidental rehúsa tajantemente aceptar las fechas cronológicas de las demás civilizaciones no occidentales. Un ejemplo de esto es el Maestro Patanjali, Patanshali, un pensador hindú-cachemiro autor del Yoga-sutra, un importante texto sánscrito acerca del yoga que probablemente vivió en el Siglo 3 antes de Cristo y de quien los científicos indios sanscritistas dan fechas en siglos y milenios utilizando los textos originales, mientras que los copistas occidentales las editan y ofrecen las fechas en años. Por esta razón es que aún no se sabe si los neandertales Homo Neandertalis, se extinguieron o si siguen por ahí – pero a simple vista – o si se casaron con los cromañones que ya son homo sapiens-sapiens.

La explicación ofrecida por el señor De Puigdorfila puede resumirse en lo siguiente: pese a que los resultados del análisis de la sangre de Nuestra Madre demuestran que la misma contiene genes de pueblos antiquísimos que fueron los que durante la prehistoria se esparcieron por el mundo,

estaríamos especulando si nos pudiéramos a considerar la posibilidad de que la sangre de Nuestra Madre contiene genes de cada pueblo del mundo, debido a que en estos momentos carecemos de información precisa en cuanto a las migraciones de los pueblos antiguos debido a la destrucción de las bibliotecas de las grandes civilizaciones antiguas y por tanto, estamos faltos de registros fidedignos de las corrientes migratorias mundiales más allá del año 1,000 antes de Cristo.

Posteriormente, El señor González Rosario remitió una carta a monseñor Rubén González, obispo de la Diócesis de Caguas en la que le informó al prelado acerca de la reliquia bajo su custodia y le solicitó que ordenara la reapertura de la investigación en torno al misterio de Nuestra Madre.

Los anejos de dicha comunicación incluyen, entre otros, los resultados del análisis de laboratorio de la sangre de Nuestra Madre y las declaraciones juradas de los señores Ortiz Angleró, así como las de los testigos que presenciaron la muestra de la toma de sangre en el laboratorio Advanced DNA Identification Center, Inc.

La comisión

Según informó el señor González Rosario, unos meses después de remitir su carta al obispo de la Diócesis de Caguas, monseñor Rubén González, recibió una misiva de dicho prelado indicando que había ordenado la creación de un comité ad hoc compuesto por cuatro sacerdotes para estudiar las recientes revelaciones hechas por el primero.

El señor González Rosario también informó que fue entrevistado el 5 de noviembre de 2013 por susodicho comité, el cual está compuesto por un psiquiatra, un psicólogo, un experto en asuntos marianos y un experto en geriatría. La entrevista, que se llevó a cabo en el obispado de Caguas, duró tres horas.



El obispo amado por su pueblo



Monseñor Enrique Hernández Rivera.
Foto por Josean Santos.

El obispo emérito de la Diócesis de Caguas (tenencia de 1981 a 1998,) monseñor Enrique Hernández Rivera, quien ordenó la construcción del Santuario Diocesano Nuestra Señora del Carmen en La Santa Montaña, Municipio de San Lorenzo, y ofició la ceremonia de dedicación del mismo en septiembre 29, 1985, actualmente reside en el municipio de Lares, Puerto Rico.

Monseñor Hernández Rivera, natural de Camuy, proviene de la familia compuesta por el agricultor Nicolás Hernández, su esposa Ana María Rivera y sus siete hijos, cuya residencia estaba ubicada en el sector Ocasio del barrio Cibao de Camuy, en la porción del municipio que colinda con el barrio Piletas de Lares.

Según varios miembros de la familia Hernández Rivera, el hoy obispo emérito de la Diócesis de Caguas sintió su llamado al sacerdocio a una

edad temprana.

El futuro prelado de Caguas asistió a las escuelas del sistema de instrucción pública de Puerto Rico hasta terminar su tercer año de escuela superior, (secundaria) y una vez completados sus estudios en el Seminario Menor San Ildefonso en Aibonito, se trasladó a Nueva Orleans, (Luisiana, USA) para cursar estudios de filosofía y teología en el seminario Notre Dame. Luego regresó al lar nativo, donde fue ordenado sacerdote el 8 de junio de 1968 y se le asignó a la Parroquia Nuestra Señora de La Monserrate en el pueblo de Moca, la cual pertenecía a la Diócesis de Arecibo.

Sus obras de caridad, sus excelentes dotes administrativas, la dedicación al trabajo y la empatía que desarrolló con los feligreses de cada una de las parroquias que dirigió no pasaron inadvertidas por la jerarquía eclesiástica, por lo que mientras fungía como párroco de la iglesia San Martín de Porres de Arecibo recibió la noticia de su nombramiento por el Papa Juan Pablo II como obispo auxiliar de la Arquidiócesis de San Juan. El monseñor permaneció en la Arquidiócesis de San Juan por espacio de unos 18 meses y de allí pasó a la Diócesis de Caguas a ocupar el cargo de obispo titular de dicha sede episcopal.

A partir del 8 de marzo de 1981, monseñor Hernández, de 43 años de edad y quien había escogido un escudo de armas eclesial con un petroglifo camuyano del sol taíno y el lema: *Humildad*, se dedicó de lleno a una renovación de su sede eclesiástica, a mostrar sus dotes de administrador, a poner énfasis en la restauración de las iglesias, a interactuar con la juventud y a brindar ayuda a los marginados.

Según sus feligreses, también impartió al manejo de los asuntos diocesanos los rasgos más sobresalientes de su personalidad, caracterizada por la modestia, la humildad, el trabajo arduo, la tolerancia, el carácter campechano, el buen humor y su deseo constante de mantenerse en contacto directo con los fieles.

La avenencia entre monseñor Hernández y los fieles de la diócesis no solamente fue algo inusitado dentro de los anales eclesiásticos de la isla, sino que fue una de las razones principales para que su fama se extendiera más allá de los límites territoriales de su diócesis, que en ese tiempo comprendía la mayor cantidad de municipios en la isla (unos 20 pueblos.)

En Caguas, Monseñor Hernández fue un obispo de manos a la obra. Esta

cualidad no la adquirió con el nuevo cargo, sino que la demostró con anterioridad en varias ocasiones, la más comentada por sus feligreses fue cuando pasó sus días libres en la residencia paterna en Lares, machete en mano en la agricultura, tras saber que no había suficientes obreros para completar las tareas que les permitiría a sus padres subsistir holgadamente. Con esta disposición, empezó la nueva construcción de la capilla en La Santa Montaña y para asombro de los presentes, se unió a los obreros preparando el terreno, luego mezclando cemento y finalmente colocando la torta del templo. Esta iglesia no fue la primera construida en La Santa Montaña, ya que según indicado por el párroco de San Lorenzo, el padre Monserrat, para 1925 ya existía allí una capilla dedicada a la Virgen del Carmen.

El nuevo obispo también se caracterizó por un vestuario de sencillez. A diario vestía una sotana negra de cura sin banda de cintura (conocida como *faja obispal*) y sus galas litúrgicas no abarcaban una sola pieza que denotara ostentiosidad, como estolas bordadas a mano con hilos costosos o de colores, fajas lujosas o capas de brocado. Los que compartieron con él en La Santa Montaña recuerdan que mientras supervisaba las construcciones de los edificios y los lugares que compondrían el Santuario, vestía pantalón negro con camisa blanca de manga corta, intercambiando estas piezas por su sotana de sacerdote cuando, rosario en mano, daba largos paseos meditativos por el área o se sentaba a confesar por largas horas.

Asimismo, no fueron pocos los feligreses que descubrieron que en aras de evitar que sus gastos personales afectaran las escasas finanzas de la diócesis, el obispo calzaba zapatos con suelas que ostentaban agujeros y que él mismo manejaba su auto ‘oficial,’ descrito por muchos como ‘Más viejo que Matusalén.’ Es notable además su labor administrativa, ya que al asumir el cargo de prelado de la sede caguëña, las finanzas de ésta estaban en rojo. A su partida de la diócesis, el obispo la dejó con un superávit, sobre todo en terrenos y muchas nuevas construcciones, incluyendo la creación de un Santuario dedicado a Nuestra Señora del Carmen en la Santa Montaña de San Lorenzo.

Entre sus más recordados haberes como prelado puertorriqueño figuran:

- la creación del Diálogo de Reconciliación Nacional (1993) un grupo ecuménico y multisectorial encaminado a procurar un consenso y la unión del pueblo
- su defensa de los puertorriqueños al emitir una Carta Pastoral en 1993 denunciando los desmanes de la administración del

gobernador Pedro Rosselló, que había pautado un plebiscito de status para ese año apenas pasadas unas elecciones generales sumamente reñidas y caldeadas y la emisión de otra Carta Pastoral en 1994 denunciando la intención de eliminar el derecho de un individuo a prestar fianza mediante un referéndum para eliminar esta prerrogativa de la Constitución de Puerto Rico ▪ la creación de organismos de ayuda a los pobres, los marginados y los pacientes de SIDA ▪ la creación de la primera Oficina de Comunicaciones de una diócesis puertorriqueña ▪ el establecimiento de la Casa de Retiros Espirituales Juan XXIII ▪ la divulgación (1989) de los llamados *Misterios Apostólicos* del Santo Rosario que luego validó (2002) el Papa Juan Pablo II bajo el nombre de *Misterios Luminosos* ▪ la aprobación (1993) de la devoción a Jesús, Rey de las Naciones ▪ la restauración de muchas iglesias de la diócesis ▪ la creación del Seminario Pablo VI en Naranjito y ▪ la creación de 12 nuevas parroquias.

Durante su tenencia, monseñor Hernández mantuvo una política de puertas abiertas en la sede de la diócesis, por lo que cualquier feligrés podía allegarse hasta el obispado y entrar a su oficina para hablar con él. Los visitantes no salían del lugar con manos vacías, ya que el obispo les obsequiaba con café o jugo de frutas y los alentaba a que tomaran varios guineos (plátanos) y que escogieran algunas yautías, (mafafa, cocoñame, ocumo,) batatas (boniato, papa dulce) o chayotes (calabaza espinosa, cidrayota, tayota) de los sacos de viandas que continuamente le obsequiaban. De igual forma, en las ocasiones en que dedicaba una iglesia nueva, bautizaba a alguien o casaba una pareja, se mezclaba entre el público durante las celebraciones y disfrutaba de las mismas con su pueblo.

A todas luces, la humildad, la benevolencia, el don de gentes y la laboriosidad de ‘monseñor Enrique’ lo convirtieron en una figura querida para los residentes, los comerciantes, los profesionales, los feligreses, los sacerdotes y los pastores de otras iglesias en la Diócesis de Caguas y de muchos otros lugares de Puerto Rico, por lo que su renuncia inesperada en 1998 no solamente tomó por sorpresa a muchos, sino que, a juzgar por las declaraciones de muchas personas, gran parte del pueblo puertorriqueño aún lamenta su partida.

Desde 1998 hasta 2012 monseñor Hernández residió en Chicago, (Illinois, USA) adscrito a la Parroquia San Marcos y atendiendo las necesidades espirituales de los pacientes ingresados en hospitales de dicha ciudad, sobre todo en Saint Mary Hospital (Hospital Santa María.) Su regreso a Puerto

Rico sin duda ha colmado de alivio, de alegría y de esperanza a muchos puertorriqueños, que se consuelan con saber que ha regresado al país, aunque todavía hay muchos que no están enterados de su regreso.

A principios de 2014 Monseñor Hernández dialogó en torno a La Santa Montaña y Vuestra Madre. Su testimonio se incluye a continuación.

*Testimonio de Su Excelencia Reverendísima,
Monseñor Enrique Hernández Rivera, Obispo
Emérito de la Diócesis de Caguas, Puerto Rico en
torno a La Santa Montaña y Vuestra Madre.*

Dado el 17 de febrero de 2014 en Arecibo, Puerto Rico.

“En 1981, para la fecha de mi instalación como obispo, que fue el 8 de marzo, no sabía nada sobre La Santa Montaña y Vuestra Madre, esto fue nuevo para mí. Conocía muy poco de la diócesis cagueña, sólo conocía el pueblo de Aibonito por estar allí el Seminario San Ildefonso. Vine a conocer sobre este asunto cuando empezaron a traerme las preocupaciones por la situación del lugar, sobre todo al darme a la misión después de instalado, de conocer bien la diócesis. Visité La Santa Montaña para saber de qué se trataba.”

“En el lugar había dos capillas sencillas, una perteneciente a la Diócesis de Ponce y otra perteneciente a la Diócesis de Caguas. También había en el terreno una casita de la familia de doña María González y su esposo Don Luis, que por la enfermedad de éste, la pareja se mudó para Arroyo y quería vender la casita.”

“La hermana Julia Hernández, mi secretaria para esa fecha, se enteró de que deseaban vender la casita y finalmente se les compró por dos mil dólares. Enseguida noté en el lugar varias situaciones complejas y muy delicadas. También que en los terrenos propiedad del obispado ya vivía la familia de doña Rosa De Jesús.”

“Doña Obdulia Velázquez, alcaldesa PPD de Guayama entre 1952 y 1956, fue quien manejó y protegió los asuntos de La Santa Montaña antes de crearse la Diócesis de Caguas. Doña Obdulia continuó su influencia en La Santa Montaña durante los tiempos de monseñor Rafael Grovas y al yo

llegar a la diócesis ella había nombrado como continuadora de su obra a doña Librada De León del pueblo de Cidra. Con esta gestión de la compra de la casita comenzó a dar sus servicios el diácono José A Oliveras, conocido como ‘Perín.’ Luego entró de lleno a ofrecer sus servicios sacerdotales el padre Jaime Reyes, que los ofreció por varios años.”

“Antes de yo llegar a la diócesis en 1981 habían visitado el lugar unos sacerdotes y unas monjas franciscanas no católicos. Por comentarios tengo entendido que Doña Obdulia creía que eran católicos y pensó que sería bueno que ellos atendieran La Santa Montaña, pero no procedió al saber que no eran católicos. Doña Obdulia protegió el que la carretera panorámica 7740 destruyera el lugar donde vivió Vuestra Madre. Al conocer esta situación, me metí de lleno en La Santa Montaña para conocer sus complicaciones e ir dejando saber claramente con mi presencia de que yo estaba en control del lugar. Pero antes tuve que resolver el problema de las dos capillas ubicadas en menos de tres cuerdas de terreno, perteneciente una a la Diócesis de Caguas y la otra perteneciente a la Diócesis de Ponce.”

“El primer paso fue conseguir una avioneta para tomar fotos aéreas de La Santa Montaña y luego envié las fotos con una carta al obispo de Ponce, Su Excelencia Mons. Fremiot Torres Oliver, indicándole que una de las dos diócesis tenía que hacerse responsable del lugar y le indiqué que yo le entregaría el lugar si él así lo deseaba, pero que también estaba yo dispuesto a tomar responsabilidad total del mismo. Esto lo hice para que decidiera si la Diócesis de Ponce administraría La Santa Montaña o le cedería la jurisdicción a la Diócesis de Caguas. Monseñor Torres Oliver cedió todo a la Diócesis de Caguas y así obtuve el control y la dirección del lugar, construí lo que existe allí en estos momentos y conseguí la titularidad que [los terrenos] no tenían.”

“Anterior a mi llegada, monseñor Rafael Grovas Félix, obispo de la Diócesis de Caguas desde 1965 hasta 1981, le había pedido al padre Juan Roldán Coss de San Lorenzo que diera servicios en La Santa Montaña y este sacerdote estuvo presente en los momentos en que estaban construyendo la carretera PR 7740. También monseñor Grovas había estado en conversación con Los Hermanos Cheos, grupo de evangelizadores católicos itinerantes laicos, para que se quedaran en La Santa Montaña, pero no llegaron a un acuerdo y en eso entré yo en el cuadro de La Santa Montaña y la obra de Vuestra Madre.”

“No solamente hubo que comenzar las construcciones, sino clarificar la titularidad de las propiedades, ya que no existían documentos de propiedad a nombre de la diócesis cagueña y conseguir los títulos conllevó unos 10 años de trabajo.”

“La propiedad mayor, unas 23 cuerdas de terreno, aparecía a nombre de un señor de Guayama a quien buscamos por mucho tiempo y quien murió un mes después de entregarnos la titularidad de dichos terrenos. El licenciado Juan Navarro de Caguas se encargó de este asunto por más de un año. La obtención de la otra parte de los terrenos fue un diálogo de muchos años con el gobierno y el Departamento de Recursos Naturales. Finalmente el gobierno y Recursos Naturales terminaron reconociéndole al Santuario la cantidad de 4.5 cuerdas de terreno y registrándolas a nombre de la Diócesis de Caguas.”

“Como resultado de lo anterior, el obispado de Caguas tiene la autoridad legal, religiosa, moral y en propiedad para hacer las decisiones pertinentes. Esto lo hace el obispo en propiedad que en el momento esté dirigiendo la diócesis y quien actualmente es su S.E.R. Mons. Rubén A. González. Sin embargo, todo este trabajo y preocupaciones ya disipadas por el reconocimiento y la titularidad de los terrenos nos lleva a preguntarnos: ¿Quién era esa mujer que conocían o llamaban Vuestra Madre? ¿Era Vuestra Madre una mujer coetánea de 1900 o era una aparición mariana? Creo que esto es lo esencial o la clave de todo el asunto de La Santa Montaña.”

“Desde el punto esencial de la identidad de Vuestra Madre, tenemos que decir que el primer punto en toda esta investigación es clarificar los nombres o títulos que le dieron a Vuestra Madre. Este asunto del nombre ha traído mucha confusión. Al momento, no sé decir o certificar si toda esta confusión fue intencional o por inadvertencia generosa del pueblo. Lo más probable es que ella se presentó como Vuestra Madre y los otros nombres o títulos son añadiduras piadosas o cariñosas ante alguna expresión de ella.”

“Si comenzamos por el acta de defunción emitida por el Registro Demográfico de San Lorenzo, encontramos que dos personas analfabetas y que no conocían el nombre y procedencia de Vuestra Madre, le pusieron de nombre Elena Hüge, difunta el 29 de septiembre de 1909. El sepelio se efectuó el viernes, 1ro de octubre de 1909. Luego aparece que le llaman Elenita, Mamita Elena, Mamita Redentora, Elena de Jesús,

Elena Huyke... Este asunto del nombre no ha sido clarificado por nadie. Lo del funeral está lleno de misterio pues su muerte y entierro parecen que fueron para proteger a sus discípulos. El padre Jaime Reyes hizo mucha investigación pero no clarificó definitivamente el nombre.”

“El padre José Dimas Soberal hizo una investigación por encargo de la Conferencia Episcopal Puertorriqueña a petición de Mons. Fremiot Torres Oliver en carta del 16 de diciembre de 1993, que dice entre otras cosas: *Después de nuestra conversación telefónica, comencé a auscultar el deseo de los miembros de la conferencia episcopal puertorriqueña acerca de la continuación del trabajo de investigación que iniciaras relacionado con la figura de Helena Hugue o Hüge, incluyendo S.E.R. Mons. Enrique Hernández, Obispo de Caguas;* carta CEP 185/93. Me enteré de esta carta más de 10 años más tarde.”

“El Padre Soberal terminó su investigación concluyendo que Helena Hüge era la que estaba en La Santa Montaña y por ende era Nuestra Madre. Con el pasar del tiempo se comprobó la falsedad de esta investigación en cuanto a la persona de Helena Hüge porque no fue a la fuente de la verdad. La verdad es que Helena Hüge no estuvo en La Santa Montaña y que su verdadero apellido es Huyke, de Curazao. El nombre completo de Helena Huyke es María Cathalina Helena Huyke Blan, quien nació el miércoles, 7 de octubre del 1847. Vino a Puerto Rico, vivió en Arroyo y salió de Puerto Rico a finales del siglo XIX. Murió en Curazao el 3 de diciembre del 1925, acta no. 402 de Curazao. Por supuesto, no puede tener dos muertes, una en el 1909 y otra en el 1925. Sigue, pues, la confusión e incertidumbre sobre el nombre.”

“Quiero aclarar que bajo presiones indebidas no se puede hacer una investigación. La investigación sobre Vuestra Madre es muy delicada y fácilmente se puede caer en el error. Mi declaración sobre Vuestra Madre el 1ro de marzo de 1997 es un error de mi parte cometido por las presiones del momento y por la confusión de nombres, pues si la Madre Elenita era Helena Huyke no pudo ser la Virgen. Debe estar claro e insisto en que hay que clarificar con toda certeza lo del nombre o título del personaje en cuestión.”

“Otros puntos importantes a clarificar son: los mechones de pelo de Vuestra Madre y lo último [que ha sucedido] sobre la sangre. En mis tiempos en Caguas tenía tres mechones de pelo [de Vuestra Madre.] Los mandé a analizar y dijeron que los tres mechones de pelo procedían de

la misma persona, pero que no se podía determinar su DNA por falta de raíces en los cabellos. Hoy se puede hacer un mejor estudio sobre ellos. Sobre la sangre, la busqué por varios años. Actualmente se han hecho dos análisis, pero eso no es definitivo. Esto indica que hay que estudiar con mucha diligencia este misterio de Vuestra Madre, así es que teniendo en mente lo del nombre, lo de los mechones de pelo y lo de la sangre, podríamos decir que lo de Vuestra Madre está en una primera etapa de investigación.”

“En la investigación hay que estudiar al máximo posible todo lo humano de este asunto, o sea, si es la obra de Vuestra Madre una gracia de Dios en una persona humana que existió para principios del siglo XX. Pero como hemos fallado en esto, parece que se están dando los albores de la posibilidad misteriosa de una aparición mariana. Esto está en mera posibilidad y hay muchísimo que investigar. La palabra final la tendrá la Santa Madre Iglesia. A la autoridad competente hay que presentarle un cuadro bien estudiado y documentado del asunto. La verdad tiene que estar por encima de todo parecer humano, sin olvidar que hay que obrar con caridad para con los testigos en su buena voluntad para cooperar con esta investigación.”

“Al que le toca estudiar esto es al obispo en propiedad, hoy Mons. Rubén A. González. Yo doy testimonio de lo que yo hice y conozco.”

“No se puede decir que sea la Virgen a menos que se hagan estudios. La gente dice esto o lo otro, ¡bien! Pero, ¿cuál es la verdad?”

“Hay que respetar las creencias de la gente. Entrevisté a personas que daban la cabeza testimoniando que era la Virgen. Eso tiene que respetarse. No obstante, hay que investigar seriamente. Se dice: ‘Vamos a hacer un estudio abierto. ¿Cuál es la verdad? ¿Era una mujer que en ese momento contaba con unos dones, unas gracias especiales de Dios o fue una aparición mariana?’ Ahí está la esencia de lo que hay que estudiar en La Santa Montaña. ¿Cuál es la verdad de esto? La respuesta responsable no es fácil, se ha estudiado muy poco, pues todo lo hecho no llega ni a un 10 por ciento y esto conlleva muchos años de estudios serios. Al que le toca ahora estudiar eso es al obispo en propiedad, Mons. Rubén A. González. Yo doy testimonio de lo que yo hice y conozco.”

“En el tiempo de mi responsabilidad de la diócesis cagüeña, comencé la investigación ya que vivía una cantidad de testigos y le encargué al padre Jaime Reyes esa tarea. El padre Reyes se tiró a la calle a buscar

testimonios y consiguió cientos y cientos de testigos oculares y de hijos de testigos oculares que vivieron con ella, Vuestra Madre, y lo que decían esos testigos. Esos testigos tienen distintas versiones de lo que pasó, pero todos le tenían gran respeto y veneración.”

“Creo que es importante lo que dijeron y cómo vivieron, especialmente los testigos oculares. Hay que entender cómo percibieron las cosas y la secuencia de vida. Hay que hacer una distinción; esto es, hay que distinguir entre la gente que la conoció superficialmente y aquellos que la conocieron como discípulos. Los discípulos y las discípulas eran personas fuera de serie.”

“Algunos escucharon prédicas de ella u oyeron hablar de ella, pero no tenían esa afinidad con ella. Hay mucha gente que tenía esa afinidad con ella y no se trata de un contacto con dos o tres personas, sino que fue un grupo grande el que tuvo un *rapport*, una química especial con ella.”

“Para el mismo tiempo que se empezó la investigación de quien era Vuestra Madre, se estaba recopilando información sobre lo que luego fue la Conferencia de Puebla, México. Pensé hacer algo parecido a este estudio esto es, hacer un estudio similar al que llamaron *Instrumentum Laboris*, una guía de trabajo para que entonces se le diera a un experto en todo lo relacionado a la devoción popular, a la mariología como punto de partida en lo pertinente a La Santa Montaña.”

“El padre Jaime se entusiasmó con sus conclusiones con La Santa Montaña, que creyendo yo que de su investigación iba a salir un folleto, digamos unas cien páginas de testimonios, salió todo un libro, *La Santa Montaña de Puerto Rico, El Misterio de Elenita de Jesús, 1899-1909*, publicado en 1992. Al estar tan entusiasmado, el padre Jaime puso en el libro su opinión personal en torno a la identidad de Vuestra Madre y también incluyó unas citas del libro *El Poema del Hombre Dios* de la mística italiana María Valtorta, que en ese tiempo era un libro prohibido por la Iglesia Católica. Este libro de la autoría del padre Reyes se vició y hubo que sacarlo de circulación. Eso no significa que el libro no contenga muchas cosas buenas.”

“El padre Reyes no fue el único que entrevistó a los testigos de la presencia de Vuestra Madre en Puerto Rico, yo también entrevisté a varios de ellos, como también lo hizo el señor Willie Colón. Estos testigos eran personas cuidadosas de lo que decían. Por ejemplo, cuando fui a visitar a un señor de un campo de Patillas de 95 años de edad, no

sabía que yo era un obispo y me dijo: ‘Fui a visitar a Vuestra Madre tres veces, pero yo no era su discípulo.’ Este hombre dijo que visitó a Vuestra Madre, que la escuchó predicar, pero que no era parte del grupo de seguidores cercanos, los que se conocen como ‘discípulos,’ ¡y me dijo ella era la Virgen!”

“Ese mismo señor me dijo que en una ocasión un mayordomo se presentó ante Vuestra Madre. Este mayordomo les bajó los sueldos a los empleados del nuevo lugar donde fue a trabajar; al que ganaba seis reales se los bajó a cinco y el que ganaba cinco reales se los bajó a cuatro. Cuando se presentó ante Vuestra Madre, ella le dijo: ‘Así se hizo usted de un gran capital. Recuerde que el pan del pobre es sagrado.’ Esta cita de Vuestra Madre es muy parecida a lo enseñado por el Papa León XIII, cuyo pontificado fue de 1878 a 1903, en la Encíclica *Rerum Novarum*. Si es así, ¿cómo pudo Vuestra Madre haberse empapado de esto?”

“El padre Jaime visitó muchos sitios y entrevistó cientos de testigos y discípulos, pero yo también hice investigaciones con los discípulos y comprobé muchas cosas. Todos los discípulos eran personas extraordinarias. Mientras investigaba intenté averiguar dos cosas. Primero, quien tuvo contacto físico con Vuestra Madre y supe que ni uno de ellos y que nadie siquiera le dio la mano. Parece que solamente algunas de las llamadas *Niñas* fueron las que llegaron a tocarla y dijeron que cuando lo hicieron era como tocar una mota.”

“Lo segundo que intenté averiguar fue si alguien mandó a ofrecer Misas por ella y en ningún sitio encontré que lo hicieron. Sí encontré que se ofrecían Misas por el eterno descanso del Padre Mariano Olalla, de la parroquia Las Mercedes de San Lorenzo.”

Josean Santos: ¿Alguna vez ha visto usted a Nuestra Madre?

MEH: “Me preguntas si yo he visto a Vuestra Madre. Nunca he visto a Vuestra Madre, pero es mejor que sea así, porque al ver algo así, uno se queda petrificado.”

“Vuestra Madre fue un ejemplo de vida. Fíjense que decía: ‘Soy Vuestra Madre.’ Iba diciendo lo que sufrió Jesús y en todo lo que hizo se identificó con lo que hizo Jesús. Lo que sabemos es que se presentó como Vuestra Madre y el resto es materia de discusión.”

“Cabe indicar que uno de los títulos o nombres que le dieron y que causa

turbación es el de Madre Redentora. No olvidemos que se trata de un pueblo sencillo y en esto de Mamita Redentora no pensaban en dogmas; creo que pensaban más bien en lo que conocían de los padres mercedarios que se conocían como *Redentores del Cautivo* y como ellos se sentían rescatados de la ignorancia religiosa, por eso lo de Redentora. También cabe indicar que algunos en la Iglesia han hablado de darle el título a María Co-Redentora, testimonio de esto es la carta del 1ro de enero del 2008 que le escribieron varios cardenales al Santo Padre Benedicto XVI pidiendo que se declarara a María Co-Redentora. Entre los peticionarios está el cardenal Luis Aponte Martínez.”

“¿Qué enseñó Vuestra Madre? Hay que hacer un estudio de su doctrina; de su enseñanza. Hay que determinar cuál fue su mensaje y predicación. Mientras tanto, iba enseñando a las niñas a no dejarse abusar, lidió con los masones y se preocupó por las necesidades de todos. Llegó a La Santa Montaña hacia principios del siglo XX y tuvo el don del conocimiento y fue enseñando la doctrina católica. Llevó cantidad de gente a bautizar y a casar.”

“Estos bautismos y matrimonios demuestran la gran obra de Vuestra Madre. Con el cambio de gobierno el 18 de octubre de 1898 a raíz de la Guerra Hispanoamericana, se cayó el subsidio del gobierno a los sacerdotes y éstos comenzaron a cobrar estipendios por los casamientos y los bautismos. La situación llegó a tal punto que los feligreses le escribieron al obispo de la Diócesis de Puerto Rico, monseñor William Jones, solicitando que declarara un día libre de pago por contraer matrimonio y bautizar. Vuestra Madre llevaba la gente a bautizar y a casar y pagaba el estipendio a los sacerdotes de los fondos que le habían provisto sus donantes.”

“Para determinar quién es Vuestra Madre hay que hacer un estudio bien hecho que refleje sus virtudes y obras. Hay que ver como el pueblo dejaba de trabajar para ir a escucharla.”

“Hay que estudiar la verdad. Vamos a buscar la verdad sobre quien era Vuestra Madre. Este asunto lleva más de 100 años sin solucionar. Hay que volver a examinar la sangre [derramada por Vuestra Madre en La Santa Montaña;] hay que someter la tela de los paños en que se encuentra esa sangre a estudio para determinar su edad y; hay que interrogar al custodio de la sangre para determinar cómo fue que pudo remover un pedazo de tela ensangrentada de uno de los tres frascos enterrados en La

Santa Montaña sin utilizar instrumento cortante alguno.”

“Es importante conseguir el testimonio en torno a Vuestra Madre que hizo el padre Pedro Puras, párroco de San Lorenzo en 1909, que fue publicado por el periódico *El Herald Español de Puerto Rico* que se publicó del 1900 al 1913. Lo dicho por Padre Puras se publicó hacia finales de agosto o principio de septiembre de 1911. En ese año el padre Puras paró en La Santa Peña y estaba allí con uno de los primeros Hermanos Cheos.”

“Algunos testigos hablan de un intento de encuentro del obispo [monseñor Jones] con Vuestra Madre para el año 1908. Es posible que se intentara tener ese encuentro, pero se confundió la hora de la cita por el desconocimiento de la distancia del pueblo al campo del barrio Espino donde había una capilla y que consta que allí existía un solar de la iglesia para el año 1865. Es posible que el obispo llegó horas más tarde y ya ella iba de regreso a La Santa Montaña vía La [Santa] Peña. Parece que el obispo mandó al secretario, quien fue a caballo por otro camino y no la encontró.”

“Poco después de este suceso, en los primeros meses de 1908, Vuestra Madre le dijo a su gente: ‘Me voy pronto.’ La noticia llegó a oídos de la Policía, que tenía un cuartel cercano al lugar y creyó que era una treta para matarla. Por lo tanto, se les puso presión a los discípulos para que la cuidaran y se les indicó que si desaparecía ellos irían presos.”

“Para finales de septiembre del 1909 surge la misteriosa muerte de Vuestra Madre. En el tránsito de muerte hubo derramamiento de sangre y esa sangre salió del cuartito que ocupaba en la casita que le habían construido. Los discípulos, que la respetaban tanto, no se atrevían a entrar a su casita y al ver su sangre eso les dio autoridad para entrar a su cuarto y verificar que estaba muerta.”

“Su velatorio duró tres días, algo inusual para la época, porque en ese tiempo la gente se moría hoy y la enterraban al otro día. Se presentaron miles de dolientes y la comitiva salió de La Montaña a las cuatro de la mañana y llegó a San Lorenzo a las cuatro de la tarde. Los discípulos que llevaban su caja dijeron que mientras caminaban hacia el casco urbano del pueblo el ataúd pesaba menos. El padre Pedro Puras celebró los servicios funerales.”

“Cuando leí su acta de defunción, lo primero que pensé fue en una muerte

por tuberculosis pues no he visto ningún fallecimiento por debilidad general que tenga un derramamiento de sangre. Luego pensé: ¿No fue esto algo simbólico para que ellos entraran en el cuarto? También pensé que la habían matado y sus discípulos no se dieron cuenta. ¿O es que estamos ante algo mucho más misterioso?”

“Estuve durante años buscando esa sangre para someterla a estudios; para determinar quién es Vuestra Madre. Creo que Dios quiere que pongamos la parte humana en este asunto y es responsabilidad del obispo de la Diócesis de Caguas poner la parte humana.”

“Si Vuestra Madre era una persona, un ser humano de la época, ¿de donde era?, porque no era Elena Huyke, ya que esa persona murió en Curazao mucho después que Vuestra Madre dio su cambio. Esos documentos que demuestran que la ciudadana holandesa Elena Huyke nació y murió en las Antillas Holandesas se encontraron.”

“Si Vuestra Madre era una persona y su manera doctrinal se asemeja a la del Papa León XIII, ¿acaso era europea? Hay que agotar todos los recursos, todos los caminos para determinar quién era Vuestra Madre; para determinar si fue humana e hija de su época.”

“Así pues sigue el misterio, la incógnita de quien era Vuestra Madre y el saberlo conlleva mucha investigación y tiempo a menos que el Cielo salga al paso.”



Testimonios

A continuación se incluyen los testimonios de personas que afirman ser beneficiarios de sanaciones y conversiones a través de la intercesión de Nuestra Madre o que aseguran haber sido testigos de portentos realizados por ésta.

Notas: Los testimonios a continuación fueron transcritos ad verbatim. Las traducciones de palabras al idioma español y la inclusión de palabras que sirven de referencia están entre corchetes. El testimonio de la Srta. Sánchez Figueroa está en estilo de letra *Itálico* y sin comillas debido a que entregó el mismo por escrito.

Todas las fotos incluidas con los testimonios fueron tomadas con el consentimiento de o provistas por las personas que rindieron sus testimonios para inclusión en este libro. En torno a las fotos que acompañan los testimonios que ya habían sido incluidos en el libro *¿Lobos o Ungidos?*: la foto de la señora Reyes Moyet fue tomada en su residencia en San Lorenzo en marzo de 2014; la foto del señor Herrera fue tomada en San Juan de Puerto Rico en febrero de 2014 y; la foto del matrimonio compuesto por Héctor Negrón y Madeline Santos es la misma que aparece en *¿Lobos o Ungidos?*

*Eléna Santiago, 60 años de edad,
residente de San Antonio, Texas, USA.*

“En marzo de 1995, los médicos del Ejército de Estados Unidos en San Antonio diagnosticaron que padecía de esclerosis múltiple.”

“Sentí los primeros síntomas de la enfermedad en diciembre de 1994. Tenía pesadas las extremidades del lado izquierdo del cuerpo, la lengua adormecida y luego sin movimiento alguno. Tampoco podía pararme y veía todo nublado.”



“El 5 de enero de 1995, cuando me di cuenta de que no podía levantarme, llamé a mi esposo, Rafael Ramos Ramos, master sergeant, first class [sargento mayor primera clase] en el Ejército y que en esos momentos se encontraba en un adiestramiento y me dijo que me fuese de inmediato al hospital militar.”

“En el hospital me hicieron una serie de exámenes y hasta me pusieron una vacuna de tétano, ya que no daban con la enfermedad que padecía. Regresé a casa y después de pasar dos semanas en cama, una amiga me llevó al hospital de Lackland [Texas,] y allí me hicieron un MRI [las siglas en inglés del término Magnetic Resonance Imaging, un examen médico basado en imágenes de resonancia magnética] a manera de emergencia. En ese hospital me hicieron además muchos análisis y me sacaron líquido de la espina dorsal.”

“A los dos días de estar recluida en el hospital, los médicos me informaron que en los exámenes aparecían muchas células dañadas en el cerebro y me dijeron que padecía de esclerosis múltiple. Vine a Puerto Rico [las palabras anteriores – que posicionan a Elena en la isla – se deben a que la declarante hizo el relato durante un viaje a Puerto Rico y delante de varias personas que se encontraban en el manantial de La Santa Montaña] para conseguir una segunda opinión médica. El neurólogo que visité tenía la oficina en Hato Rey y confirmó el diagnóstico de los doctores de Texas.”

“Desde el momento en que caí en cama, le pedí a la Madre de Dios, a la Virgen Santísima, que de la misma forma en que recibió a su hijo magullado en sus brazos después de ser bajado de la cruz, que me ayudara a levantarme. Le prometí que si lo hacía, que si me mantenía en pie, lo primero que yo haría sería ir a La Santa Montaña a darle las gracias.”

“Nunca quise aceptar el tratamiento contra la esclerosis múltiple, que es uno de por vida, porque los médicos me explicaron que el tratamiento, que es a base de inyecciones y pastillas, es para estancar los síntomas y la enfermedad, no para curarla. Además, ya los médicos me habían dicho que la esclerosis múltiple es una enfermedad progresiva e incurable.”

“En mayo de 1995 comencé a dar pasos y en cuanto me sentí un poco más fuerte, le dije a mi esposo: ‘Me voy para Puerto Rico a darle las gracias a la Madre de Dios. Bajé hasta el manantial junto a mis cinco hermanas a dar las gracias.’”

“Cada cuatro años voy a una revisión médica porque me dan debilidades y a veces me siento muy mal, pero creo que se trata de que estoy entrando en años. Estando en una de estas revisiones, para enero o febrero de 2012, me examinó la doctora Ford, que es una neuróloga en el Hospital Brooke, que forma parte de un complejo médico que tiene el Ejército en San Antonio. La doctora Ford me dijo que no parecía que tuviese esclerosis múltiple por lo bien que me veía. Esa doctora me hizo una batería de exámenes, pero no fue hasta junio de 2013 que la llamé para saber los resultados. No pudimos vernos y cuando por fin nos encontramos fue para finales de 2014.”

“Enseguida le pregunté la razón por la que no me había llamado en todo ese tiempo para decirme cuales habían sido los resultados de los exámenes y me contestó que era porque yo había decidido no someterme a tratamiento y que sólo iba a una revisión médica anual. Fue en ese momento que me informó que: ‘No veo seña alguna de que tengas esclerosis múltiple y lo que reflejan los últimos exámenes es que padeces de artritis. Estoy sumamente sorprendida por esto, ya que todos los exámenes anteriores reflejaron que eres una paciente de esclerosis múltiple.’ Por eso y por muchas otras cosas en que la Madre de Dios ha intervenido a mi favor es que cada vez que vengo a Puerto Rico visito esta gruta [el manantial en La Santa Montaña.]

*Claribel Rivera Jiménez,
56 años de edad,
residente de Caguas, Puerto Rico.*

“Mi primer hijo, Luis Enrique Piñeiro, nació en 1988 y poco después de su nacimiento, el cardiólogo pediátrico doctor Fernández, quien laboraba en el Hospital San Pablo de Bayamón, tras examinarlo, me informó que padecía de una enfermedad conocida como ‘corazón grande.’ Me explicó el doctor que según creciera el nene, el corazón se le iba a ir poniendo más y más grande y que si a los seis meses no se detenía el crecimiento, habría que someter a mi hijo a una cirugía de corazón abierto.”



En esa época mi esposo, Enrique R. Piñeiro, era fiscal y yo era agente del Negociado de Investigaciones Especiales [conocido por sus siglas, NIE] y no ganábamos mucho dinero; estábamos pela'os y no podíamos pagar ese tipo de operación."

"Un amigo de mi esposo llamado Pedrín se presentó en casa y le contamos nuestra situación. La respuesta de Pedrín fue que había ido a La Santa Montaña y se había convertido. Nos exhortó a que fuéramos allá porque estaba seguro de que el Señor iba a sanar al nene."

"Nuestra vecina, Magdalena Soto, una devota de la Virgen María, y su esposo, Trífido del Río fueron con nosotros a La Santa Montaña el día antes de la evaluación médica final del nene, que ya había cumplido los seis meses de edad. En aquella época no había un camino en cemento hasta el manantial, sino un camino lleno de fango cuesta abajo, pero logramos llegar con el nene hasta el manantial. Oramos allí y recogimos agua. Magdalena cogió el nene y lo subió hasta la imagen de la Virgen del Carmen que está allí y se lo presentó. Mientras ella hacía eso, el nene estaba riéndose."

"Al día siguiente llevé al nene a la cita médica para la evaluación final y le hicieron un electrocardiograma. Noté que el médico puso una cara bien seria cuando le entregaron el resultado y luego ordenó que hicieran otro electro. Cuando le entregaron el resultado del segundo examen, se viró hacia mí y me dijo: 'Señora: su nene no tiene nada.' ¡No podía creerlo! Salí de allí riéndome y llorando porque algo tan grande había pasado."

*Juana Reyes Moyet,
69 años de edad al momento de tomar
la foto, 37 años de edad al momento de
la declaración inicial, residente de San
Lorenzo, Puerto Rico.*



El 15 de noviembre de 1982, el diario *El Vocero* (San Juan,) publicó una crónica bajo la línea de autoría del periodista Rubén Darío Rodríguez, en la que la sanlorenceña Juana Reyes Moyet, de 37 años de edad y residente del barrio Quebrada Honda, aseguró haber recobrado milagrosamente la voz, cuyo uso había perdido

totalmente por razones desconocidas desde mayo de 1981. Desde entonces, se comunicaba con su esposo, José A. Hernández y sus tres hijos mediante la emisión de sonidos guturales.

Reyes Moyet relató que: “El jueves, [12 de noviembre de 1982] mientras estaba lavando [ropa,] salí un momento a la sala y le pregunté a mi esposo: ‘¿Qué vas a hacer, te vas a quedar ahí todo el día sin arreglar la guagua de tu cuñado?’ Él se sorprendió y me preguntó qué [era lo que] yo le decía por tres o cuatro veces [y] yo le respondí nuevamente lo mismo. Le pregunté: ‘¿No me entiendes?’ El abrió los ojos y me dijo: ‘Mujer, ¿no te das cuenta [de] que estás hablando?’ ‘¡Seguro que me doy cuenta! ¿No sabes que anoche fui sanada por la Madre de Dios?’”

Según contó el esposo de Juana, en el hogar y en todo el barrio “eso fue algo del otro mundo.”

El reportaje señala además que Reyes Moyet acudió a “más de una decena de médicos” en el área de Caguas y en el Centro Médico en Río Piedras sin que ninguno diera con la causa de su enmudecimiento.

“Pienso que creían que tenía cáncer. Por último, me refirieron a un psiquiatra. Pero ninguno pudo, con su ciencia y sabiduría, devolverme el habla... Desde que perdí la voz en mayo de 1981 estuve de tratamiento en tratamiento. Me dieron terapia del habla, pero todo lo que hicieron, aunque estoy muy agradecida de los médicos, no fue suficiente. Tenía que ir a La Santa Montaña,” dijo Reyes Moyet.

*Luis Herrera, 48 años de edad,
residente de Toa Alta, Puerto Rico.*

Herrera, un ex discípulo de la otrora Asociación Pública Pía Siervos de Vuestra Madre, con sede en La Santa Montaña, indica que: “Desde temprano en la noche del sábado, 28 de septiembre de 1985, los tres discípulos [de la Asociación,] estábamos en preparación para la ceremonia de consagración e inauguración de la casa-santuario en La Santa Montaña de San Lorenzo [pautada para el domingo, 29 de septiembre en horas de la mañana.]”



“En la madrugada detectamos una nube de niebla que se posó cerca de la casita [de Vuestra Madre] y de la que por buen rato prendía [en la parte superior] una luz sumamente brillante. Ninguno de nosotros llevaba consigo una linterna portátil o quinqué y en el área no había ningún poste [del alumbrado eléctrico] del que prendiera una bombilla, ninguna luminaria y ningún tipo de farol u otra fuente de luz, ya fuese eléctrica o generada por gas o fuego. Luego se escucharon cánticos de procedencia desconocida, por lo que todos quedamos arrobados y caímos de rodillas al suelo.”

“En horas de la mañana nos trasladamos a la iglesia para llevar a cabo los preparativos para la ceremonia de dedicación [del templo] y cuando llegamos al área del altar descubrimos que todo el piso estaba cubierto con un material sumamente parecido al llamado *cabello de ángel* con que se adornan los árboles de Navidad. Cada vez que intentábamos recoger lo que solamente puedo describir como cabello de ángel para removerlo del área o guardar muestras, el material se deshacía totalmente al toque de la mano humana. No quedó rastro del material en ningún sitio. Más tarde encontramos el mismo material sobre todo el piso de la casita-santuario y al tocarlo o intentar recogerlo, se desintegró.”

“Horas después, cuando monseñor Enrique [Hernández, obispo de la diócesis de Caguas y oficiante principal de la ceremonia] entró a la habitación de la casita-santuario donde Vuestra Madre dio su cambio para dar comienzo a la ceremonia, cayó sobre su cabeza un chorro de agua cuya procedencia era desconocida, ya que el techo de la habitación es plano y no había allí ningún recipiente con agua. No es probable que hubiese sido agua atrapada entre el techo de la habitación y el primer piso de la estructura, ya que la misma estaba acabada de construir, no había una sola grieta en el cemento y tampoco había llovido la noche anterior. Después de concluidas las ceremonias, bromeamos con monseñor diciéndole que ese día fue bautizado por segunda vez.”

“Durante mis años como discípulo en La Santa Montaña muchas personas se acercaron a nosotros [se refiere a Herrera y a sus dos compañeros discípulos de la asociación,] para indicar que en el área a la vera derecha del inicio del *Camino del Ángel* [que conduce al manantial del santuario,] frente a la palma de coco sembrada por Elenita de Jesús, habían escuchado voces cantando a coro.”

“Si fuese a hablar de las cosas que presencié en La Santa Montaña, tendría que escribir un libro.”

*Clotilde Martínez, 72 años de edad,
residente de Caguas, Puerto Rico.*

Desde hace poco más de dos décadas, *don Cloto*, como cariñosamente lo conocen los peregrinos que visitan La Santa Montaña, ha estado ejerciendo la misión de orar por las personas que se allegan cada domingo al manantial que hizo brotar Vuestra Madre. Para ello, se traslada a La Santa Montaña desde su hogar en el barrio Borinquen de Caguas.



“Llegué a La Santa Montaña en 1981. En esa época oraba y rezaba el rosario todos los días, pero un día le dije a Dios que iba a continuar orando, pero que no iba a volver a rezar el rosario a diario. Seguí visitando La Montaña, y cuando los niños de Cidra tuvieron sus encuentros, la Virgen me tocó el corazón y me dijo: ‘De hoy en adelante vas a rezar cuatro rosarios al día.’”

En 1993, el entonces rector del Santuario Diocesano Nuestra Señora del Carmen, el sacerdote Edward Santana, le solicitó a don Cloto que se presentara los domingos en el manantial para que dirigiera a los peregrinos en el rezo del rosario.

“Eso hice durante varios meses hasta que se presentó un grupo de [la ciudad de] Ponce. Me pidieron que orara por ellos y como no contaba con el permiso del padre [Santana,] me negué a hacerlo. Insistieron varias veces para que les orara diciendo: ‘Es usted al que le toca orar por nosotros’ y otras tantas me negué porque no estaba autorizado [para hacerlo.] Finalmente se fueron y yo me sentí tan avergonzado de haberles negado la oración y de que se hubiesen ido tristes, que cuando me quedé solo en el manantial, me puse a hablar con Dios y le dije: ‘Señor, de hoy en adelante al que me pida que le ore, lo haré. Si estoy actuando de una forma que no es de tu agrado, por favor, házmelo saber.’ Desde entonces he orado por cientos de personas cada domingo.”

“De lo que doy fe es que son miles las personas que han ido a La Santa Montaña y se han personado en el manantial en busca de sanación a enfermedades de todo tipo y que muchas, pero que muchas de ellas se han sanado allí mismo de esos males. Me refiero a los males del cuerpo y a los males espirituales.”

“Antes de orar por las personas rezamos el santo rosario. A veces las

personas se ponen a cantar himnos [religiosos] entre los misterios o al terminar de rezar el santo rosario. Luego voy una a una y les pregunto qué los lleva al manantial. Luego oro por cada una. He visto a muchas personas salir de allí sanadas. Yo no soy el que sana. Es Dios quien sana a través del bálsamo [agua del manantial] que nos dejó Vuestra Madre. Yo hago lo que Dios y la Virgen me han pedido que haga y si alguien me quiere sacar del manantial por cumplir ese mandato, ¡que me saque!”

*María Lucía Sánchez Figueroa,
54 años de edad, residente de Naranjito,
Puerto Rico.*

El testimonio a continuación fue entregado por escrito y se transcribió *ad verbatim*.

Para el año 1984 era una joven de 25 años que estudiaba Derecho en la Universidad de Puerto Rico y tenía muchas dudas en cuanto a lo que iba a hacer en el futuro. Para mediados de ese año, José Candelario Rivera, una amigo al que llamamos Cheito, me habló de un lugar en la cordillera del Bosque Carite donde la devoción a la Virgen María era muy grande.



Cada fin de semana cuando llegaba a la casa de mis padres era lo mismo: aparecía Cheito a hablarme de esa montaña en que ocurrían muchos prodigios. Un día, con un tanto de cinismo le dije: “Cheito, ¿por qué hablas tanto de esa montaña? ¿Acaso para amar a la Virgen hay que subir allí?” No obstante, en mi interior una voz decía: “¡Calla, calla!; no sabes...” Desde entonces y sin haber subido a La Santa Montaña, no dejaba de hablar de la misma.

El 12 de octubre de 1984, Su Santidad Juan Pablo II visitó la isla y entonces sí que se colmaron mis inquietudes: asistía diariamente a misa, confesaba frecuentemente y me embriagaba de continuo un sentimiento de profundo vacío, así como un gran deseo de aceptar la voluntad de Dios. Fue así como la montaña de la Virgen se convirtió en un ansia y sentía que allí Dios me esperaba con respuestas.

En diciembre de 1984 subí a la que llaman La Santa Montaña y antes de siquiera llegar experimentaba un gozo que no comparo con nada en el mundo. Allí me encontré con mi Señor y su voluntad por la intercesión de Mamita Elena.

Durante todo el mes de diciembre prácticamente iba a diario a La Santa Montaña desde mi pueblo de Naranjito, a pesar de que eran varias las horas de camino para allegarse a ese santo lugar. Yo no tenía auto y por supuesto, Cheito y su esposa Eva me llevaban.

¿A qué íbamos a esa montaña remota, fría y pobre? Hoy sé que era a encontrarnos con ella, con Mamita Elena, pues sentíamos que ella nos instruía personalmente en lo que es conocer, desear y cumplir la voluntad de Dios.

Todo en La Santa Montaña habla de Dios: las palmeras, la brisa, la lluvia, el frío, el calor y los animales. Para 1984 la capilla era una choza, los caminos eran de barro y llovía tanto, tanto... Sin embargo, el cansancio no cansaba, el hambre no agobiaba, Dios bastaba... Allí no existían estratos sociales, ya que el médico y el abogado recibían lecciones de humildes campesinos que conocieron a Mamita o de aquellos cuyos padres fueron discípulos de Vuestra Madre. Además, se compartían los alimentos y trabajábamos en armonía. Durante muchos años se cumplió la escritura: los discípulos de Mamita nos conocíamos por el amor que nos profesábamos.

Desde que fui por primera vez a La Santa Montaña me descalcé y durante más de un año caminaba sin zapatos por todos los lugares. Nunca me herí los pies o me enfermé pese a la gran cantidad de piedras y de fango que había en el lugar. Como los caminos eran de barro y llovía tanto, éstos eran resbalosos y me caía muchísimo. En fin, que no hubo camino por el que “no rodara,” pero nunca me hice daño y siquiera recuerdo haber tenido moratones en el cuerpo pese a que en ocasiones mis caídas fueron aparatosas.

A principios de enero de 1985 tenía que despedirme de mis viajes diarios a la Montaña Santa ya que regresaría a la universidad a retomar mis estudios. Solamente me faltaba un semestre para terminar la carrera de Derecho y la pregunta que constantemente me formulaba era: ¿qué quiere Dios; qué quiere Dios? El fin de semana previo a mi retorno a la universidad me llevaron a conocer a Joaquina, una ancianita que de niña había estado con Mamita dentro de la casita que la última había

ordenado construir en La Santa Montaña a manera de residencia. Me habían advertido que Joaquina era muy especial porque el Señor le había concedido el don de “orar en lenguas.” Yo estaba inquieta y lo único que quería saber era lo que Dios quería de mí...”

Pese a que Joaquina era una ancianita, poseía un alma infantil que repetía lo que vio y lo que oyó decir a Mamita Elena. Durante todo el tiempo que estuvimos en la humilde casita, en mi interior le pedía a Mamita que me dijera lo que el Señor quería; que no me dejara regresar a mi casa sin saberlo. Al momento de despedirnos de Joaquina hicimos un círculo para orar que estaba compuesto por Cheito, su esposa Eva, la hija de los primeros dos, Kamalia, un amigo llamado Willie, una hermana de Joaquina llamada Lorenza, la propia Joaquina y yo. En determinado momento Joaquina comenzó a hablar en un idioma que desconozco mientras acariciaba el bracito de Kamalia y le dijo muchas cosas en ese idioma. Luego se volteó y mirándome dijo muchas cosas en ese idioma. Lo único que dijo en español fue: “MONJITA.” Tras decir esta palabra, Joaquina volvió a la “normalidad.” Todos nos miramos asombrados y yo le dije a mi Señor: “¡Tú lo quieres; yo lo quiero!”

El problema era: ¿Cómo decirles a mis padres que luego de siete años en la universidad y a punto de terminar una carrera en Derecho, me iba de monja? Esa misma noche les contaría lo sucedido y Cheito me acompañaba. Era alrededor de las 11:00 p.m. cuando llegamos a mi casa. Nos sentamos en la sala de mi hogar: mi mamá, mi papá, Cheito y yo y entonces comencé a narrarles lo que me pasó. Mi mamá, Ester, una mujer piadosa pero muy práctica y me dijo: “¡Ay Marilú, tú eres tan sanana!” Esa señora te dijo muchos disparates y tú crees que esas palabras provienen de Dios.” Con insistencia, yo le decía: “Mami, Joaquina es una santa; ella estuvo con Vuestra Madre.”

De pronto, Cheito gritó: “¡Calla y dime lo que oyes!” Yo le contesté: “¡CAMPANAS!” En esos momentos sobre mi casa ‘había un gran campanario’ y esas campanas repicaban como nunca las he vuelto a escuchar en mi vida. Yo estaba tan impactada que temblaba de pies a cabeza y creía que se iba a acabar el mundo. Nosotros habíamos escuchado que Vuestra Madre había dicho que si escuchábamos campanas subiéramos a La Montaña porque algo grande estaba pasando. ¿Volver? ¡Acabamos de regresar de allí! Cheito me dijo: “Si Eva las escuchó, regresamos.” Cheito se fue para su casa y al preguntarle a Eva, ésta dijo que no las oyó, por lo cual no regresamos esa noche.

Mi papá comenta que esas campanas las tañían en un Club de Leones que estaba relativamente cerca, pero eso era ilógico porque nunca hubo campanario en ese lugar. Mi humilde casa está en un barrio de Naranjito llamado Cedro Abajo, localizado lejos de la capilla rural del entorno y de la iglesia parroquial y en ésta las campanas no tañían desde la muerte del sacristán, que era quien sabía hacerlo.

Regresé a la universidad y terminé el semestre que me faltaba de la carrera de leyes. No obstante, mi decisión estaba tomada: poco después (1986) y junto a otras jóvenes, hice Consagración de Virgen al servicio de Jesús en el Santuario Diocesano Nuestra Señora del Carmen en La Santa Montaña.

Como consagradas comenzamos a vivir en comunidad en el barrio Quebrada Lajas, una de las laderas de La Santa Montaña. Éramos pobres pero nunca nos faltó nada. No teníamos carro, pero siempre fuimos diariamente a Misa en el Santuario.

Nuestro trabajo en el Santuario era la oración, encargarnos del mantenimiento de las capillas y la hospitalidad de los peregrinos. Las tareas más humildes hechas por amor.

La oración en el Santuario siempre es una experiencia íntima con Nuestro Señor y Nuestra Madre. Más o menos para el año 1987, el rector del santuario, P. Jaime Reyes, nos enseña a meditar unos misterios del Rosario a los que llamaba: “Apostólicos.” El padre nos instruye en que el Rosario es la meditación de la vida de Jesús y que Mamita Elena le “dio” unos misterios que nos ayudarían en la meditación de la Vida Pública de Jesús. Ella justificaba la necesidad pues se iba desde la Infancia a la Pasión sin meditar los 3 años de vida apostólica.

Los misterios apostólicos son:

- 1. El Bautismo de Jesús en el Río Jordán*
- 2. La Elección de los Apóstoles*
- 3. La Predica y los Milagros de Jesús*
- 4. La Transfiguración de Jesús*
- 5. La Institución de la Eucaristía*

Nosotras, la religiosas, incorporamos el rezo diario de los misterios apostólicos, en realidad rezábamos los 20 misterios del rosario. Como parte de nuestro hábito, vestíamos una camándula que incluía los 20 misterios, no los 15 tradicionales. El rezo de estos misterios se hizo parte de la oración de peregrinos del santuario. Luego S.E.R. Mons. Enrique Hernández los promulga para la iglesia particular de Caguas con motivo de la celebración del jubileo de plata de la fundación de la diócesis.

Años más tarde, el 16 de octubre de 2002, Su Santidad Juan Pablo II promulga para la Iglesia Universal los misterios “Luminosos” en la carta apostólica “Rosarium Virginis Mariae.”

El 16 de octubre de 2002 fue presentada la carta apostólica del Papa Juan Pablo II “Rosarium Virginis Mariae” (“El Rosario de la Virgen María.”) El punto más destacado fue la inclusión de cinco nuevos misterios en el Rosario.

El Papa, al explicar esta decisión en el documento define el Rosario como un “compendio del Evangelio” orientado “a la contemplación del rostro de Cristo” con los ojos de María a través de la repetición del “avemaría.”

Ahora bien, constata en los quince misterios del Rosario (cada día se contemplan cinco misterios rezando en cada uno diez avemarías) faltaban hasta ahora momentos decisivos de la vida de Cristo.

Por ese motivo, consideró “oportuna una incorporación, que si bien deja a la libre consideración de los individuos y de la comunidad, les permita contemplar también los misterios de la vida pública de Cristo desde el Bautismo a la Pasión.”

Los misterios apostólicos se diferencian sólo en el nombre y en el orden de los misterios segundo y tercero. El segundo de los apostólicos es el tercero de los luminosos y el segundo de los luminosos es el tercero de los apostólicos. En cuanto a la diferencia en el modo de enunciarlo, es el modo de catequizar de Mamita Elena; ella sabe que estos jibaritos boricuas no hablan latín y nos los nombró facilitos para que los entiendiéramos.

El día que me enteré de los misterios luminosos, “brincaba en un solo pie” y me dio tanta nostalgia de que S.E.R. Mons. Hernández no se

enterara de esto antes, ya que tanto pidió señales de quien era Elenita; bueno, el cielo sabe por qué hace así las cosas.

Para la década de los 80 y los 90 el número de peregrinos [que llegaba a La Santa Montaña] era tan grande que fue necesario organizar el ministerio de la hospitalidad para los fines de semana en particular o tiempos como la Cuaresma y la Semana Santa. El rector del santuario, padre Reyes, OSB, me dio la dirección de ese ministerio, por lo cual tuve la oportunidad de compartir establemente con peregrinos servidores durante años. ¿Quiénes eran estos servidores? Personas que se sentían llamados a la oración y al servicio de la Iglesia, cientos de personas que estaban deseosas de hacer lo que se les indicara.

En el santuario de la Virgen del Carmen podía estar de servicio en el portón de entrada un médico junto a un ama de casa y dos campesinos o en las tres cruces o en el manantial. Estas personas ayudaban a los peregrinos y oraban con ellos. No había inconformidad por lo humilde del servicio, por el contrario, el buen ánimo era común entre todos los servidores.

Para los que vivíamos en el Santuario y para quienes peregrinamos a él, lo extraordinario era lo normal. Las sanaciones físicas de cáncer, corazón, parálisis; emocionales, muchas mujeres que no podían tener hijos y luego de pedirlo a la Virgen quedaban embarazadas, etc. Nadie llevaba cuenta ni se escribía acerca de ellas, por lo cual no tengo datos de muchas de las que me enteré. Muchos de los peregrinos que recibieron las sanaciones volvieron a dar testimonio, otros no lo hicieron pero no enteramos por acompañantes. Sin embargo, lo más impactante e importante eran las conversiones. Conocí tantas personas que como yo fueron transformadas. Supe de conversiones inmediatas: adúlteros que se transformaban en esposos modelos; drogodependientes que lograron liberarse del vicio; alcohólicos que dejaron la bebida; de matrimonios destrozados que se reconciliaron; muchos buenos que querían ser mejores; muchos que murieron santamente.

Quiero enfatizar, para los que vivíamos en el Santuario y quienes peregrinamos a él, lo extraordinario era lo ordinario. Siempre había regocijo de los prodigios que ocurrían, pero realmente el corazón no se apegaba en éstos, sino en quien los prodigaba. Yo nunca vi a nadie en éxtasis, jamás lo estuve, pero sé que Ella hablaba al corazón de todo el que la llamaba. Muchas personas tenían visiones, sueños con ella, tanto en Puerto Rico como fuera de la isla, pero sabíamos que lo importante

era lo que esos hechos provocaban en el alma, no los sucesos en sí mismos. Nunca hubo estudio formal de los milagros, pero sé de personas que están dispuestas a que se estudien sus experiencias. Yo, como una pobrecita hija del Señor, me amparaba en el discernimiento evangélico: “por los frutos los conoceréis.”

La Montaña es santa porque Mamita Elena está allí según lo prometió y es quien lleva las almas a Jesús. Quienes la hemos conocido amamos profundamente a la Iglesia, no queremos dejar de ser católicos, por el contrario, obedecemos la Iglesia aunque no crean en nuestras experiencias. No hemos creado una secta, sino muchos grupos de oración que están en distintos pueblos de Puerto Rico, desde donde se nutre nuestra fe y se fortalece la Iglesia. La mayoría de los peregrinos son servidores en distintos movimientos parroquiales y si examinan la piedad y caridad de los mismos, podemos ver como Jesús ha tocado esas vidas.

Los peregrinos de La Santa Montaña creemos en lo que dijo Mamita Elena: “cuando tengan una necesidad, suban a la Montaña.” Subimos a La Montaña y dejamos en ella nuestras preocupaciones, enfermedades, dudas, pecados y celebramos los sacramentos, nos reunimos con los hermanos a orar, revitalizamos nuestra fe y bajamos a nuestros hogares, a nuestras parroquias a vivir nuestra vida ordinaria al estilo de los seguidores de Jesús.

Los que hemos conocido a Mamita Elena discernimos cómo sus profecías se cumplen tal y cual lo dijeron los que gozaron de su presencia. Al igual que sus discípulos, tenemos tal veneración por la Virgen, que no queremos añadir ni quitar nada, pues sabemos que quien dice mentiras trabaja a las órdenes del maligno. Quien peregrine a la Santa Montaña va a experimentar la Comunión de los Santos, no hay distancia entre el cielo y la tierra.

¹ *En el campo se les llama sananas a las personas muy inocentes y de poco discernimiento.*

*Pedro Vélez Adrover, 67 años de edad,
residente de Aguada, Puerto Rico.*

“Al artista de mi pueblo al que le encargaron hacer el dibujo de Vuestra Madre para inclusión en el libro ¿Lobos o Ungidos? se le había dado

la descripción detallada de los rasgos físicos generales y de la cara de Vuestra Madre, según la describieron los testigos oculares entrevistados por el padre Jaime Reyes. No obstante, al joven, que es muy buen dibujante, por más que trataba, no le salía el bosquejo.”

“Llevaba así varios días y una noche la cuñada del artista se presentó en mi casa a eso de las ocho a buscarme porque algo inusitado había pasado en la casa del joven. Debido a que la persona que me fue a buscar estaba sumamente nerviosa, salí de mi casa como estaba, en T-shirt, pantalones cortos y chancletas. Fue la primera vez que salí así a la calle en mi pueblo.”

“Mi residencia está ubicada en la Calle Marina del casco de Aguada y la casa del artista está localizada en el Barrio Cruces, que está a unos 20 minutos de la mía. Mientras nos dirigíamos hacia el Barrio Cruces, la cuñada del artista me explicó que desde hacía un día una paloma blanca hermosísima se encontraba posada en el balcón de la casa del artista y que miraba fijamente al joven todo el tiempo.”

“Poco antes de que fuesen a buscarme, los habitantes de la casa habían visto un resplandor impresionante, algo parecido a una bola de fuego, en el balcón de dicha vivienda y asustados decidieron contactarme, ya que siempre estoy en las cosas de la Iglesia; conduzco rosarios, preparo la iglesia del pueblo para las misas dominicales y las grandes festividades, coordino la procesión de la Virgen del Espinar y todos los años se me encomienda la novena y el itinerario de la visitas que hace a las casas de sus devotos la imagen de nuestro patrón, *Pancho* [San Francisco de Asís.]”

“Cuando llegamos al Barrio Cruces y me dispuse a entrar a la casa, vi la paloma, que era preciosa, en el balcón. La paloma voló hacia el alero del balcón y se posó allí. Entramos a la casa y enseguida les dije a los que estaban allí que nos pusiéramos a orar. Rezamos la Coronilla de la Divina Misericordia, el Santo Rosario y la Salve.”



Foto de la paloma
que apareció en
la residencia del
dibujante aguadeño.
Foto tomada por
Wilfred Vázquez.

“En cuanto terminamos de rezar, la paloma extendió las alas con una fuerza enorme y salió volando en medio de un inmenso fulgor. Cuando la paloma se fue, el artista automáticamente se sentó e hizo el boceto y le quedó igual a las descripciones de Vuestra Madre. Parece que Vuestra Madre se ocupó de inspirar al joven para que hiciera bien su semblanza.”

Héctor Negrón Medina y Madeline Santos Camacho, residentes de Guaynabo, Puerto Rico.

Este matrimonio indicó que mientras Madeline se desempeñaba como asistente administrativa en una empresa bancaria en el sector Tres Monjitas de Hato Rey [suburbio de San Juan,] fue víctima de maltrato emocional y acoso por parte de ejecutivos bancarios y un contratista de agencias de cobro por negarse a ser sobornada a cambio de guardar silencio en torno a un fraude monetario que evidenció.



“Un ejecutivo me amenazó y casi me roza la nariz con su dedo índice mientras movía su mano frente a mi cara. Me sentí humillada, atemorizada y emocionalmente me sentía muy mal. Comencé a llorar sola casi todos los días porque no podía defenderme. Soporté todo eso porque amaba mi trabajo. Poco a poco le fui perdiendo el amor a mis labores y llegué al punto en que no quería llegar a la oficina, porque, para colmo, mis compañeras me rechazaban debido a los celos profesionales, ya que el puesto que yo ocupaba, que era descrito en el banco como uno muy complicado que no todos podían llevar a cabo, fue motivo de envidia de algunos compañeros,” relató Madeline.

La situación en el banco se fue agravando y a eso del mediodía del 19 de julio de 2007, su esposo, Héctor Junior Negrón, quien laboraba como coordinador de sistemas de información en la entonces Telefónica de Puerto Rico, recibió una llamada de la supervisora de Madeline solicitándole que se presentara de inmediato en el banco porque su esposa había sufrido un colapso nervioso.

“Fui allá de inmediato. La supervisora me condujo hasta una oficina y allí encontré a Madeline con una gerente. Mi esposa estaba sumamente nerviosa, no decía una palabra y lloraba sin parar. Era un llanto estremecedor porque era silencioso. Madeline se limitaba a mirarme a los ojos buscando ayuda y protección.”

“La supervisora me indicó que había hablado con la división de Ayuda al Empleado del banco y una persona estaba esperando a Madeline en el Centro Clínico Roig para entrevistarla. Nos dirigimos hacia allá y mientras esperábamos que nos atendieran, revisé los documentos que me habían entregado. En ese momento me percaté que en los papeles que el patrono había llenado para el Fondo de Seguro del Estado se mencionaba que Madeline manifestó que las ganas que tenía era de entrarle a tiros a dos o tres en el banco y [luego] pegarse un tiro.”

“Nos refirieron a la siquiatra Dayra Fernández y en cuanto la doctora se dio cuenta que algo fuera de lo común le había pasado a mi esposa, me dijo que Madeline necesitaba ayuda siquiátrica de emergencia. No obstante, al percatarse de los documentos de referido al Fondo del Seguro del Estado, me explicó que tenía que llevarla allí y que si ellos no la podían atender, que regresara donde ella. En el Fondo nos refirieron al Hospital San Juan Capestrano,” expuso Junior.

Madeline finalmente fue hospitalizada en dicha facilidad médica, que se especializa en atender malestares emocionales y psiquiátricos, a la una de la madrugada del 20 de julio. Poco después, Junior recibió una llamada telefónica del doctor Efraín Del Valle, quien laboraba como siquiatra en dicho hospital, para informarle que Madeline sufría una depresión severa y mostraba síntomas suicidas. Le recomendó una terapia conocida como electro-convulsiva, un tratamiento a base de sacudidas eléctricas.

“Accedí a que le dieran ese tratamiento porque el doctor me aseguró que con esa terapia la condición de Madeline iba a mejorar y que los efectos secundarios consistían en una leve pérdida de memoria, además de que en los papeles de autorización reconocí la firma de Madeline,” dijo Junior.

Las terapias comenzaron el primero de agosto y tras ser sometida a ocho de doce procedimientos, a insistencia de Junior –quien se había percatado de que Madeline pedía que le repitiera lo que le había dicho por teléfono el día anterior y se sentía preocupado porque su esposa solicitó que le llevara una foto de la familia porque ‘se me están olvidando las caras’

—los médicos dieron de alta a Madeline y accedieron a que recibiera las cuatro terapias restantes de forma ambulatoria.

“Madeline regresó a casa el 18 de agosto y su [pérdida de] memoria se agravaba con cada día que pasaba. No recordaba los nombres de las nenas y no las reconocía. No reconocía la casa, no sabía lo que era un carro o un avión. La llevé al aeropuerto Muñoz Marín y estacioné el auto en un lugar desde donde se puede ver la pista de aterrizaje y quedé asombrada al enterarse que esos aparatos estuvieran en el aire y con gente adentro. No sabía su nombre, bañarse o vestirse y había que sostenerla para caminar. Tampoco sonreía. Perdió todo tipo de recuerdo. No sabía el nombre de, ni para que se utiliza un lápiz. No reconocía a su propia familia: nuestras hijas o sus padres. Una de las pocas cosas que recordaba era el médico que la atendió, porque mencionaba un ‘doctor alto, blanco y de pelo negro.’ Lo mencionaba a cada rato,” dijo Junior.

El 23 de agosto, Junior se personó con su esposa en la oficina privada del doctor Del Valle – el médico ‘alto, blanco, de pelo negro’ que Madeline recordaba – con el propósito de que el galeno observara la condición de la última. Del Valle se dio cuenta de que Madeline sufría de pérdida total de la memoria y al notificárselo a Junior, el último le informó que no autorizaría que fuese sometida a las terapias electro-convulsivas restantes. Del Valle, quien indicó que no encontraba explicación para la situación en que se encontraba Madeline y cuya prognosis de recuperación para la paciente fue poco alentadora, estuvo de acuerdo con la decisión de Junior y llamó al hospital para suspender las terapias. Luego les dio una cita para 18 de septiembre.

El 24 de agosto Junior llevó a su esposa al Fondo del Seguro del Estado, donde un médico se limitó a evaluarla y les dijo que regresaran en dos semanas.

El 26 de agosto Junior llevó a Madeline a la residencia de los padres de ésta en Ponce con la esperanza de que al verlos los reconociera. No fue así y para desasosiego de todos, Junior se vio obligado a explicar a sus suegros y a sus cuñados lo que sucedía.

El 27 de agosto, Madeline, que no hablaba, sino contestaba esporádicamente lo que le preguntaba Junior con movimientos de la cabeza para indicar sí o no, comenzó a proferir continuamente una palabra: “Montaña.” Junior sabía a lo que se refería, ya que su esposa era devota de Vuestra Madre y frecuentaba La Santa Montaña, pero, en vista a que él nunca había estado

interesado en siquiera saber sobre Elenita de Jesús, se limitaba a responder: “Sí, ya sé, quieres ir a La Santa Montaña. En algún momento iremos.” Sin embargo, durante los siguientes días y hasta el sábado, primero de septiembre, Madeline seguía diciendo esa única palabra: “Montaña.”

“Ese sábado Madeline repitió la palabra muchas veces. Insistía en eso. ‘En algún momento te voy a llevar,’ era lo que le respondía. Al día siguiente salimos de casa en la mañana rumbo a Ponce. Quería llevarla otra vez a la casa de sus padres a ver si los reconocía. Camino a Ponce, a la altura de la entrada hacia Guavate, me entró un deseo inexplicable de subir a La Santa Montaña. No lo pensé dos veces y cogí la salida para llegar al santuario vía Guavate,” explicó Junior y a renglón seguido añadió:

“Cuando llegamos al santuario, la misa estaba terminando. Mediante señas, Madeline me dijo que la llevara a la iglesia. Como casi no podía caminar, iba sosteniéndola. Estuvimos un buen rato frente al sagrario y Madeline no cesaba de llorar. Al salir de la iglesia otra vez dijo: “Montaña” y comprendí que quería ir a otras partes del santuario. Al acercarnos a la casita de Vuestra Madre, como impulsada por algo, entró al caminito que da hacia la habitación donde Elenita de Jesús dio su cambio; el que está al lado de una tarja. Cuando llegó a la puerta, comenzó a tocar las paredes y la puerta sin decir una palabra.”

Al salir de la casita de Vuestra Madre, Junior y Madeline tomaron El Camino de Ángel y paso a paso, con Madeline asida del brazo de su esposo, lograron llegar al manantial.

“No había nadie allí; solamente estábamos Madeline y yo. De momento, llegó un grupo de personas, entre ellos don Cloto [Clotilde Martínez, residente de Caguas] a quien yo no conocía y que luego me enteré que es muy devoto de Elenita de Jesús y que visita el santuario a menudo. Las personas que estaban con él comenzaron a orar, pero don Cloto tenía la mirada fija en nosotros.”

“De pronto, don Cloto comentó: ‘En este lugar hay cosas malas y las voy a sacar de aquí.’ Dicho esto, cogió agua del manantial y la lanzó hacia una señora negra que estaba allí y en cuanto el agua la tocó, la señora salió corriendo por el camino y no la volvimos a ver. Entonces don Cloto dijo: ‘Ahora podemos orar con más calma.’ El grupo siguió orando, pero don Cloto no apartaba la mirada de nosotros. Luego me tocó el hombro y dijo: ‘Ya mismo estoy con ustedes.’ Poco después, comenzó a imponer

las manos a varios de los que estaban allí. Al acercarse a nosotros, dijo: ‘¿Cómo se llama ella?’ Le respondí: ‘Madeline.’ ‘Voy a orar por ella,’ dijo don Cloto.”

“Don Cloto comenzó a orar y luego sacó una botellita llena de agua del manantial y la vertió sobre la cabeza de Madeline, que de inmediato cayó desmayada en mis brazos. Don Cloto se acercó a ella y le pasó agua por la cabeza, las piernas y brazos. Mientras hacía esto, los gestos de don Cloto denotaban que algo le molestaba. ‘No te preocupes, que todo está bien,’ me decía mientras seguía poniéndole agua a Madeline,” narró Junior.

Madeline despertó aturdida. Las oraciones en el manantial continuaron y Junior, que deseaba llegar a Ponce con la esperanza de que su esposa reconociera algún familiar, la instó a levantarse porque ‘tenemos que seguir camino.’ Ella contestó: “Okey.”

“En ese momento no capté que Madeline me había respondido. Cuando la ayudé a levantarse, dijo: ‘Nos vamos después que terminen de orar.’ Ahí fue que noté que algo raro estaba pasando, porque Madeline [anteriormente] no hablaba en oraciones completas. Cuando terminaron de orar nos fuimos y para mi sorpresa, Madeline caminaba sin ayuda. A mitad de camino vio una amiga y la llamó por su nombre: ‘¡Mira, esa es Eva, la amiga de Cuqui!’ [Juanita Flores Mojica, una amiga de Madeline] y quedé petrificado en el lugar porque Madeline había reconocido una persona que yo no conocía.

“Al encontrarse con Eva, se abrazaron y Madeline habló con ella como si nada hubiera pasado. Aún no captaba lo que sucedía. Estaba anonadado. Al llegar a la planicie, recibí una llamada de Cuqui informándome que estaba camino del santuario y cuando le conté lo sucedido, ¡ahí fue que desperté de mi letargo y me di cuenta que había sucedido un milagro!

“Enseguida llamé a las nenas para decirles lo que sucedía. ‘Quiero que hablen con mami porque algo grande ha pasado en la [Santa] Montaña y quiero que sean testigos de eso. Marlene y Melanie hablaron con Madeline como si nada hubiera pasado. Al poco rato Cuqui llegó a la [Santa] Montaña y Madeline la reconoció. Ambas se confundieron en un abrazo y Cuqui lloraba a lágrima tendida.”

“En lugar de dirigirnos a Ponce, regresamos a San Juan. Madeline reconocía todo y a todos. Podía vestirse, cocinar, bañarse, hablaba por los

codos y sobre todo, había vuelto a sonreír. Cuando le dijimos a sus padres lo que había sucedido, su mamá organizó una fiesta el 16 de septiembre para darle gracias a Dios por el milagro.”

“Cuando fuimos a la cita en el Fondo del Seguro del Estado con la doctora Feliciano, quien había evidenciado la condición en que encontraba Madeline antes de que fuésemos a la [Santa] Montaña y había hecho las anotaciones correspondientes en el expediente médico de mi esposa, le contamos lo que había sucedido en el manantial.”

“La doctora nos dijo que desde el punto de vista médico, la curación de Madeline no tenía explicación, pero que como cristiana entendía a la perfección lo que había sucedido. Nos dijo que en cuestiones de fe, todo es posible, concluyó diciendo Junior.”

*Basilio López Martínez, 86 años de edad,
residente de Caguas, Puerto Rico.*

“La primera sanación que recibí en La Santa Montaña, porque fueron tres [las sanaciones,] fue en la casita de Vuestra Madre. La doctora me había dicho que no podía trabajar porque a mi corazón le daba mucho trabajo latir; que me acogiera al Seguro Social porque ella firmaba los papeles.”

“Fui a La Santa Montaña buscando salud y cuando llegué a la casita [de Vuestra Madre] había un grupo de oración allí. Mientras estaba orando con ellos caí en descanso y cuando ‘desperté’ me fui para mi casa. Cuando la doctora me volvió a examinar me dijo que había sanado; que mi corazón estaba bien.”

“Vivo en el barrio Borinquen de Caguas y después de haber sido sanado trabajé muchos años en la agricultura. Luego me daban unas migrañas que me volvían loco y fui en una peregrinación a La Santa Montaña en busca de sanación junto a un grupo de la iglesia San Esteban Protomártir. Estando en Misa con ellos en la capilla del santuario se me quitó el dolor de migraña que tenía y no me volvió a dar más.”

“La tercera sanación fue del estómago. Me dolía al punto de que dejé de comer. Los médicos me chequeaban, pero no me decían lo que tenía porque creo que no sabían lo que era. El día antes de que los médicos me ingresaran en el Hospital HIMA de Caguas para determinar cuál era mi

enfermedad, fui hasta el manantial de La Santa Montaña y Cloto oró por mí, me echó agua del manantial por encima y me dio a tomar un poco de un galón con agua que acababa de llenar en el manantial. Al llegar a mi casa comí como si nunca hubiese estado enfermo del estómago y así he seguido comiendo hasta el día de hoy sin que me haya vuelto a doler el estómago.”

*Annette Colón Sánchez,
56 años de edad, residente de San
Lorenzo, Puerto Rico.*

Llegué a La Santa Montaña por primera vez el Viernes Santo de 1983. Fui llevada por mis padres, Santos Colón y María Sánchez, quienes se habían enterado de La Santa Montaña a raíz de la serie de apariciones que se dieron allí en 1992. En esa ocasión llevé a mis dos hijos. Estuvimos todo el día en La Santa Montaña y fui testigo de una serie de manifestaciones de la Luna esa noche, ya que estaba en cuarto creciente, pero brilló como si se tratara de un sol de mediodía.”



“Después de eso regresé a La Montaña en muchas ocasiones y mis padres, mis hijos y yo hacíamos vigilia en el lugar y compartíamos con personas de diferentes pueblos de la isla. En 1985 me mudé a San Lorenzo con mis hijos y luego mis padres compraron un solar en San Lorenzo, que es donde hicieron una casita que es en la que residimos actualmente mi hermana Nilda y yo.”

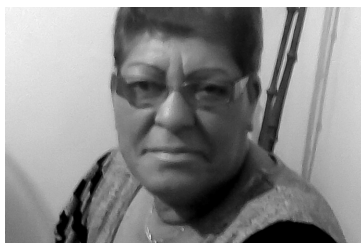
“La imagen que está a la entrada del santuario la trajeron después de la inauguración del lugar. Dos semanas antes de que llegara la imagen estábamos papi, mami, mis dos hijos y yo en vigilia en Las Tres Cruces y cuando bajábamos de allí para regresar a casa era de madrugada y en la escalera que conduce a la casita de Vuestra Madre, en una palma que había a mano derecha, se formó como una nube o un humito encima de la palma.”

“Al detenernos a observar ese humo notamos que contenía la imagen de la Virgen sentada en un trono con el Niño Jesús sentado en la falda. No caíamos en cuenta que era una manifestación mariana, pero al viento

soplar, el pelo de la Virgen se movió y todos nos dimos cuenta que se trataba de la Virgen. Había allí también personas de diferentes pueblos y todos caímos de rodillas. Le hablamos, le cantamos, le oramos y le tiramos piropos a la Virgen. No asociábamos a la Virgen del Carmen con una imagen de María que estuviese sentada y decíamos que tal vez era La Providencia, pero notamos que el bebé no estaba acostado en la falda. Al rato se abrió en el cielo oscuro un círculo sobre la Virgen y de allí salieron rayos que bajaban en tres tiempos, o sea, bajaban un poquito, luego bajaban un poco más y finalmente bajaban hasta alcanzarla a ella y a nosotros y la iluminaban a ella y a nosotros. Eso ocurrió tres veces. Luego la nubecita se fue desvaneciendo y al rato nos fuimos.”

“En otra ocasión bajábamos papi, mami, mis nenes, mi tía paterna Jenny y mi prima Iniabelle y yo hasta La Santa Peña a eso de las diez y media de la noche. No teníamos linternas, ni velas, pero decidimos bajar hasta allí a oscuras. En un momento dado no se veía nada y le pedimos a Vuestra Madre que nos iluminara el camino. De repente apareció una paloma blanca cantando y comenzó a volar en zigzag. El espacio por donde volaba se iba iluminando y de esa forma llegamos a La Santa Peña. Cuando llegamos allí, la paloma se posó sobre La Peña y luego salió volando hacia un caminito que hay a la derecha de la parte de atrás de La Peña y allí se formó la Virgen de Guadalupe. Caímos de rodillas y seguimos rezando el rosario hasta que se desapareció. Al terminar, de la misma forma que la Virgen nos iluminó el camino para bajar, nos lo iluminó para subir.”

*Ana Morales, 75 años de edad,
residente de Aibonito,
Puerto Rico.*



“Mayra Soto, una joven amiga mía de Aibonito tuvo un accidente de carro y quedó en una silla de ruedas por dos años. Un día [1992] me dijo que la llevara a la Santa Montaña y fuimos un martes. Al llegar a Cayey [la ruta motorizada de mayor uso entre Aibonito y San Lorenzo es a través de Cayey,] el aguacero era tan grande que parecía una tormenta, pero las dos, que íbamos solas en mi carro, decidimos seguir adelante y llegamos a La Montaña bajo esa tormenta.”

“El padre Jaime [Reyes] estaba en la casita de Vuestra Madre con un

sacerdote que había venido de Estados Unidos a estar unos días allí. Ambos estaban orando y pedimos permiso para orar con ellos. La muchacha estaba en pantalones cortos porque tenía una varilla en la pierna izquierda y usaba muletas. De pronto vi un rosario en el muslo de ella, pero mi amiga no lo veía. Llamé al sacerdote que acompañaba al padre Jaime a ver si lo veía y dijo que no. Le conté que yo lo veía y él comenzó a darle a mi amiga una cátedra sobre el rosario.”

“Cuando este sacerdote terminó de hablar con mi amiga, subimos solitas a Las Tres Cruces bajo la tormenta aquella. Le dije que se pegara del Crucificado y me puse detrás de ella a orar. De pronto me di cuenta que detrás de mi estaba el sacerdote de Estados Unidos, que se unió a la oración. Cuando terminamos, ella siguió caminando sola y dejó las muletas en Las Tres Cruces.”

“Después de eso, Mayra se casó, se fue a vivir a Guaynabo, tuvo hijos y ahora da clases en un colegio católico de Guaynabo.”

“En otra ocasión, (1991,) después de orar en el manantial [de La Santa Montaña] con mi grupo de oración de Aibonito, comenzamos todos a subir por el camino que lleva al estacionamiento para [abordar] nuestros carros. Yo iba rezagada cargando unos envases que había llenado con bálsamo del manantial y cuando iba a mitad del camino vi que bajaba un joven vestido de blanco de pies a cabeza. Tenía puesta una camisa blanca, un pantalón blanco y un gabán [una chaqueta] blanco. ¡Hasta los zapatos y el sombrero eran blancos!”

“No se le veía bien la cara al hombre, que era joven, porque llevaba puesto un sombrero blanco de ala ancha, pero se veía que era muy guapo. ‘¿Va sin luz?,’ le pregunté. El joven sólo me contestó: ‘Sí.’ Enseguida le dije: ‘¿Quiere que lo acompañe con mi *flashlight* [linterna eléctrica portátil] hasta el manantial?’ Otra vez me respondió que sí. El joven iba delante y yo detrás alumbrándole el camino. Íbamos solos porque el grupo que había quedado en el camino esperándome, pero ninguno se atrevió a bajar hasta el manantial.”

“Cuando llegamos al manantial, me dijo: ‘Yo solamente vine aquí a orar por mi mamá.’ Yo le dije: ‘Muy bien, vamos a orar.’ El joven me puso las manos en los hombros y yo también hice lo mismo y juntamos las dos frentes orando. Del joven emanaba un perfume tan hermoso y tan rico que no pude descifrarlo. Ese perfume se quedó en todo mi cuerpo.”

“Terminamos de orar y como sabía que yo iba a tardar más que él en llegar al estacionamiento, le dije: ‘Por favor, súbame los envases míos que están llenos de bálsamo,’ y el joven preguntó: ‘¿Dónde se los dejo?’ ‘Los puede dejar al lado de mi carro,’ contesté y le describí mi carro. También le dije: ‘Pero me espera allí para que tome café con nosotros.’ Me contestó: ‘Gracias, pero me voy enseguida porque mi carro me está dando problemas.’”

“Cuando llegué a donde estaba el grupo, el joven no estaba. Quise casi caerme muerta cuando les pregunté a mis compañeros si habían visto al joven porque nadie lo vio. Mis compañeros me dijeron que no habían visto a nadie subir por el camino, que no habían visto a nadie llegar al estacionamiento, que allí no habían otros carros que los nuestros, que no habían escuchado a nadie colocando galones en ningún lado y que nadie había prendido un carro. Lo único que habían visto eran los galones llenos de bálsamo junto a mi carro. Empecé a caminar por todo ese santo lugar dándole gloria a Dios y pidiendo bendiciones para ese santo lugar.”

“Mis compañeros me preguntaron sobre el perfume que tenía puesto porque no lo habían detectado cuando llegamos a La Montaña. Les dije: “Ese perfume es del joven que se pegó a mí para orar y no me voy a bañar hoy para que no se me vaya.” Mi vecina, Olga Camacho, me dijo: ‘Ni yo tampoco porque me pegaste el perfume.’”

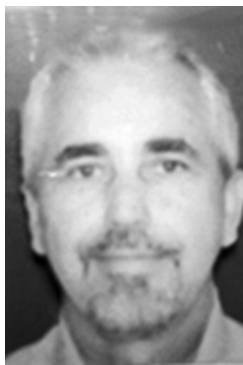
Reinaldo Meléndez Velázquez, 62 años de edad, residente de Caguas, Puerto Rico.

“Mi abuelo materno, Juan Velázquez Claudio, natural y residente del Barrio Real de Patillas, fue uno del grupo de discípulos conocidos como *Soldados de Vuestra Madre* y ella lo llamaba *Mi panal de miel* por la forma tan peculiar y dulce en que la llamaba ‘Mamita.’ En una ocasión, Vuestra Madre le preguntó a mi abuelo:

‘¿Quien se puso la corona en La Santa Montaña?’

‘¿Quién si no la Virgen del Carmen?,’ contestó él.”

‘¿Y cómo lo sabes?,’ inquirió ella.



La respuesta del abuelo no se hizo esperar: ‘Porque mis ojos la han visto.’”

“Varias de las hijas de mi abuelo pertenecieron al grupo conocido como *Las Niñas de Vuestra Madre*. Mi mamá no formó parte de ese grupo porque nació en 1913, cuatro años después de que Nuestra Madre dio su cambio. No obstante, una de las hermanas mayores de mi mamá, la tía Obdulía, que fue alcaldesa de Guayama entre 1952 y 1956, quiso ser una de las niñas, pero Vuestra Madre le dijo a mi abuelo que se la llevara de regreso a Patillas porque era muy pequeña, pero que más tarde la necesitaría. En ese momento, Vuestra Madre le impuso las manos a tía Obdulía cruzando los dedos en la parte trasera de la cabeza, estampando de esta forma la obra que le correspondía hacer en La Santa Montaña.”

“La tía Obdulía nació en 1900 y a temprana edad se casó con Nicolás Lorenzo, un [ex] comandante del ejército español que había participado en la Guerra Hispanoamericana, por lo que era mucho mayor que ella. Nunca tuvieron hijos y me contó tía que mientras estuvo casada, en varias ocasiones escuchó una voz que le decía que solicitara la obra de La Santa Montaña.”

“La tía Obdulía utilizó un sinnúmero de excusas para no presentar la solicitud: que estaba casada, que no quería ir a un lugar lleno de zarzas y espinas, etc. La solicitud no se la hacía ‘la voz’ todos los días, sino que a veces pasaba tiempo sin escuchar el reclamo, lo que la tranquilizaba, pero cuando menos se lo esperaba, volvía a escuchar la voz. Su esposo fue testigo de la recepción de estos mensajes, ya que en varias ocasiones la observó de lejos mientras hablaba sola en la casa y cuando le preguntaba quién era [su interlocutor] ella se mantenía en silencio.”

“Debido a la insistencia de la voz, mi tía le escribió una carta al párroco de San Lorenzo solicitando participar en la obra de La Santa Montaña. Una vez redactó la carta dejó de escuchar la voz y por eso decidió no enviarla y la engavetó.”

“Tiempo después de estar engavetada la carta, volvió mi tía a escuchar la voz, ya en un tono más exigente. Esa vez le dijo: ‘Envíe a mi Madre a La Santa Montaña, ¿por qué no has de ir tú?’ Ahí tía no tuvo más remedio que hacer lo que se le solicitó. Como respuesta, le mandaron una carta entregándole la administración del lugar.”

“Tengo las notas de las reuniones que hacían en La Santa Montaña en que tía aparece como presidenta del comité de administración. Todos la

reconocían a ella como la encargada del lugar. Tía estuvo a cargo de La Santa Montaña hasta los años 80.”

“Para los años 70, Vuestra Madre le solicitó, a través de un mensaje que le dio a doña María González, que vivía en La Santa Montaña y era hija del discípulo Leorio González, que construyera una capilla detrás de la choza donde había derramado su sangre. El mensaje fue: ‘Dile a mi hija Obdulia que me construya una capilla.’ Doña María salió corriendo del jardín y se quedó muda cuando llegó donde su marido y este creyó que había sufrido un percance. Doña María se comunicó con él por señas y salieron inmediatamente hacia Guayama a ver a mi tía. Cuando llegaron a la casa de mi tía y [al] esta [última] pronunciar el nombre de Vuestra Madre, doña María recobró el habla y le dio el mensaje. Tía vendió parte de sus tierras y de sus pertenencias para poder hacer la capilla, que costó unos tres mil dólares.”

“La carretera que pasa frente a La Montaña se construyó por la intercesión de mi tía cuando fue alcaldesa de Guayama [1952-1956,] ya que le insistió al gobernador [Luis Muñoz Marín] que ordenara su construcción.”



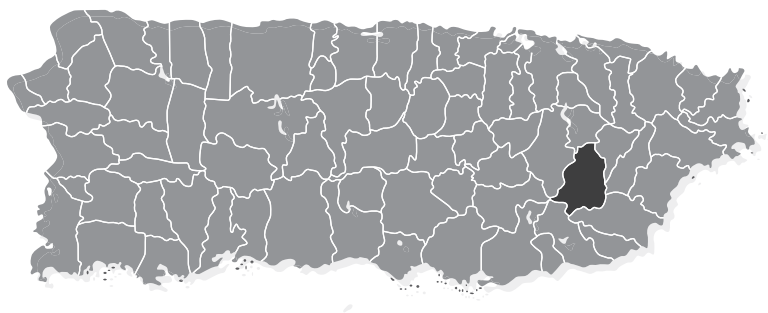
Cómo llegar

A continuación se ofrecen sugerencias para allegarse al Santuario Diocesano Nuestra Señora del Carmen, (La Santa Montaña) localizado en la Carretera PR 7740, que atraviesa el barrio Espino de San Lorenzo. El área forma parte del bosque estatal *Carite*, que está dentro de La Sierra de Cayey.

Teléfono del santuario: 736.5750

Portal cibernético: www.santuariopr.org

Rector: padre Kharlosg **López Cruz**.



Localización del municipio de San Lorenzo, Puerto Rico. La distancia en línea recta entre San Juan y el Santuario Diocesano Nuestra Señora del Carmen, ubicado en el Barrio Espino del municipio de San Lorenzo es de 25.7 millas (41.41 kilómetros.) La distancia en ruta entre San Juan y el Santuario Diocesano Nuestra Señora del Carmen es de 37.1 millas (59.8 kilómetros.) La duración del viaje (sin congestión vehicular) entre San Juan y el santuario es de aproximadamente una hora.

Ruta sugerida para los peregrinos que proceden de las áreas norte (San Juan,) noroeste y noreste:

- Transitar por la Carretera PR 52 (Autopista Luis A. Ferré) en dirección sur.
- Entrar a la Carretera PR 184 accediendo a la salida de la autopista hacia el barrio Guavate de Cayey. El letrero de la salida en la PR 52 reza: *Guavate*. Continuar por la Carretera 184. Hacer un viraje a la derecha antes de llegar a la llamada *área de los ranchones* (conglomerado de lechoneras, restaurantes y kioscos de vendedores itinerantes) para poder continuar transitando por la PR 184 en dirección sur. Pasar el área de los ranchones. Entrar al Bosque Carite. Hay un letrero de bienvenida que indica la entrada del bosque.
- Continuar transitando por la Carretera PR 184. Para ello hay que hacer un viraje a la izquierda (hacia Patillas) en la confluencia en que dicha carretera se ramifica hacia Guayama y Patillas. Pasar la antigua penitenciaría de Guavate (las ruinas están a la derecha de la carretera.) Continuar por la Carretera PR 184 en dirección sur a través del Bosque Carite.
- Hacer un viraje a la izquierda en la confluencia entre la PR 184 y la Carretera PR 7740. Transitar por la PR 7740 hasta la entrada del santuario (que se encuentra a la derecha de la carretera, poco después de un letrero que indica que se arribó al Municipio de San Lorenzo.)

Ruta alterna para los peregrinos procedentes de las áreas norte (San Juan,) noroeste y noreste:

- Transitar por la PR 18 (Expreso Las Américas.)
- Transitar por la PR 52 en dirección sur.
- Acceder a la salida hacia Humacao (después del primer peaje.)
- Transitar por la PR 1. Acceder a la salida hacia Humacao (PR 30.)
- Transitar por la PR 30 hacia el este - de Caguas a Humacao.

- Acceder a la Salida 5 (San Lorenzo.)
- Transitar por la PR 203 (Expreso Chayanne.)
- Acceder a la PR 181 haciendo un viraje a la derecha en el segundo semáforo del centro comercial de San Lorenzo (el establecimiento de comida rápida McDonald's está a la derecha de la carretera en ese semáforo.)
- Transitar por la PR 181 en dirección sur hasta que dicha vía interseca con la PR 7740.
- Transitar por la PR 7740. La entrada al santuario estará a la izquierda de la carretera.

Ruta sugerida para los peregrinos que proceden del sur (Ponce) y del sudoeste de la isla:

- Transitar por la Carretera PR 52 (Autopista Luis A. Ferré) en dirección norte
- Entrar a la Carretera PR 184 accediendo a la salida de la autopista hacia el barrio Guavate de Cayey. El letrero de la salida en la PR 52 reza: *Guavate*.
- Seguir las demás recomendaciones ofrecidas a los peregrinos que proceden de las áreas norte (San Juan,) noroeste y noreste.

Ruta sugerida para los peregrinos que proceden del área sureste (Guayama) de la isla:

- Si se comienza el viaje en el sureste de la isla (Arroyo, Patillas, Guayama, Yabucoa,) acceder a la Carretera PR 184 y transitar por la misma en dirección norte hasta que interseca con la Carretera PR 7740.
- Acceder a la Carretera PR 7740 y transitar por la misma hasta la entrada del santuario (a la derecha de la carretera.)



Bibliografía

Entrevistas:

Canonista que solicitó permanecer en el anonimato, vía telefónica, 6 de marzo de 2014, en torno a la identidad de la persona que ordenó el cierre de la investigación diocesana (Caguas) acerca de la misión, la obra y identidad de Nuestra Madre.

Hernández Rivera, Enrique, Su Excelencia Reverendísima, obispo emérito de la Diócesis de Caguas, en persona, entrevista en torno a La Santa Montaña y a la identidad de Nuestra Madre. Arecibo, Puerto Rico, 17 de febrero de 2014.

Testimonios:

Colón *Sánchez*, Annette, Residente de San Lorenzo, *vía telefónica*, en torno a sus experiencias en La Santa Montaña, vía telefónica, 3 de marzo de 2014.

Herrera, Luis, residente de Toa Alta, en persona, en torno sus experiencias en La Santa Montaña, julio 16 de 2006.

López Martínez, Basilio, residente de Caguas, vía telefónica, en torno a las gracias recibidas mediante la intercesión de Nuestra Madre, 23 de febrero de 2014.

Martínez, Clotilde, residente de Caguas, vía telefónica, en torno s sus experiencias en el manantial de La Santa Montaña, 21 de febrero de 2014.

Meléndez Velázquez, Reinaldo, *vía telefónica*, residente de Caguas, en torno a las experiencias de sus familiares con Vuestra Madre y La Santa Montaña, 4 de marzo de 2014.

Miranda Crespo, Enrique, residente de Aguada, vía telefónica, en torno a

sus experiencias en La Santa Montaña, 17 de marzo de 2014.

Morales, Ana, residente de Aibonito, vía telefónica, en torno a las gracias recibidas mediante la intercesión de Nuestra Madre, 10 de marzo de 2014.

Reyes Moyet, Juana, residente de San Lorenzo, artículo publicado por el diario *El Vocero* el 15 de noviembre de 1982, en torno a la gracia recibida mediante la intercesión de Nuestra Madre.

Rivera, Claribel, residente de Caguas, vía telefónica, en torno a las gracias recibidas mediante la intercesión de Nuestra Madre, manantial de La Santa Montaña, 22 febrero de 2014.

Sánchez, María Lucía, residente de Naranjito, por escrito, en torno a sus experiencias en La Santa Montaña, 25 de febrero de 2014.

Santiago, Elena, residente de San Antonio, Texas, en persona, en torno a las gracias recibidas mediante la intercesión de Nuestra Madre, manantial de La Santa Montaña, 20 de febrero de 2014.

Santos, Madeline y Negrón, Héctor, residentes de Guaynabo, en torno a la gracia recibida mediante la intercesión de Nuestra Madre, junio 12, 2007.

Vélez Adrover, Pedro, residente de Aguada, vía telefónica, acerca de su experiencia en torno al dibujo de Nuestra Madre, vía telefónica, 1 de marzo de 2014.

Red electrónica Mundial:

www.fifthmariandogma.com/witnesses/cardinals-and-bishops/press-release-cardinals-initiate-worldwide-cardinal-bishop-petition-for-dogma/, carta de cinco prelados al Papa solicitando que se declare el dogma de María corredentora.

www.messolans.org/FifthMarianDogma.aspx, Messengers of the Lady of All Nations, carta de cinco prelados al Papa solicitando que se declare el dogma de María Corredentora.

www.zenit.org/en/articles/cardinals-letter-promoting-marian-dogma, ZENIT, agencia independiente de noticias, carta de cinco prelados al Papa solicitando que se declare el dogma de María corredentora.

www.oed.com, Diccionario Oxford, vocablo *ad hoc*.

www.rae.es, Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, vocablo *filólogo*, vocablo *ad hoc*,

www.merriam-webster.com, Diccionario Merriam Webster, vocablo *ad hoc*.

Otras entradas bibliográficas:

No se incluyó el remanente del listado de las fuentes de información utilizadas para la redacción de *Nuestra Madre* (2014, San Juan de Puerto Rico, ISBN: 978-1-61887-413-9) las cuales corresponden a:

- las 403 entradas bibliográficas de: *La buenaventura* (2006, Santa Fe de Bogotá, ISBN: 1-4243-0387-7)
- las 238 entradas bibliográficas de *¿Lobos o Ungidos?* (2013, San Juan de Puerto Rico, ISBN: 978-1-61887-260-9,)

para un total combinado de 621 entradas bibliográficas adicionales a las mencionadas en este libro.

Nota: Las siglas ISBN corresponden a la nomenclatura inglesa *International Standard Book Number*.

